GALAXIA
Ciencia Ficción
FUERA DE MI FIRMAMENTO
JAMES BLISS
POUL ANDERSON
THOMAS N. SCORTIA

Tres novelas cortas de ciencia ficción.

epublibre

James Blish & Poul Anderson & Thomas N. Scortia

Fuera de mi firmamento

Galaxia - 52

ePub r1.0
Titivillus 17.06.16

Título original: *Get out of my sky*
James Blish & Poul Anderson & Thomas N. Scortia, 1959
Traducción: Fernando M. Sesén

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

FUERA DE MI FIRMAMENTO

James Blish

Un terrible relato profético de dos mundos corriendo hacia una guerra de aniquilación, y de un hombre cuyo don no deseado y nunca probado podía salvarlos… si aprendía a utilizarlo a tiempo.

PRÓLOGO

Era como una especie de danza, con gritos de la multitud y los pies batiendo al compás de la música. La figura de la plataforma, bien en el centro del enorme pabellón, se movía con desesperación de un borde a otro de las tablas: sus piernas articulándose con fluidez, los brazos aleteando, el blanco manchón de su rostro vuelto suplicante hacia el tintado firmamento y luego al balanceante público.

La pareja ubicada en la parte posterior podía oír su voz, pero no lo que decía. Un sonido ondulante, como de alguien gritando, penetraba con dificultad a través del fragor de la multitud. Se miraron uno a otro con aprensión. Habían estado debatiendo durante largo tiempo si venir o no a esta reunión, y a otras parecidas. Amaban al hombre de la plataforma y, al principio, no deseaban verle hacer lo que ahora estaba haciendo: bailando y suplicando ante una atestada masa de agotada humanidad, diciendo cosas que nadie —excepto los de la fila primera— podía oír con alguna seguridad; sin embargo, en cierto modo lograba conmover a la masa entera.

Al final una mórbida curiosidad había ganado y aquí estaban, escuchando. Pero… ¿qué? Sólo un momento antes, el hombre había caído de rodillas en un borde de la escena y alzado sus brazos; un gran gruñido de orgiástica pena se extendió procedente de la gente más próxima a aquel lado de la plataforma, batiendo su camino hacia fuera a través del pabellón, en una onda contagiosa. Aún venía como una cumbre espumosa hacia la pareja, cuando el hombre de la plataforma estaba nuevamente de pie, dando zancadas hacia el gran poste central que sostenía la lona de la carpa, manteniéndola en su lugar. Agitó el puño en su dirección, y luego en dirección al cielo. Al cabo de un momento de duda, que impartió

un silencio instantáneo en el público, un silencio que era audible aún allí fuera, en la rugiente periferia —como si fuera, pensó el joven de manera incongruente, el agujero de un buñuelo—, se precipitó para asirse al poste mismo en lo que era aparentemente un esfuerzo loco para arrancar del suelo el inmenso mástil de duraluminio.

Toda la multitud se puso en pie al instante, gritando. Primero fueron sacudidos por todas partes. Un cántico comenzó cerca del centro de la tienda, y se mecía en el recinto entero al cabo de cinco segundos:

—¡Fuera de nuestro firmamento! ¡Fuera de nuestro firmamento! ¡Fuera de nuestro firmamento!

La pareja estaba ahora de pie y gritaba con el resto, aunque las palabras les llenaban de terror. Todo el mundo de pronto se puso de puntillas y vaciló al ritmo del canto masivo. Allí no había preguntas. Era la razón de porqué existía el universo. Era el más puro de los transportes, era la exultación del odio.

—¡Fuera de nuestro firmamento! ¡Fuera de…!

En la escena, la figurilla se agarró al mástil y luego se volvió despacio, mirando hacia la masa rugiente. Su rostro era inexpresivo, excepto por una pequeña O negra en donde debería haber estado la boca. Las palabras del cántico parecían echarle hacia atrás como golpes, hasta que se pudo mantener en pie, con el mayor de los esfuerzos.

El mástil, al que había estado atacando sólo un momento antes, era ahora su único sostén, y parecía que en un momento incluso eso le fallaría. No es que perdiera su asidero y cayera, sino que el mástil se rompería antes de que él lo quisiera; y mientras estuviese aferrado al muñón, todo el enorme pabellón se derrumbaría en unas abrumadores millas cuadradas de rígido brocado, trayendo consigo a todos los cielos.

El poste no le sostenía. Era él quien sostenía al poste.

El cántico comenzaba a entrecortarse. La cabeza del hombre descansaba contra el poste, meciéndose un poco como si cada grito fuese un bofetón. Todo su cuerpo efectuaba una danza torturante y, sin embargo, al mismo tiempo, no parecía moverse. Un *¡Ah!* Horrorizado se alzó en el centro del cántico y rompió su ritmo; rápidamente murió. En el silencio, alguien empezó a llorar.

La pareja se sentó, abrazada. Todavía no habían captado siquiera una palabra inteligible del hombre de la plataforma, quien se incorporó con gran esfuerzo con ayuda del poste, el cual pareció volverse rígido con él. Se adelantó con pasos lentos y penosos, alzó su cara al instante… y les miró directamente a los ojos.

En el intenso susurro, su familiar voz llegó abrumadora hacia ellos, como si no se dirigiese a nadie más que a la pareja.

—Niños —dijo—. Niños de las ciudades que han venido a esta tienda; niños de los campos y junglas que habéis venido a esta tienda; niños de los mares y naciones que habéis venido a la tienda; niños del mundo, niños de Home que habéis venido a esta tienda, ¡escuchad! Aún hay tiempo.

El joven y su novia apretaron su abrazo con las propias manos; estaban como congelados en sus asientos. Aunque el hombre de la plataforma había sido una vez algo muy próximo a ellos, tanto como puede aproximar la sangre, ahora era otra cosa más…, y más que un hombre.

—Aún hay tiempo —dijo—. Aquí es donde nosotros y la hierba crecemos como música.

La congregación escuchaba.

1

El mar, en el rojo mediodía, brillaba reluciente hasta el horizonte por ambos lados, visto desde el casco del crucero de reconocimiento. El rojizo sol caía implacable sobre la cubierta desde el cenit, coloreándolo todo excepto la inmediata sombra de cada hombre, aquella de las tres que los antiguos habían llamado el Alma. Eso hacía parecer como si el crucero estuviera navegando a través de una niebla de sangre.

La segunda sombra, la Mente, se extendía a lo largo de la cubierta, muy imprecisa en sus bordes. Era arrojada por la brillante masa de fuego estelar visible en el horizonte norte, el gran macizo de estrellas de la que todo este sistema formaba un miembro marginal. La tercera sombra, el Aliento, era —como siempre— más aguda, pero más vacilante que la Mente, porque el blanco sol que la proyectaba estaba ahora a meons de treinta grados por encima del horizonte del oeste, y era también menos brillante que el macizo estelar. Ambas sombras, como el Alma y todo lo demás, se veían entintadas por el sol rojo.

Y en unos momentos más, el Aliento moriría. El sol blanco estaba a punto de ponerse.

La lancha de reconocimiento continuaba navegando por el mar, con el motor cohete montado sobre su popa aullando pese al silenciador. El tiempo era claro, aunque una línea negra a lo largo del horizonte de poniente indicaba que no permanecería así por mucho tiempo. Había mar franco a la vista, sin tierra. El océano en este lado del mundo —el lado que daba siempre la cara al planeta mellizo de Home, Rathe— estaba vacío, excepto por unos cuantos atolones insignificantes. Todo un desierto hemisferio de agua ondeante.

El emisario Margent le había dicho que en Rathe habían estado mirando aquel vasto mar durante milenios, con las gargantas secas. Rathe estaba compuesto principalmente por arena.

Aidregh volvió a mirar el brillante firmamento, pero ahora no se veía rastro de Rathe. El cielo parecía tan vacío del planeta mellizo como si estuviesen del otro lado del mundo. Pero estaba allá arriba, sin duda: un planeta de once mil kilómetros de diámetro, casi exactamente del mismo tamaño que éste y sólo a cuatrocientos mil kilómetros de distancia. Los dos planetas giraban en torno a un centro común, que a su vez seguía la misma órbita del sol rojo a una distancia de sesenta grados por detrás, los tres viajando en torno al sol blanco… la relación troyana tan común en los sistemas planetarios, aunque sólo recientemente comprendida.

Rathe estaba allí, de acuerdo. Era ahora invisible sólo porque se aproximaba a uno de sus eclipses totales del sol blanco, cada mitades del año. Contemplar el eclipse era el motivo por el que la tripulación de la nave había viajado desde tan lejos.

Aidregh había visto a Rathe al principio en el viaje; la primera vez lo vio directamente, y el recuerdo era aún capaz de provocar las emociones más ambiguas, más potentes, más complejas y abrumadoras. No importaba, en realidad, que no pudiera ver ahora al planeta. Allí no tenía nada que hacer, excepto vigilar al equipo de su continente patrio de Thrennen, que colocaba sus instrumentos para presenciar el eclipse. Como primer ministro de Thrennen —la mayor de todas las masas de tierra y, esperaba, la más potente—, casi cada despertar en estos días pensaba en Rathe, de un modo u otro. Pero ahora, mientras estaba bajo la mirada de aquel planeta —lejano, pero demasiado próximo—, se sentía completamente inútil.

¿Cómo habría impresionado la vista de Rathe a los primerísimos marineros, cuando cruzaron el meridiano entre el hemisferio ocupado y este otro? En cierto sentido, cada explorador que cruzó la imaginaria línea limítrofe había sido el «primero» hasta hace un siglo, puesto que ninguno de ellos pudo volver; cada nueva expedición había empezado con mejor equipo que la anterior, pero esencialmente con la misma ignorancia. Todos habían esperado encontrar algún precipicio en el otro lado de Home; costó mucho tiempo descubrir que no había nada allí, excepto el agua imperturbable.

La uniforme desaparición de todos los marinos había dado a las antípodas un sino maléfico. La invención de la turbina hizo finalmente practicable el cruzar el mar por el Gran Círculo, pero durante algún tiempo nadie se prestó voluntario para intentarlo. Nadie… hasta que Clian lo hizo.

Había sido un viaje épico. Clian salió de la bahía de Drash, el mayor puerto de Thrennen, con una flota de cuatro toscos cascos impulsados por turbinas, y algunas órdenes igualmente toscas: traer perlas, capturar un demonio o dos y establecer la latitud y longitud de la Isla de la Muerte. Había sido una aventura típica de aquélla época: una mezcla de atrevimiento, ingeniería y viva superstición. Una gran época, en realidad; una en la que Aidregh a veces deseaba haber vivido.

Clian volvió sin nada excepto unas tripulaciones diezmadas, medio muertas, y un relato de un océano sin isla alguna que truncase su superficie, sólo agitada por las tormentas, «… y ni una piedra para descansar en el cuello del mundo, por siempre jamás».

Todo escolar sabía aquella parte de su cuaderno de bitácora. Decía:

> «Allá donde más nos adentrábamos, nuestra mortalidad y los vapores densos se hacían más débiles, y más infinito se alzaba el mar, con una luz tal como nadie la había visto antes; hasta […] cuando llegamos a ciento treinta y cinco grados […] entonces se alzó revelándose sobre el borde del agua una maravilla tan grande como el sol blanco, aunque no tan brillante, ni más brillante que el rojo. Y ahora estábamos todos calmados, de modo que navegamos de aquí para allá y yo ordené que fuesen disparadas las ruedas de turbina, pero aun cuando esto se efectuara, vimos con gran maravilla que el globo cresciente se movía no en el cielo en donde nosotros estábamos, sino que permanecía pendiente y en silencio por encima de las aguas. Y cuando nos movimos de nuevo, con más violencia que antes a causa de nuestra necesidad, esta maravilla se alzó más rápidamente en el firmamento, como si estuviera allí posado eternamente sobre algún lugar mágico de encima de las aguas.
>
> »Ahora necesitamos más pericia y arte, porque el astro

maravilloso se nos escapa; porque las naves del capitán Dro y del capitán Fieze han agotado todas sus provisiones. Así que nos vimos desesperados e inconformes, tuvimos que suplicar a todas las tripulaciones diciéndoles que dentro de un día o dos encontraríamos alguna corriente, en donde todas nuestras necesidades y deseos serían aliviados porque habría tierra; sin embargo si volvíamos atrás, seríamos recibidos con desdén, eso si no nos moríamos por el camino; así que tuvimos la gran suerte de mantener nuestro rumbo.

»Sin embargo, siempre que cruzamos aquel mar el globo creciente se alzaba sobre nuestras cabezas, cambiando sus aspectos en la longitud catorce días y desvaneciéndose durante otros catorce, pero de todas maneras sobre aquel lugar mágico que nunca podremos describir. Y de todas sus apariencias, era su color lo más sorprendente, puesto que cambiaba desde el rojo hasta el plata continuamente y era todo un color sangre hasta el momento de desvanecerse».

El zumbido de los reactores se cortó bruscamente y murió, despertando a Aidregh de su ensueño. La nave de reconocimiento perdió velocidad, hundiéndose su alzada proa y recobrando su posición de crucero. Se acercaban al sendero de la totalidad. El mar parecía igual que siempre, pero los astrónomos se situaban ceñudos ante sus instrumentos, prestando miradas ocasionales de reojo a la tempestad que se desarrollaba en el oeste.

Casi como un remedo de la nave de reconocimiento, un calamar de cerca de un pie de largo rompió la superficie del agua, sus dos tentáculos atelarañados extendidos tensos en sus brillantes bocas de aire, descargando su chorro impulsor. Segundos más tarde, un delfín brincó furioso tras él, pero cayó al poco. Un segundo salto le llevó más cerca, pero el calamar, ahora con su chorro agotado, marchó vivamente hacia la derecha y continuó su nadar; el siguiente salto del delfín quedó fuera de su rumbo. El calamar continuó nadando casi cien metros antes de volver a desaparecer en las profundas aguas; pero incluso eso no pudo demostrar que se encontraba lo bastante lejos del peligro, porque los delfines viajan en grupos.

—Inútil, ¿no?

Aidregh se sobresaltó y se volvió, y luego tuvo que reprimir el impulso de mostrar los dientes. No había nada en el aspecto de Signath, se recordó a sí mismo, que inspirase ninguna revolución. El tribuno del partido de la oposición tenía una mandíbula que no sobresalía más que la de la mayoría de los hombres de Thrennen, o aquellos del otro continente de Noone, en lo que a eso respectaba; tenía seis dedos en cada mano como cada cual, incluyendo los corrientes dos pulgares; incluso si uno le quitaba las sandalias, encontraría que no tenía más o menos vestigio de enteladuras entre sus dedos que Aidregh o su hijo Aidresne… o Corlant, su futura nuera. Comparado con los hombres de Rathe, cuyas brumosas imágenes Aidregh había estado mirando durante casi un año ahora por la televisión, Signath debería haber sido una belleza reconocida.

Por desgracia, estaba loco, en opinión de Aidregh.

—No, no creo que sea inútil —dijo con cuidado—. Cuanto más conozcamos acerca de la geografía de Rathe, mejor será. Y nunca tendremos mejor oportunidad de fotografiarlo como la de ahora, en un eclipse espacial en que las luces incidirán también de manera muy particular.

—¡Fotografías! —exclamó Signath—. En mi opinión, deberíamos dejar de fotografiar y comenzar a actuar. Sabemos que va a haber una guerra entre ellos y nosotros tarde o temprano. Uno no puede apaciguarlos tanto tiempo, Aidregh. ¿Por qué darles la oportunidad de que den el primer golpe?

—No parecen dispuestos a lanzar ningún golpe en absoluto —contestó Aidregh—. Y sería igual de bueno no blandir nuestros puños hacia ellos justamente cuando el partido de usted está cortando los créditos concedidos a nuestro departamento militar.

—Usted es muy blando con ellos, eso es todo. Esos seres no comprenden ningún lenguaje, excepto el de la fuerza. Fueron ustedes quienes nos metieron en esta alianza con Lune, en primer lugar, y ahora han estado hablando tanto tiempo con esos hombres de Rathe, que han comenzado a pensar igual que ellos. Pondremos punto final a eso cuando consigamos el control, puede estar bien seguro.

—Bueno, nosotros no podríamos tratar muy bien con Rathe si los hombres de Noone se alzaran en contra nuestra… —comenzó Aidregh, pero no esperaba que esta idea penetrase en la mente de

su interlocutor. La parte del populacho a que representaba el partido de Signath era incapaz de comprender esa clase de razonamientos; sería impolítico para Signath prestar alguna atención, fuera cual fuese la impresión que él tuviera personalmente. En su lugar, Aidregh dijo—: Mire, realmente conocemos muy poco todavía acerca de Rathe. ¿No es razonable el criterio de reservarnos hasta que conozcamos más datos? ¿Y hacer, mientras tanto, lo más que podamos por conseguir tales datos?

No, eso tampoco iba a resultar. ¿Por qué sería que el criterio de reserva, el más fuerte de todos los argumentos, siempre sonara como debilidad? ¿Y cómo podía uno hacerlo prevalecer contra los acalorados?

Pero Signath ya estaba mirando hacia arriba. Se había olvidado por completo de Aidregh. Mostraba ligeramente los dientes, y las sombras de su cara trascendían cambiantes de manera gradual, volviendo prominencia por prominencia en el fantasma de un cráneo, como si a pesar de la oscuridad estuviesen penetrando en su tensa carne y transformándola en vapor. En cubierta, su sombra Aliento se enturbió junto a la de Aidregh.

El eclipse comenzaba. Duraría algo más de una hora.

El borde negro y sólido de Rathe cortaba rápidamente su camino sobre el blanco resplandor del sol primario. La nave de reconocimiento, ahora en reposo, se deslizaba por las quietas olas, su cubierta mantenida en un plano horizontal por el zumbido lejano y débil de los giróscopos. Los instrumentos apuntaban hacia el firmamento con una vigilancia quieta e inhumana.

Con rapidez, Rathe extendió su oscuridad por el mar. Aidregh encontró que jadeaba muy a su pesar, tratando de absorber aire.

Al rato, el sol blanco había desaparecido en su totalidad, excepto por su larga cabellera atmosférica, y Rathe quedaba brillantemente iluminado: en un lado por el resplandor del macizo estelar, y más débilmente por el otro lado, debido al sol rojo. Entre las dos capas de luz había una banda fina de bordes espinosos y de absoluta negrura. Los instrumentos comenzaron a cliquear, mordiendo con sus mandíbulas invisibles el mundo flotante en el firmamento.

Aidregh hizo pantalla con la mano sobre los ojos y esforzó la

visión, pero de alguna manera el planeta —ahora revelado— parecía menos real para él de lo que había sido en las fotografías. El alumbrado multicolor era en parte responsable, al destruir la ilusión de redondez. Además, la brillantez del firmamento y la temblorosa corona blanca de tonos perlíferos del sol oculto hacía imposible el captar a simple vista los detalles de Rathe.

No había nada que ver en el planeta a no ser con instrumentos, puesto que el ojo desnudo únicamente podía captar las blancas y leprosas zonas desérticas. Habían unos cuantos oasis e istmos verdosos, cubriendo una cuarta parte de la esfera iluminada por el macizo estelar. En la zona alumbrada por el sol rojo había un puntito brillante, como un alfiler de luz… ¿Podría ser una ciudad? No; era la reflexión del sol rojo en el pequeño y único embalse de agua de Rathe. Es decir, el único embalse de agua *de este lado* del astro.

El planeta entero estaba rodeado de otro anillo aún más brillante: la dilatada atmósfera de Rathe, transmitiendo la luz del sol blanco tan fieramente como para hacer imposible divisar el real perímetro. Aidregh se preguntó cómo podrían los instrumentos enmascarar ese fulgor, pero los astrónomos con toda presunción habían anticipado ya este problema. Precisamente después del aumento de la totalidad, el conjunto de Rathe se vio consumido en el resplandor brillante, como si en el intento de devorar al sol blanco hubiese sido devorado en su lugar.

«¿Será eso una profecía?», pensó Aidregh. «Y, si lo es… ¿se aplica a Rathe, o a Home?».

Un rumor rodó por encima de la nave desde el oeste. La tempestad se acercaba.

2

La nave de reconocimiento voló sobre la espuma, de regreso hacia la línea como perseguida por los demonios que Clian debía haber enviado para capturarla. Todos los científicos habían desaparecido en sus respectivas cámaras oscuras y camarotes. La mayor parte de los tribunos y observadores diplomáticos conversaban en las pasarelas, tratando de eludir la mutua vigilancia lo suficiente como para deslizarse bajo cubierta en busca de alguna migaja de información. Pero el único hombre que hasta ahora había logrado bajar a la parte interior de la nave, fue casi literalmente obligado a subir por la escalera, bajo un rugido indignado acerca de placas fotográficas veladas.

Aidregh, que había estado tratando con científicos casi diariamente desde que se le entregó su cartera ministerial, sabía bastante bien que nada coherente saldría con toda probabilidad de los nuevos datos, al menos durante varios días. Incluso, después de ello, habría un lapso de seguridad para discutir los nuevos hallazgos. Threnen y Noone no habían superado aún la tentación de tratar de forzar la cosa para ocupar un puesto superior entre las pequeñas naciones isleñas del archipiélago, aún con Rathe pendiendo por encima de sus cabezas, y aún después de siglos de guerra entre islas.

En cuanto a Aidregh, habíase decidido a no mirar una sola película o cifra hasta estar de vuelta en su despacho. Habían allí demasiados tribunos de Threnen —como Signath—, que esperaban pescarle en algún pequeño acto que, en lugar del bien de Threnen, pudiera ser para bien de todo el planeta… y así enviarle a la isla, con los extranjeros.

Y si Signath le daba bastante cuerda, podría pillarle rompiendo

la seguridad… y *bon voyage*. Después de todo ésta era su fiesta, la que consiguió los donativos para aquellas mismas normas de regulación de la seguridad, con cada contacto diplomático posible con Rathe.

En lugar de espiar, Aidregh fue hasta el camarote del doctor Ni, el médico de la expedición, un viejo amigo… y pronto pariente, debido al matrimonio de sus hijos. El hombre era una paradoja, cuyos misterios siempre habían proporcionado un alivio muy bienvenido al constante peso de las preocupaciones oficiales de Aidregh: una voz más allá de los límites de su especialidad, particularmente en Historia; sin embargo, curiosamente destacado hacia la época en que estaban actualmente viviendo. Apenas pasaba la media edad; sin embargo, con toda evidencia, era un hombre de amplia experiencia en todo lo concerniente al vivir humano, pareciendo ya al punto del aburrimiento. Era oficial de la marina, pero de los que consideraban todos los servicios armados con la misma actitud que podía haberse mostrado hacia un juego.

Así, Aidregh no se sorprendió mucho al encontrarle sin el uniforme, balanceándose cómodamente en su hamaca y leyendo un libro. Posiblemente no pudo estar en cubierta durante el eclipse, como hubiera hecho cualquier hombre libre de servicio.

—Hola, Aidregh. Entre; tome un trago.

—Gracias. Evidentemente, lleva usted aquí bastante rato. ¿Por qué no presenció el eclipse?

El doctor Ni sonrió y alzó el libro. Aidregh pudo ver el título: eran las «Baladas Medaníes», un volumen que el físico debía haber leído veinte veces; podía citarlo de memoria y lo hacía con frecuencia.

—No lo entiendo —dijo Aidregh—. Yo pensaría que todos ustedes sentirían por lo menos cierta curiosidad por el eclipse… como científicos, y en su caso también como aficionado a la historia.

—Ya lo vi una vez antes —dijo el doctor Ni, realizando al mismo tiempo la difícil tarea de encogerse graciosamente de hombros en la hamaca—. Como no soy un especialista, apenas podía esperar aprender algo nuevo en un segundo vistazo. Además, Aidregh, las ciencias difieren. Los motivos por los cuales yo estaba interesado en el eclipse vienen a ser los mismos que los muchachos de la

astronomía al mostrarse fascinados por los aglutinógenos.

—Seguramente hay más que eso. Rathe no es una simple luz en el cielo; es todo un mundo habitado… y que puede tener en sus manos la vida de usted.

—Cuando un hombre mezcla sus metáforas con tanta libertad —dijo el doctor Ni, sonriendo de nuevo—, me inclino a dudar de que piense correctamente. Y en cuanto a ese asunto, Aidregh, usted también tiene mi vida en sus manos, ¿no? ¿Qué me amenaza más… un planeta a cuatrocientos mil kilómetros de distancia, o el Primer Ministro de Thrennen, con su cabeza hecha un lío de ideas?

—Está bien, Ni… supongamos que *usted* me dice lo que yo debiera estar pensando. Yo no pretendo conseguir más que una comprensión marginal de cómo enfrentarnos a Rathe, o cuáles son las implicaciones… y la Oposición aulla pidiendo mi cabeza cuando no doy las respuestas que a ellos les interesan. Todo lo que sé es que moriré si el asunto no se maneja con talento. Margent no proporcionará ninguna cifra, pero no ha hecho un secreto de la cuestión de que su pueblo tiene un gran almacén de bombas de sedición preparadas para caer sobre nosotros, si alguna vez llegamos a la guerra. Yo escucharía el consejo de cualquiera… literalmente de cualquiera.

—Lo eludo también —dijo Ni, con malicia—. Supongo que debió esperarlo de mí. Con franqueza, Aidregh… creo que va a haber guerra, y me parece que usted puede hacer poco más que yo para impedirlo. Quizás logre aplazarla un tiempo, cosa que desde luego queda fuera de mis posibilidades. Pero aún así, no daría un comino por la extensión de la vida de la próxima generación.

—Está usted hablando de Corlant, ya lo sabe.

—Estoy hablando de mi hija —contestó Ni, sin acalorarse—, y de su hijo, y de toda la población de este planeta. El descubrimiento de Rathe llegó demasiado pronto o demasiado tarde, Aidregh. En bien de la supervivencia, quizá debiéramos haberlo descubierto anteriormente, en algún momento de la prehistoria, para acostumbrarnos ahora a su presencia, o dentro de varios siglos, cuando… y le digo esto con mis dudas… cuando fuéramos más racionales.

—Usted me parece bastante racional —dijo Aidregh, sombrío.

—Eso no significa nada. Hay una gran cantidad de hombres

racionales en Threnen, y también en Noone; de otro modo no hubiéramos podido efectuar la alianza, por muy vacilante que parezca ser. Pero el sentimiento popular es lo que decidirá al fin y al cabo… y usted ya sabe lo que es *eso*.

La vieja, viejísima depresión comenzó a inundar con plena fuerza a Aidregh. Lo sabía. Él mismo creyó en la débil red de ese superticioso error allá en cubierta, cuando contemplaba cómo la sombra Aliento era destruida por la cosa que colgaba del cielo.

—Sí… Piensan que Rathe no tiene por qué estar allá arriba, en su firmamento —dijo—. Y nada significa para ellos que menos de un uno por ciento de la población haya visto jamás a Rathe. O el que toda esta extensión de océano pueda igualmente no estar aquí en absoluto, porque ninguna de las dos cosas ofrecería ninguna diferencia en su forma de vivir.

—Puesto que no es bueno ni útil para ellos, están decididos a considerarlo malo —dijo Ni—. Así van las cosas. Poco más o menos nos encontramos en una época científica, Aidregh; pero se necesita una situación como ésta para revelar cuan pocas personas viven en la actualidad con sus cerebros, al igual que con sus cuerpos.

»¿Sabe usted? En tiempos de Clian, el porcentaje de personas que creían en la astrología era más pequeño de lo que es ahora. Nueve de cada diez de mis pacientes no saldrán a la calle cuando Rathe se oculta tras la constelación de su signo del zodíaco, o se alinea con alguno de los planetas exteriores en alguna estupida configuración. Y la mayor parte del tiempo, el astrólogo al que ellos consultan no les da ni una sola cifra exacta en absoluto; él sabe que no serán capaces de comprobar la actual posición de Rathe en ese momento. Sabe que ni siquiera la comprobarían aunque el planeta estuviera sobre sus cabezas; no digamos en otros confines del mundo, que es donde se encuentra de manera permanente.

Aidregh no contestó. ¡Nueve de cada diez! Y la mayor parte de los pacientes de Ni eran de alta categoría, pertenecientes a las jerarquías civiles del gobierno. Claro que la cifra era probablemente exagerada, pero aún así…

—Le diré una tontería —añadió Ni, en tono conversacional—. Sabe usted que el año pasado se descubrió el nuevo planeta… el quinto, si contamos nuestro par como uno… ese colosal gigante gaseoso, olvidé su nombre. Bueno, los astrólogos han decidido que

controla las líneas del monorriel. Y de nada sirve preguntarles qué controlaba antes de que hubiesen líneas de monorriel; es como si no existiera antes de descubrirse. Y sin embargo, esa cosa tiene ciento ochenta mil kilómetros de diámetro y una de sus lunas es tan grande como el planeta Nesmet… ¡el llamado Planeta de la Guerra! Espere a que esos chicos se pongan a trabajar en el satélite; entonces veremos algunas racionalizaciones de campeonato. ¡Puede resultar que ha estado influenciando las radios populares todo este tiempo!

El planeta del que Ni hablaba era Herak, claro. Estaba a trece mil sescientos millones de kilómetros del sol blanco, tenía catorce satélites según los últimos informes, poseía un período orbital de doscientos sesenta y cinco años… Las cifras cayeron en su lugar automáticamente. Ser Primer Ministro en estos días requería un conocimiento extenso de la astronomía descriptiva; un conocimiento que tenía que mantenerse oculto del público, porque podía conducir a la gente a pensar que el vuelo espacial a los otros planetas estaba más próximo de lo que se les había inducido a creer, y hacerles preguntarse qué planeta iba a ser visitado… y eso quizá condujera a la conclusión de que naturalmente sería el más próximo, excepto Rathe; y también conducirles a suponer que había una expedición sobre Nesmet ahora mismo, y tarde o temprano el discurso volvería a Rathe, fuese como fuese…

Y en aquel momento la expedición a Nesmet llevaba retraso, lo que significaba que pasarían ochenta y un días antes de que ese planeta estuviera en posición tal que permitiera el despegue para el regreso a la patria. Oficialmente, el primer vuelo espacial tripulado estaba sólo a punto de efectuarse. El público sabía solamente que un satélite orbital había sido colocado en el espacio con éxito seis años antes, con el ostensible propósito de servir de estación retransmisora de televisión. Inmediatamente los aficionados informados llegaron a la conclusión de que tal estación no era necesaria, dada las breves distancias en las que tenía que operar la televisión sobre los continentes isleños; asumieron entonces —con toda corrección— que el satélite estaba allí para comunicarse con Rathe. Hubo una isla que se lo tomó muy a pecho; el rumor se acalló solamente cuando desde el Gobierno se reveló que la estación estaba también vigilando a Rathe, en una acción continuada de

exploración y centinela.

Desde que esa serie de deducciones dieron en el clavo, no se dijo más palabra acerca del vuelo espacial, excepto que «se efectuaban progresos» en ese orden. Los acontecimientos subsiguientes habían incluso asustado más, debido a sus posibilidades de ser usados por el sensacionalismo. Hubo, por ejemplo, el proyectil no tripulado que se supuso orbitaba en torno a Rathe, tomaba fotos y volvía de nuevo a la patria. Margent informó, con toda educación, que los de Rathe lo habían derribado. Además añadió, con tonos moderados, que cualquiera que se aproximara a Rathe de aquí en adelante tenía ese aviso por anticipado, y que no se le permitiría volver a la patria antes de aterrizar en un lugar designado en Rathe, para sufrir una cuidadosa inspección.

En resumen: aunque Margent no lo dijo así, los de Rathe sabían que el terreno del lado opuesto de su planeta había sido siempre invisible a su astro hermano, y pensaban proteger esa invisibilidad durante una temporada más. Poco después el mundo patrio de Aidregh tuvo un visitante similar, y se le envió de vuelta con un mensaje igualmente similar.

Los intentos por ambas partes de enviar proyectiles fuera del rango de la detección —o por lo menos de la factible acción antiaérea— aparentemente habían llegado a idénticos malos finales; por lo menos, Aidregh sabía que no había fotografías del hemisferio lejano de Rathe en sus archivos. Las fotografías que pudiera haber en los archivos de Margent sólo podían deducirse, pero Aidregh estaba razonablemente seguro de que si existía alguna, sería de muy mala calidad. El clima en su húmedo mundo no era tan cooperativo con las cámaras como el aire claro del desértico Rathe.

Si sólo la expedición a Nesmet no hubiera sido obligada a mantener el silencio de radio…

Alzó la vista, con un severo salto de embarazo. El doctor Ni había reanudado la lectura de su libro, pero lo volvió a dejar ante el movimiento de Aidregh.

—Espero algo brillante en respuesta, después de todos esos pensamientos —dijo.

—Lo siento, Ni. Me distraje. Ni siquiera recuerdo lo último que dijo usted. En estos días no soy muy buen compañero, me temo.

—No me importa permanecer en silencio mientras piensa un

hombre. Pero usted necesita ejercitarse en pensar en otras cosas. Se preocupa usted demasiado, hasta la histeria. No lo niegue: soy médico, veo los signos. ¿Tiene usted alguna afición, Aidregh?

—¿Aficiones? No, creo que Aidresne es casi la única afición que yo…

—No, no —dijo el doctor Ni, frunciendo el ceño—. No es usted un hombre que descanse en el seno de la familia. Aidresne es un buen muchacho, pero me refiero a algún interés que no le preocupe a usted. ¿Le gusta la música?

—Me temo que tengo muy mal oído.

—Hum. Sabe, desearía que nuestras escuelas reconocieran que es un defecto físico, tan grave como ser cojo, y ofrecieran una enseñanza compensadora; pero no lo hacen, así que ahí queda la cosa. ¿Qué hay de la lectura? ¿Le gusta esto? —agitó las «Baladas Medaníes».

—No tengo mucho tiempo para leer. Claro que en el colegio, yo…

—Oh, el colegio. La poesía es para los adultos, no para los niños. Mire, escuche esto.

Ojeó el volumen durante un breve instante, y luego leyó:

Esperanza de poesía, el corazón que mira cerca
Siente su miopía aliviada por unos cristales de fuego;
Las heridas sangran y la fatalidad se lamenta,
Sollozando, esto no pasa.
Sollozar es amargo, pero la tragedia en las lágrimas
Yace tensa y salada en un pecho reseco.
El pasado es arena. Junto al reloj
Incluso el corazón es débil.
En silencio, las dudas del dolor se vacían,
Enmarcadas en una conversación con los suspiros sonrientes.
No hay lluvia excepto la lluvia,
Ni mejor eje que el del paraguas de los años.

—Es… interesante —dijo Aidregh, con tono dudoso—. No estoy muy seguro de haberlo comprendido. Ahí dice… que esto también pasará, ¿no es verdad?

—Sí, pero aún hay algo más. Dice el poeta que perder incluso el

impacto inmediato de una pena es perder algo valioso… una pérdida tan grave, como olvidar la viveza de una alegría. Los meganíes eran personas muy sabias. Fue Threnen quien los barrió del mapa, ¿verdad?

—Creo que sí.

Un breve fantasma cruzó la frente de Aidregh: el fantasma de su esposa, muerta antes de oír el primer grito de Aidresne. Ni, que fue su médico de cabecera, había dicho que la muerte en la infancia no era previsible, ni siquiera ahora. El matrimonio, tardío para Aidregh, había sido una unión política; pero él aprendió a amar a la silenciosa muchacha de Noone.

En el instante del paso de la sombra, Rathe pareció perder toda importancia. Luego la sombra se fue. Se sacudió, como para despertar.

—Creo que eso no es para mí, Ni. Es algo deprimente. Ya tengo bastantes cosas que me deprimen ahora.

—Pero ninguna es *suya*, amigo mío. Usted necesita algo que le recuerde a sí mismo de vez en cuando, las cosas que son importantes para usted como persona. Se está matando en el nombre de un juego de abstracciones.

—Bueno —dijo Aidregh, levantándose—, para eso me pagan.

3

El navío efectuó su primera parada en el Archipiélago, para que bajasen los científicos que habían venido de allí. El Archipiélago era muy importante políticamente hablando, porque representaba el equilibrio del poder entre Threnen y Noone. Aidregh abandonó la nave y cogió un avión que partía del aeropuerto de Bros, en dirección a Drash.

El doctor Ni no quiso unírsele; dijo que disfrutaba con el crucero. Aidregh no insistió, aunque se preguntó qué tendría de nuevo un crucero que llamara la atención a un oficial de la marina.

El piloto del avión logró inadvertidamente profundizar la tristeza de Aidregh al aproximarse a Drash por el lado de Threnen, mirando hacia el vacío océano del otro costado del mundo, pasando así directamente sobre una franja irregular de cemento instalada en el suelo, cerca de la costa. La banda, una acera de varios kilómetros cuadrados, estaba salpicada de regordetas cajas de cemento, y cerca de cada una de ellas había un pequeño lunar en sombras.

Poquísimas personas en el mundo sabían lo que era aquella zona, pero Aidregh la conocía bastante bien. Los lunares de sombra eran los tejados movibles de unos pozos de cemento, de treinta metros de diámetro, introduciéndose profundamente en el suelo. Unas vías de acero corrían a lo largo de las paredes de los tubos, y al fondo de cada uno de ellos, sobre las vías, descansaba un enorme proyectil teledirigido. Muchos estaban ya armados con cabezas de guerra termonucleares. Las cajas de cemento visibles desde el avión eran los techos de las cúbicas cámaras de control clavadas en el suelo.

Unos cuantos informes de espionaje indicaban que había otra batería parecida en Noone, quizás aún mayor que la de Threnen.

Aidregh no sabía cómo estaban armados los proyectiles de Noone, y los noonitas no hablaban; pero se habían producido varias explosiones de pruebas nucleares en Noone pocos años atrás. De eso no parecía caber la menor duda.

Ni tampoco podía haberla acerca de que hubieran tales instalaciones en Rathe. Que las armas rathenias fuesen nucleares, más que termonucleares, no constituía ninguna diferencia práctica; considerando la relativa pequeñez de los blancos en el mundo de Aidregh, las bombas atómicas serían más que suficientes.

Los dos planetas daban vueltas mutuamente como duelistas, con sus espadas amenazando la garganta del oponente.

Luego la faja de cemento se desvaneció tras el aparato y llegaron sobre Drash. Una vez fue un escondido poblado de chozas, ubicado en la boca del río mayor que se vaciaba en el mar occidental de Threnen; pero casi un millar de años de sedimentos de aluvión habían hecho su trabajo: ahora el edificio más próximo quedaba a dos kilómetros de distancia del mar, a lo largo de una amplia y suave playa. Vistos desde el aire, los edificios de la ciudad parecían paralelogramos, de diez a treinta metros de lado; sus tejados de cemento estaban ligeramente inclinados para permitir el drenaje de las frecuentes lluvias. Las casas estaban muy separadas y la lujuriosa vegetación de Threnen escondía el cemento de las calles y senderos que las entrelazaban, igual que los propios tejados escondían los enormes pilares de cemento que los sostenían y las paredes de madera impregnada de plástico, con sus grandes y oblongas ventanas.

Los noonitas por lo general despreciaban la arquitectura threnniana, a la que acusaban de que jamás había salido de la época de los planos rudimentarios; pero Aidregh la encontraba tranquilizadora… después de todo, era su patria. Oscuramente se alegraba de estar de vuelta; aquel eclipse le había transtornado mucho más de lo que quería admitir.

Fue directamente a su despacho y llamó a Aidresne, que según la costumbre servía de ayudante. Mientras esperaba, revisó la pila de documentos que había en su escritorio y que reclamaban su inmediata atención. No formaban una pila muy grande; el eclipse se había manifestado convenientemente en un momento en que el tribunal no estaba en sesión, así que no tenía que leer decretos

nuevos. El sumario político, preparado por el secretario general del partido de Aidregh, mostraba que la situación empeoraba al ritmo ordinario: demasiado deprisa. La Oposición ganaba terreno; incluso en ausencia de Signath, el populacho se estaba haciendo más belicoso…, y algo similar ocurría en Noone.

Era perfectamente posible —aunque no predecible— que tuviera que emprenderse una guerra contra Rathe, con el único medio de evitar que las dos islas se destruyesen mutuamente. Era una cura comparable a pegar un tiro al paciente…, pero tal cosa parecía ser lo que estaba oculto en lo más profundo del cerebro de Signath. Sólo el Macizo sabía los inflamados discursos que estaría cocinando ahora mismo, más allá de lo que creyera haber visto en el crucero de reconocimiento.

Con un suspiro, Aidregh abrió la pequeña máquina cocinera para ver lo que el personal le había enviado como comida de bienvenida, aunque, de hecho, no tenía mucha hambre. Resultó ser un asado de tapir —su plato favorito—, con tres clases de verduras cultivadas y otras dos silvestres, todo en los tres platos «mecánicos» que eran el servicio de vajilla tradicional para el Primer Ministro: uno mostrando un navio como el de Clian, otro, una aeronave primitiva con un reactor montado en la popa, y el tercero un cohete tan delgado como un lápiz. Éste último había sido adición de Aidregh; se esperaba que cada nuevo Ministro añadiese un plato y retirase otro, como símbolo del progreso adquirido bajo su ministerio. Los bordes de los platos estaban decorados con guirnaldas de la flor nacional de Thrennen, en grupitos de a cuatro.

Nuestra arquitectura puede no ser muy imaginativa, pensó Aidregh, pero en cerámica nadie nos vence en cuanto a gracia en el diseño, o fino trabajo. Sintiéndose oscuramente mejor, se dispuso a comer.

—Bienvenido, padre.

Aidregh levantó la vista del plato con una sonrisa. El pelo corto e hirsuto de Aidresne era negro, lo que lo colocaba en minoría entre los hombres generalmente rubios de Thrennen; naturalmente, lo había heredado de su madre. Era un jovenzuelo fuerte, un poco más bajo que Aidregh; su padre jamás le había considerado guapo —por

fortuna, Corlant estaba en desacuerdo— pero era pensante y rápido, lo que revelaba cualidades mucho mejores.

—Me alegro de verte, Aidresne. Quiero que te hagas cargo de los informes del eclipse en cuanto lleguen (estarán aquí en un día o dos), y que prepares un sumario para mí. A menos que sean abrumadoramente importantes, no quiero detalles; dame un resumen sopesado, junto con las opiniones que los militares puedan ofrecer. Pero quiero que ese informe militar esté bien hervido; ya sabes lo exagerados que son los generales cuando se lo proponen.

—Muy bien —contestó Aidresne—. Espero que valga la pena. ¿Crees que se sacará algo en claro?

—Es difícil decirlo. No puedo imaginarme que los rathenios hayan instalado ningún enclave allí donde podamos verlo. Cualquier emplazamiento importante que esté en nuestro lado de Rathe, debería evidentemente pasar inadvertido… y si fue alzado mientras los rathenios creían que nuestro planeta no estaba habitado, ya lo habrán desmontado.

—Tienes razón —dijo juiciosamente Aidresne—. Deben saber que nuestro mundo está habitado desde hace unos quinientos años, según calculo.

—Exageras. Quizá supusieron que el planeta era habitable mucho antes de ese tiempo, pero no estuvieron seguros de eso hasta que descubrimos la radio. De todas maneras, un siglo es tan bueno como un milenio cuando se trata del trabajo militar de camuflaje. ¿Cómo está Corlant?

—Igual —dijo el muchacho, sonriendo con ensoñación—. Estupenda.

—Bien. Debo decir que tu casi suegro tiene una idea muy sombría acerca de vuestro futuro y… por lo que importa, del futuro de cada cual.

—Igual me pasa a mí —dijo Aidresne, en voz baja—. Pero aún puedo tener esperanzas. Creo que el doctor Ni se ha olvidado de cómo es eso, o quizá perdió la práctica.

—Bueno, yo también sigo esperando. Es necesario. Bien, ¿hay noticias de Nesmet?

—Ninguna en absoluto. El planeta está llegando lentamente a la posición que nos conviene, aunque los astrónomos del satélite están alerta por cualquier signo de actividad. Lo que esperan ver queda

más allá de mi capacidad. No puedo creer que el capitán Arpen intente el despegue antes del momento de la aproximación máxima; noventa y seis millones de kilómetros ya es mucha distancia para viajar.

—Es más que eso —le recordó Aidregh—. La que citas es sólo la distancia primitiva entre los dos planetas. Pero no te olvides que la órbita de Nesmet está inclinada ochenta y siete grados respecto de la nuestra. Eso incrementa el viaje a un tercio más… —apoyó un codo en el escritorio y depositó su barbilla sombríamente en la palma de su mano—. La cuestión es que, de hecho, no estábamos preparados para emprender algo tan grandioso; y no será así hasta que pasen muchos años. Nos lanzamos a esto únicamente por causa de Rathe. Me asombraría si esa expedición lograra volver, Aidresne… Pero no digas a nadie lo que te he dicho.

Ambos hombres guardaron silencio largo rato. Luego Aidregh suspiró.

—Todo depende de Rathe, como siempre —dijo—. Supongo que sería mejor que tratásemos de volver a hablar con Margent.

Aidresne se encogió de hombros y abrió la puerta. Salieron juntos, cogidos del brazo, padre e hijo. Aún quedaba eso en aquel mundo vacilante.

El centro de comunicaciones, como todo lo concerniente a Rathe, era secreto; incluso la línea subterránea monorriel que a él conducía desde el edificio del gobierno era conocida sólo por unas pocas personas. Sin embargo, la comunicación con Rathe —vía estación orbital— era sólo una pequeña parte de sus funciones; también recibía informes de clima de todo el planeta, datos astronómicos, físicos y de investigación médica, e información de las estaciones particulares; luego, todo lo canalizaba por el planeta entero. A partir del tratado con Noone, la estación orbital ya no era estrictamente una empresa de Thrennen, y el tamaño que había alcanzado el centro reflejaba debidamente esa circunstancia.

La mayor parte del personal del centro no pareció reconocer al Primer Ministro y a su hijo en absoluto; esto era protocolario, aunque la mayor parte de los hombres estaban tan atareados que era posible que no se diesen cuenta de la llegada de Aidregh y

Aidresne. Un ordenanza les llevó directamente a la pequeña cámara con aire acondicionado utilizada por el alto jefe para recibir en directo importantes comunicaciones. Estaba sobriamente amueblada: unos pocos divanes, unos pocos sillones, un pequeño bar para refrescos… y tres pantallas de televisión.

Aidresne se sentó y aguardó con indiferencia, pero Aidregh no eligió su diván; estaba muy tenso para sentarse, y en cualquier caso siempre prefería trabajar de pie. Esto iba a resultar trabajoso. Al cabo de varios instantes, la pantalla central se iluminó, mostró torbellinos y luego se serenó.

Margent les estaba mirando.

Resultaba tan difícil como siempre ver exactamente a qué se parecía Margent, porque como de costumbre, iba encapuchado y abrigado con tantas túnicas y capas… Los rathenios las necesitaban por los salvajes rigores de calor y frío por los que Rathe, con su atmósfera enrarecida, pasaba diariamente. El rostro que miraba desde la pantalla era toscamente parecido al de Aidregh; es decir, poseía los mismos órganos y en el mismo número y casi la misma relación de uno a otro; pero habían ciertas diferencias.

Por ejemplo, las cejas del rathenio, aunque eran oscuras y fieras, no estaban montadas en una huesuda prominencia como las de Aidregh. Su nariz no era plana y las aletas, tan pequeñas que parecían casi invisibles, apuntaban derechas hacia abajo; a ambos lados de la nariz había dos pequeños agujeritos, cuya función sensorial era desconocida. Su boca tenía quizá la mitad de extensión de la de Aidregh, y su barbilla no era tan sobresaliente, sino pequeña y puntiaguda. Todo esto, añadido a una frente que era casi tan amplia e incluso más alta que la de Aidregh, hacía que el rostro dentro de la capucha pareciera casi triangular.

El resto eran conjeturas, resumidas por los científicos; trabajando en parte por las pistas que Margent había dejado caer, en parte también por los vistazos ocasionales captados por debajo de los pliegues de las túnicas, y en parte siguiendo la evidente conformación del terreno y la meteorología del propio Rathe. Las manos del rathenio tenían seis dedos, como las de ellos mismos —y por ello, también, habían llegado a parar a un sistema de numeración duodecimal—, pero aquellos dedos resultaban más largos y más esbeltos. Sus cuerpos eran ligeros, delgados y duros,

con la piel como cuero fino; pero eran casi uniformemente más altos que la raza de Aidregh.

Sin duda serían mamíferos, con dos sexos, como los paisanos de Aidregh; pero es que él en realidad no podía imaginarse una raza que no tuviera esas características. De alguna oscura manera, Margent le hacía sentir como si Aidregh representara a una especie que había evolucionado directamente de las ranas, mientras que los rathenios parecían una raza de lagartos sumamente inteligentes. Era absurdo…, pero simbolizaba la suma de las diferencias que Aidregh notaba entre Margent y él mismo.

—Esperamos que hayáis tenido una buena vista —dijo Margent, con su seca y susurrante voz.

Hablaba un threnniano excelente; Aidregh conocía el idioma de Rathe —el único lenguaje del planeta—, pero comparativamente de manera imperfecta.

—Muy buena, gracias —dijo Aidregh con indiferencia.

En los 1344 segundos que tardarían las microondas en llevar su voz e imagen hasta Rathe, y en el lapso idéntico de tiempo para su vuelta, Aidregh se impondría la tarea de imaginar lo que respondería Margent…, y aun tendría tiempo para preguntarse si el gambito de apertura tenía una intención irónica. Margent se refería al eclipse, claro; pero también sabía que el panorama del mundo de Aidregh era infernalmente malo aún en comparación con el de Rathe.

Margent, sin embargo, abandonó el asunto.

—Creemos que llegó el momento de tratar uno con otro directamente —dijo—. Hay altos asuntos que ocupan la atención principal de mi pueblo, y no permitirán mayor aplazamiento.

—Sea como fuere —dijo Aidregh sinceramente, pero sintiendo la invisible mano de la precaución siempre sobre su hombro—, la negociación es con toda evidencia la única salida de esta situación en la que nos encontramos. Adecuadamente, nuestros dos mundos deberían unirse por el comercio y el intercambio abierto como lo están por la gravedad; es la única manera civilizada de preceder.

—Llevo mucho tiempo promoviendo eso mismo —dijo muy serio Margent—. Pero mis pensamientos aquí no me pertenecen; son pensamientos compuestos, representando, en alguna manera, actitudes a las que Arpen como persona no puede eludir. La

situación allí es la misma, según creo.

—Lo es, en realidad —dijo Aidregh de corazón—. Pero si usted y yo llegamos a un acuerdo razonable, creo poder controlar los elementos disidentes de entre mi pueblo… o, por lo menos, limitar cualquier acción hostil que ellos puedan llevar a cabo.

El lapso de tiempo pareció interminable. Margent casi le tenía abatido por completo. De ordinario el rathenio aparecía envuelto, sutil e indirectamente en todo lo que decía.

—Eso resulta también verdad en mi caso —dio Margent—. Pero no puedo acordar nada sin contacto directo; es el precio que exige la religión de mi gente. ¿Cuándo puedo esperarle, pues?

Tras él, Aidregh oyó el respingo de su hijo. Evidentemente, tampoco Aidresne había ido al grano hasta ahora; en su asombro ante las nuevas directivas de Margent, revelaba que había localizado la amenaza presente en las palabras del otro gobernante.

Y la pregunta era dinamita pura. Una visita personal a Rathe ahora —aun cuando el concepto tentase y mucho a Aidregh—, turbaría y asombraría a la mitad de la población, y, con unos pocos aguijonazos en la adecuada dirección por Signath y la Oposición, inflamaría absolutamente a la otra mitad. En total, no haría ni una ínfima porción de bien, porque cualquier acuerdo que pudiese formalizarse con Margent como resultado de esta entrevista carecería de fuerza: el gobierno de Aidregh nunca aprobaría tal viaje.

—Quizá le he comprendido mal —dijo por último Aidregh—. ¿Es que este contacto actual no es lo bastante directo? El rayo entre nosotros es razonablemente prieto, según se me ha dicho.

—El asunto del que hablo no puede discutirse de esta manera —dijo Margent—. Es un asunto de religión. De ninguna forma me permitirían que radiase siquiera su exposición. Es esencial el contacto personal.

¿Un asunto religioso? Pero de nada serviría preguntar a Margent qué quería decir con eso; después de todo, acababa de dar su única respuesta a tal pregunta: no podía ni discutirla.

—Comprendo —dijo Aidregh—. No obstante, Margent, usted me encuentra poco inclinado a ello por buenas razones. Hay asuntos de estado que exigen mi presencia aquí; si yo los dejara ahora, perdería el control sobre mi gente, y ese control es esencial para la

supervivencia de ambos planetas. Perdón si hablo con torpeza, pero estoy seguro de que usted advertirá la fuerza del argumento, ¿no es así?

—La veo —dijo Margent—. Pero permítame recordarle que yo también estoy desvalido en el mismo sentido. *Tiene* usted que venir. Le aseguro solemnemente que nada más que eso impedirá la guerra entre nuestros mundos, a la larga.

El aire parecía pesado en la habitación. Quizás —incluso probablemente— Margent no había tenido intención de que se tomasen sus palabras como amenaza; le parecería una simple afirmación de hecho. Pero era una amenaza lo que resultaba…, la amenaza última. Con el corazón dolorido, Aidregh miró a Aidresne.

Su hijo comentó, en voz queda:

—Será mejor que vayamos.

—Muy bien —anunció Aidregh, volviéndose hacia las cámaras y las pantallas—. Para mí al menos, si no otra cosa, será una gran aventura. Pero usted también deberá ceder en alguna medida a la situación aquí presente, Margent. Me será completamente imposible ir en seguida. Ni siquiera puedo fijar una fecha ahora. ¿Hasta cuándo puede posponer su crisis, cualquiera sea la índole de ella?

—¿Hasta cuándo no podrá usted venir? —volvió a preguntar a su vez Margent.

Aidregh tomó una profunda bocanada de aire.

—No antes de un año…, a contar de ahora.

Margent pareció pensar largo rato, pero la tensión había distorsionado tanto el sentido del tiempo de Aidregh que podía haber sido sólo el inevitable lapso de 1344 segundos. Por último, el gobernante de Rathe dijo:

—Comprendo el aplazamiento. Mientras tanto, me sería imposible hablar con usted. Se entiende aquí que ahora ya no tenemos nada más que hablar, excepto de este único asunto. Adiós.

Al terminar la palabra, la pantalla quedó a oscuras.

4

Conseguir un decreto del Tribunal proporcionando los fondos necesarios para armar los tres navíos capaces de llegar a Rathe y volver, no resultó tan difícil como Aidregh había imaginado. Públicamente, claro, el decreto fue etiquetado sólo como «necesario para la defensa nacional»; a los pocos tribunos que inevitablemente debían saber para qué se necesitaba el dinero extra —incluyendo por razones de tranquilidad al presidente de Noone y al primer ministro del Archipiélago—, se les comunicó en el mayor secreto que se trataba de un segundo intento para llegar a Nesmet.

El truco sirvió, y el decreto fue aprobado. Después, Aidregh se sintió capaz de dejar de pensar en el viaje a Rathe durante una temporada. Al menos, por la mayor parte del tiempo.

Los días estuvieron, con bastante asiduidad, llenos de trabajo; pasaron con rapidez, como ratones fugitivos ante la proximidad del gato. Primero que todo, los resultados del eclipse llegaron y resultaron ser bastante mejores de lo que Aidregh había esperado. Claro que las observaciones hechas desde la superficie del mar no significaron mucho, pero nadie había esperado realmente que lo hicieran. Las que vinieron de las estaciones satélite, sin embargo, estaban llenas de detalles. Sumadas todas, daban un mapa casi completo de la superficie visible de Rathe, tal como podía haber sido fotografiada desde un navío navegando sólo a cincuenta millas por encima del astro vecino. El hemisferio visible era ahora conocido al por mayor y menor; la extensión y naturaleza de los desiertos quedó catalogada con seguridad; los cuerpos de agua, hasta los lagos pequeños, identificados; los caminos y rutas, registrados. Era una verdadera mina de oro, mucho mejor que lo obtenido hasta entonces.

—Esto es muy bueno —dijo Aidregh por último, después de leer el informe de su hijo con prolongada e intensa concentración—. Ahora tenemos blancos… no sólo las grandes ciudades que ya conocíamos, sino los nudos de comunicaciones más pequeños, los suministros de agua, etc. Y los generales dicen que esta cosa de aquí, que en la foto aparece como una telaraña, es un punto clave de alguna clase; el grueso sistema de carreteras que conduce a él se supone que confirma el aserto… —suspiró—. Si llegara la guerra ahora, podremos dejar nada excepto escombros en la cara visible de Rathe. Vaya cosa horrible para estar segura de ella…

—Todo marcha muy bien —dijo Aidresne—, pero lo que me preocupa es que seguimos sin tener datos del poder defensivo de Rathe. En este material no aparece nada de esa índole.

—Lo sé. No podíamos esperar que fuesen lo bastante locos como para colocar tales instalaciones en donde pudiésemos verlas. Creo que todo lo más que sabremos, será esto, Aidresne: cualquiera que sea su fuerza de ataque, resultará suficiente.

—Pero… ¿cómo lo sabemos? —objetó el muchacho—. Sus armas son sólo nucleares, y tendrían que dispararlas más o menos a ciegas. Algunos sobreviviríamos, mientras que estamos convencidos de que podríamos asolar su hemisferio visible y probablemente saturar su lado invisible, con armas de muchos megatones apropiadamente espaciadas.

Aidregh sacudió la cabeza.

—No debemos arrollarnos con tan estúpida noción —dijo—. Tienen mucha más tierra emergida de la que poseemos nosotros. Sin un conocimiento seguro de los blancos, «saturar» el hemisferio opuesto de Rathe es sólo un sueño. Conseguiríamos la completa exterminación de los rathenios sólo por suerte…, si a tal cosa se le puede llamar suerte. Y en caso de que ellos posean refugios profundos, ni siquiera llegaríamos a eso. El único modo cuerdo de enfrentarse a la cuestión es presumir que la guerra significaría la muerte tanto para ellos como para nosotros.

Un zumbido le interrumpió. Accionó un conmutador y la voz del doctor Ni llegó por el altavoz; Ni estaba aun en Drash, como miembro del equipo del eclipse.

—¿Aidregh? Tengo noticias para usted. Pensé que sería mejor que las supiese ahora mismo. Pagué por tener la posibilidad de ser

el primero en contárselas.

—Está bien, Ni, adelante.

—La expedición a Nesmet está entrando. No esperaron a la posición favorable; partieron en cuanto Nesmet rodeó el sol en su camino de regreso hacia nosotros. ¡Llevan en vuelo casi un año!

Aidregh y su hijo intercambiaron miradas de estupefacción. Eso sólo podía significar que el capitán Arpen había descubierto algo de abrumadora importancia. Jamás hubiera corrido tal riesgo por otro motivo.

—Prosiga usted —apremió Aidregh, tenso.

—Se acaban de poner en contacto por radio con Drash hará unos quince minutos, a través de la estación satélite —dijo la voz de Ni; incluso él parecía excitado—. Están ahora a unos miles de kilómetros de la órbita de la estación, pero en nuestro lado del planeta. Arpen esperó hasta que Rathe estuviera en nuestro cono de sombra antes de llamarnos.

—Claro, ésas eran sus órdenes. ¿Cuándo aterrizará?

—Pasado mañana. Está muy bajo de combustible, y tiene que tomar tierra por el método más conservador. No entendí los detalles, como es lógico…, pero creí que usted querría saberlo de inmediato.

—Sí. Gracias, Ni.

Aidregh cortó la comunicación con una débil sonrisa. Evidentemente, su viejo amigo no era tan inmune como pretendía a los grandes acontecimientos fuera de la medicina. Pero su sonrisa desapareció a toda prisa.

—Esto —dijo, lentamente— es una verdadera sorpresa. Una conmoción.

—¿Qué puede significar?

—Desearía saberlo. Todo lo que puedo decir ahora es que es una mala noticia.

—¿Mala noticia? —preguntó Aidresne—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Estoy pensando en la expedición a Rathe, Aidresne —dijo el gobernante con impaciencia—. Conseguimos el dinero para el viaje con el subterfugio de construir otro navío para Nesmet, no te olvides. Le dije a Signath y a esos otros idiotas que no creía que Arpen lograra volver, y que no debíamos ser pillados por sorpresa si

no lo hacía. Yo no quería decirles tal cosa, pero después del ultimátum de Margent, nada podía hacer por evitarlo. Y ahora, tenemos a Arpen que vuelve… y no sólo vuelve, sino que lo hace sesenta días antes de que pudiéramos empezar a considerarle como perdido.

Aidresne le miró con justiprecio y un poco intranquilo, como si estuviese viendo a su padre por primera vez.

—Me pregunto… Padre, ¿estás realmente deseando que Arpen se estrelle? —dijo.

—¡Oh, no! ¡Por el Macizo, Aidresne! Me conoces demasiado bien para pensar eso de mí. Tenemos que descubrir qué es lo que le ha hecho correr un riesgo como éste. Yo sólo te explico lo que ha puesto sobre nuestras espaldas su temprana llegada, y bajo el aspecto político. Es un hecho consumado, eso es todo. No hay nada más.

Pero la sugestión de Aidresne tenía, de momento, algo tan insinuante, que despertó en él una llamarada de esperanza. Pero la reprimió, ceñudo.

El capitán Arpen hizo que su maltrecho y abollado navío aterrizara en el aeropuerto de Drash tan ligeramente como una hoja al caer, quedándole sólo el suficiente combustible en sus tanques como para empapar una esponja de baño de tamaño medio. Por ser un aterrizaje que se suponía secreto, de un vuelo que se suponía también que nadie conocía, acumuló una considerable recepción, incluso antes de que el casco del navío estuviera lo bastante frío como para que se abrieran las escotillas.

Arpen pasó a través del comité de recepción como un cuchillo cortando el queso. Aunque estaba agotado y descompuesto, se mostró igualmente sordo a todas las súplicas de que él y su tripulación descansaran unos cuantos días antes de presentar informe.

—¿Dónde está el primer ministro? —siguió exigiendo—. Osanto, si dejas caer esas latas de película te… Está bien, está bien, no te apartes de mí y mantente despierto. ¿Dónde está el primer ministro? ¡Ah! ¡Aidregh, Aidregh! ¡Permita que estos pelmazos me dejen pasar! Necesito hablar con usted donde haya tranquilidad.

Osanto, entra en el coche del ministro y entrégame esas latas. Y que no se te ocurra dormirte, o no despertarás durante toda una semana. Señor, ¿podríamos llegar a la isla fuera de aquí? Hemos estado conduciendo casi un año para traer a casa este material… ¡Osanto, despierta! ¡Que el Macizo te destruya el alma!

Aidresne impartió las órdenes necesarias a toda prisa, y el coche salió disparado del aeropuerto. Se daba completa cuenta de que aquel joven cadavérico le miraba con ojos febriles, vidriosos; pero, después de todo, el capitán Arpen tenía en su haber el haber terminado el viaje más épico de la historia humana; e incluso ahora, cuando estaba a un paso de caer de rodillas, era como la furia de un horno de fundición. Al verlo, Aidregh se reprimió al ver su actitud tan pasiva como la de una cuchara cuando se le vierte encima agua caliente.

Frente al primer ministro, el capitán Arpen y el muerto ambulante llamado Osanto, su oficial de observaciones —antes del viaje el astrónomo joven más prometedor de todo Thrennen—, extendieron sus fotografías y mapas indiscriminadamente por todo el suelo alfombrado. Arpen habló a Aidregh y a Aidresne, al doctor Ni y a dos generales anónimos como si no reconociera a ninguno de ellos, expresando las palabras con una velocidad de pistola neumática entre sorbos de una bebida caliente que un camarero le había puesto en su mano. Sus ojos miraban con fijeza, como los del individuo que acababa de asistir a una visión. Osanto no dijo ni bebió nada; sólo señalaba adormilado a las copias adecuadas, siguiendo las órdenes de Arpen apenas éstas le llegaban, demostrando sacar fuerzas de un lugar donde, evidentemente, ya no las había.

—Nos mantuvimos en el lado oscuro de Nesmet todo el tiempo, excepto unos cuantos viajes a la zona crespuscular —narró Arpen—. Nesmet tiene algún rastro de atmósfera que no esperábamos… gases pesados, y aún no muchos. El lado oscuro es un terreno salvaje de nieve; claro que no es verdadera nieve, sino metano helado y dióxido de carbono, y otros gases orgánicos. Cada vez que uno de esos campos nevados asoma a la zona crepuscular, se evapora y se va aullando hacia el lado caliente. Al mismo tiempo, en el otro terminal, cuando la atmósfera se ve pillada en la sombra, se congela en menos de media hora. Hay enormes espirales que se alzan a

mayor altura que las montañas, y antes de que uno haya empezado a comprender qué sucede; pero a la siguiente liberación todo se sublima de nuevo como dos millones de huracanes. Enséñaselo, Osanto.

Osanto mostró una foto con el expeditivo procedimiento de indicarla con la punta del pie; el capitán Arpen dio un trago a su bebida.

—Es un lugar miserable para trabajar —dijo Arpen—. A causa de la atmósfera y la distancia, nuestras fotografías del lado opuesto de Rathe no son nada maravillosas. Pero tampoco están nada mal… ¿Dónde estaba? Oh, las fotos. Confirman muy bien nuestras especulaciones acerca de dónde deberían estar los continentes y las tierras bajas. Y muestran varias de las ciudades mayores. Hay una verdaderamente interesante; no puede ser otra cosa que la capital de Rathe. También muestran que el único cuerpo mayor de agua que los rathenios tienen en la otra parte es más pequeño que nuestro mar de Niabrand; una sola bomba de fusión lo haría hervir y lo secaría. ¿Dónde está la instantánea tomada con infrarrojos, Osanto?

Gesto de señal. Trago.

—Esto es maravilloso —dijo Aidregh—. Es más de lo que esperábamos, pero… Capitán, de todas maneras no vio nada lo bastante sensacional como para justificar el riesgo que usted corrió. ¿Qué hubiera pasado si no hubiese vuelto a…?

—Volvimos —contestó Arpen con fiereza—. Y ésto es sólo el principio. Señor, si no me interrumpe, supongo que permaneceré lo bastante despierto durante toda la conversación. Fíjese en qué forma física está Osanto, y yo no me encuentro mucho mejor, aunque estoy atiborrado de anfetaminas. Créame, estas fotos que tomamos en Nesmet no son nada. Tomamos unas series de treinta y cinco instantáneas del lado opuesto de Rathe en el camino de vuelta.

»Tratamos de utilizar el gran telescopio estando ya cerca de casa, pero, claro, no funcionó. Lo perdimos, y también a los dos hombres que flotaban por el espacio tripulándolo… Un meteoro, sólo una partícula pequeña de algo y… ¡puf!, nada excepto gas. Pero incluso desde dentro del navío, sin nada más que el periscopio, las fotos salieron aún mejor que las de Nesmet. Enséñaselas, Osanto.

No hubo respuesta. Osanto estaba dormido de pie, y tan profundamente que ni siquiera se tambaleaba después de su larga batalla contra la falta de gravedad: estaba tan ligado a su planeta natal como si fuese un hongo plantado en el suelo.

—¡Por el Macizo! —exclamó Arpen—. Está bien, déjenlo dormir. Ha estado trabajando como un esclavo…

El capitán cayó de rodillas como un paraguas roto y comenzó a dar zarpazos él mismo a través de las fotos. Por último se puso en pie triunfante, aunque tambaleándose visiblemente por el mareo.

—Aquí están —dijo—. Mire esto, señor. Casi tan bueno como un mapa. Y aquí… este retazo blanco y regular en el continente del noreste. Está camuflado, pero apareció en los infrarrojos. ¿Qué deduce de él?

Los generales se unieron a Aidregh en un espeso grupo mirando a la foto, pero no los necesitó. Había visto una cosa así algún tiempo atrás, desde el aire, cerca de Drash.

—Es un emplazamiento artillero —dijo despacio—. Una plaza de misiles, como las nuestras… y las que tienen los de Noone. Pero… bastante mayor.

—Eso es lo que dice Osanto —confirmó Arpen, recuperando el equilibrio con un terrible esfuerzo. Tenía los ojos semicerrados—. Ahora sabemos dónde está. Podríamos alcanzarla primero, si fuese preciso. Osanto captó también otras cuatro o cinco estaciones, más pequeñas. Se las enseñará. Yo no puedo, no conozco los signos…

—¿Cuatro… o cinco? —susurró Aidregh—. ¿Nos sobrepasan tanto?

—No lo sé —contestó el capitán Arpen con voz de borracho. Se esforzó por volver a abrir los párpados—. De todas maneras, estas fotos no son el motivo por el que salimos tan temprano de Nesmet. Queríamos tratar de conseguirlas en el camino de regreso, y no podíamos predecir cómo resultarían…, pero no despegamos hasta que encontramos… era…

Se detuvo y miró con ojos terribles a Aidregh.

—¿Qué decía? —preguntó—. Estaba diciendo algo.

—Algo que usted encontró en Nesmet, algo que le hizo volver a casa a escape. Capitán Arpen, ¿no podría usted esperar hasta…?

—¡No! —dijo Arpen—. No. Señor, hubo una expedición de Rathe a Nesmet. Eso es lo que le quería decir. Señor, nos

vencieron… se nos adelantaron.

—¿Está usted seguro? —susurró Aidregh.

—No tengo la menor duda. Su campamento estaba bastante maltrecho, pero no tanto como para no poderlo identificar positivamente. Es de ellos. Y… hay restos de una tercera estación observatoria en el planeta. No es nuestra y no es de Rathe; es mucho más vieja, mucho… más vieja. Quién pudo instalarla allí, es cosa que no sabemos. Pero ya nos costó infinito trabajo deducir la edad y naturaleza del campamento de Rathe. Los rathenios aterrizaron en Nesmet un año antes que nosotros… Quizá dos.

—Ajá —exclamó uno de los generales, como si lo que había ocurrido le satisfaciera profundamente—. Eso significa que los rathenios también tienen fotografías de nuestro hemisferio invisible. Muy interesante.

—Sí —dijo Arpen—. Pensé que era interesante. Por eso partí de Nesmet temprano —suspiró, desgarrado—. Aquí están las… fotos. Yo… las traje… —Su desesperación quedó rota por una súbita convulsión, y comenzó a inclinarse—. La patria… —dijo.

Cerró los ojos, y se bamboleó como si le hubiesen dado una pedrada. Las fotografías cayeron, revoloteando, al suelo. El doctor Ni se arrodilló junto a él al instante, buscando su pulso, auscultando su pecho. Las fotografías descansaron en general desorden. El médico alzó la cabeza despacio, mirando a Aidregh con rostro estupefacto e inexpresivo a la vez.

—Oh —dijo maravillado el doctor Ni—. Está muerto, Aidregh. Le cedió el corazón.

Aidregh no pudo ni moverse. Miró apenado aquel cuerpo descoyuntado, desperdiciado… los restos de un héroe. Jamás había conocido bien al capitán Arpen.

Mezclado inexplicablemente en esta pena, estaba el conocimiento de que nadie sabría jamás quién estableció aquella tercera… no, *primera* base observatoria en Nesmet, ni por qué. ¿De dónde pudieron haber venido los observadores? Seguramente no del frígido Gao, un planeta del doble de tamaño que el planeta patrio, o que Rathe; a setecientos veinte millones de kilómetros del blanco sol, con su atmósfera tan venenosa, mezcla de hidrógeno, metano y amoníaco. Seguramente tampoco del satélite más próximo de tamaño planetario, Herak I, a seis millones doscientos mil

kilómetros de Gao y trece mil sescientos millones de kilómetros del sol blanco…

¿Qué forma de vida, increíblemente diferente de la raza de Aidregh o de los rathenios podría estar recorriendo este frío sistema solar, perfectamente hostil? Nunca lo sabrían. Ni ellos ni los rathenios debían molestarse en formular tal pregunta, y mucho menos esperar una respuesta.

Esto era el final de la línea. Se conocían ahora los sitios, en ambos mundos. Cuando volasen los proyectiles dirigidos, darían en el blanco sin desviarse. Arpen murió para hacer eso factible, y quizás algunos rathenios hubieron muerto antes por la misma causa. ¿La causa del suicidio? Eso era cosa que la juzgase Margent, si podía. Ahora no quedaba nada a Aidregh excepto la expedición a Rathe, demasiado temprano y con pocas esperanzas… con ninguna esperanza en absoluto. Los cuchillos no estaban ahora en la garganta de los mundos, a punto de degollarlos: estaban posados de punta sobre sus espaldas.

5

Quizás yo no tuviera que ser el Primer Ministro de Thrennen, pensó más tarde Aidregh; cada vez que creo haber comprendido la forma de pensar de la gente, ésta me demuestra que no tengo ni la más ligera idea.

Por ejemplo: la primera reacción contra la expedición a Rathe, no fue en absoluto política. Se alzó a partir del hecho de que el viaje aplazaría una boda.

El noviazgo de Corlant y Aidresne había sido seguido con la mayor avidez por la prensa casi desde sus principios, para desaliento de ambos novios. Inevitablemente, y contra los deseos de ambos, la ceremonia matrimonial se planteó como un impresionante asunto de estado, y sería presenciada por funcionarios de ambos partidos de Thrennen, lo mismo que por diplomáticos de cada una de las demás naciones. Había transcurrido toda una generación desde que Thrennen no viera tanta pompa, y tan estupendamente ligada con el sentimentalismo; y el público, ya harto hasta la coronilla de la constante y pendiente amenaza de la guerra, había esperado con ansia este nuevo espectáculo, dando rienda suelta a su especulativa lengua.

No obstante, aplazar la boda era necesario, no importaba lo que pensara el público. Aidresne tenía que ir con Aidregh a Rathe, como cosa natural, y no había manera de dorar la pildora; de haberse tenido que quedar Aidresne, Signath no hubiera perdido el tiempo catalogando la expedición como un acto suicida, dejando deliberadamente a Aidresne en una posición fácil para coger las riendas del poder y mantener a la oposición fuera del gobierno. Eso sería suficiente por lo menos para provocar una petición de referéndum, que debilitaría a quien lo ganara. Claro, llevarse a

Aidresne exponía al partido de Aidregth a la carga contraria: se diría que Aidregh cortaba la cabeza de su propio gobierno. Pero eso era una maniobra débil para que la aceptara un público que esperaba que el hijo del primer ministro le acompañase en todo viaje político de importancia, por muy lejos que éste fuera.

Entonces, anunciaron a Corlant.

Aidregh se alegró mucho de verla, y felizmente aplazó la resolución de los asuntos pendientes. Estaba convencido de que era la chica más adorable que había visto en su vida —a excepción, quizá, de su propia esposa—, y aprobó el buen gusto de su hijo cuando se decidió lo del compromiso. Pero la expresión del rostro de ella cuando entró causó una especie de premonición de desgracias al Primer Ministro.

Como en todas las threnianas, en ella faltaba la mandíbula saliente común a los hombres de Threnen; en realidad, la barbilla de Corlant era muy redondeada. Pero hoy aquella firme punta de flecha recibía el eco de otra herida, también de saeta, profundamente marcada entre sus cejas. Los temores de Aidregh quedaron confirmados al oír las primeras palabras de la muchacha.

—Aidregh —dijo ella, con su voz baja y melodiosa—, traigo una petición ciudadana. Quiero ir a Rathe.

—No puedo dejar que vayas —contestó Aidregh con suavidad—. Va a ser muy peligroso, Corlant.

—El capitán Arpen fue y volvió de Nesmet —contestó ella tranquila—. Eso es mucho más lejos. Y el navío que utilizó no era tan bueno como la nave que nos llevará a Rathe. Y aquél tampoco era un planeta vivo, con gente que le ayudara a uno al llegar.

—Es cierto —admitió Aidregh—. Pero la hazaña de Arpen fue más que un milagro, Corlant… y aun así, le causó la muerte. Este viaje nuestro va a ser muy azaroso; no hemos avanzado mucho en el arte del vuelo espacial, y no hemos tenido tiempo de aprovecharnos de la mayor experiencia de Arpen.

—Correré el riesgo contenta.

Aidregh lo pensó por un momento. La expresión que Corlant le ofrecía no le dejaba esperanza de una fácil persuasión; el aspecto de la joven era gracioso, femenino y razonable, pero tan fácil de dominar como una tigresa defendiendo su cachorro. Era magnífica, pero le acababa de colocar en uno de los peores aprietos de toda su

vida.

—¿No tienes miedo de los rathenios? —preguntó tentativo—. Pueden no ser tan… serviciales… como tú imaginas.

—No, no me dan miedo —contestó ella—. Incluso creo que me gusta Margent, aun lo poco que he oído hablar de él. De cualquier manera, parece mucho más atractivo que Signath u otros threnianos que conozco.

Puesto que ésta era precisamente la propia opinión de Aidregh, no podría contrarrestarla de manera convincente, y no lo intentó. El hecho de que él sintiera una subrepticia simpatía hacia Margent no podía ser defendido con lógica, y no convertía a Margent —o a los rathenios en general— en enemigos menos potenciales; pero si Corlant no les tenía miedo… y era muy evidente que la muchacha decía la verdad, entonces… nada había que hacer.

Preparó su última pieza de artillería colocándola en la línea de fuego, absurdamente consciente de su pequeño calibre y de lo inefectiva que parecía.

—Todavía no veo cómo se pueda conseguir —dijo—. Se me ha dicho que el peso permitido de las naves tiene que ser calculado con la mayor exactitud. No podemos correr el riesgo de llevar a nadie con nosotros que no tenga alguna pericia absolutamente indispensable, o, por otra parte, que no sea necesario en las negociaciones. En caso contrario, quizá no llegaríamos. En otras palabras, Corlant… no podemos llevar pasajeros. En un sentido u otro, todos seremos tripulantes.

—Yo puedo ser tan tripulante como Aidresne —dijo ella—. Sus habilidades duplican a las de usted; es un diplomático, y sin embargo será usted quien maneje toda la diplomacia. Aidresne va porque es tradicional que vaya, y porque es una buena táctica política. Pero eso le convierte en pasajero, según su propia definición. ¿No es verdad?

—Bueno… —Aidregh se detuvo y lanzó un triste suspiro—. Sí, Corlant, es verdad. Pero…

—¿Y qué hay de mi padre?

—Oh, vamos, ése es un caso por entero diferente… —repuso Aidregh, con algo de alivio—. Será el médico de a bordo; el único. Claramente resulta indispensable.

—No estoy de acuerdo —repuso Corlant, con una súbita e

inquietante sonrisa—. Hay mejores médicos que él para el viaje; ni siquiera es miembro de la oficina de Medicina Aérea. Le designaron porque es el cirujano del Primer Ministro, y no por otro motivo. No puede negármelo, Aidregh.

Se encogió de hombros, desvalido. Lo que ella decía era cierto, pero resultaba muy simplificado; sabía que no le causaría la menor impresión con los miles de motivos correlativos para esa elección. Ella se adelantó y tomó una mano del Primer Ministro entre las suyas, mirándole con súbita seriedad, como una criatura.

—Aidregh, por favor, escúcheme… —dijo—. Sé que es peligroso. Pero se lleva a Aidresne y a mi padre con usted al mismo tiempo. Si todos mueren, ¿qué me quedará a mí? Más de la mitad de mi vida quedará destruida; yo no seré nada. No haga que me enfrente con eso. Sería mucho mejor que muriera con ustedes, si así tiene que ocurrir. No puede condenarme a quedar atrás, esperando que todas las personas que más amo queden destruidas de un sólo golpe… y luego seguir viviendo, como si una vida vacía valiera la pena. No la vale. Usted sabe que no la vale.

Lo sabía muy bien. El fantasma de su esposa volvió a asomar brevemente en su cerebro. ¿Qué le hubiese quedado, en aquellas negras horas, de no haber sido por Aidresne, el niño recién nacido a quien ella gentilmente cedió su propia vida? Ahora no sería Primer Ministro de Thrennen; seguramente no lo sería. Probablemente, no sería nada excepto un hombre roto y amargado, tempranamente senil e inútil por el resto de su vida. Sólo el impulso animador de aquella vida entregada le hizo aceptar la custodia de la existencia de su mundo patrio.

—Está bien —dijo con voz ronca—. Puedes venir, Corlant. Creo que… te necesitamos.

Sus manitas se apretaron sobre la suya. Apenas se dio cuenta de que ella le había besado ligeramente, hasta después de que se marchó; pero los restos de la impresión permanecieron en su frente, como el roce de un ala de mariposa en una noche de primavera, hasta que se hubo calmado lo bastante para advertirlo. En una calamitosa niebla de dudas, la impronta sensoria fue como un momento de veracidad.

Cosa curiosa, la reacción de la prensa fue regañona… pero favorable. Un columnista muy leído, favorito durante dos décadas

de la parte de la prensa controlada por la oposición, se secó sus ojos y llamó al acuerdo algo «divinamente consolador». El resto de los editoriales eran capaces de meter la nariz compulsivamente en la decisión de que Corlant acompañara a su padre y a su novio a Rathe, pero tampoco encontraron en sus plumas nada que oponer. Lo mejor que lograron fue sugerir, entre líneas, que Aidregh había planeado desde el principio esta soberbia pieza de sentimentalismo, para jugar con los sentimientos del público. Aidregh estaba satisfecho; esa línea de crítica no les permitiría ir muy lejos, dado el hecho de que los sentimientos públicos habían sido, con bastante evidencia, pulsados favorablemente.

Pero Aidresne estaba furioso.

—Lo siento, hijo —le dijo Aidregh—. Pero, después de todo, ella me pidió ir. Y esta reacción total al aplazamiento de la boda me ha dado un inesperado asidero, lo reconozco, para apartar a la gente de las implicaciones políticas mucho más peligrosas concernientes al vuelo. Éste es un frente sobre el que Signath no puede volcar su fuego; si lo hace, irritará aun a sus propios partidarios. Todo el mundo piensa que vosotros sois maravillosos, aunque piensen lo contrario de mí. Y mientras el mayor interés de la masa resida ahí, pues… debo fomentarlo.

—Pero ¿por qué todo lo que hacemos, todo lo que pensamos o sentimos, tiene que convertirse en política? —preguntó Aidresne—. Yo ya estaba harto de que cada movimiento de Corlant y mío apareciese al día siguiente en la prensa de todo el mundo…, y ahora metes a mi amada en lo que es, en realidad, sólo el segundo vuelo interplanetario intentado por nosotros, a pesar de que no tiene pericia alguna, como se podría encontrar en miles de otras mujeres…

—Será útil, estoy seguro —dijo Aidregh—. Cálmate, Aidresne. La cosa ya está hecha, y parece que la mayor parte de la gente la aprueba. Incluso puede que tengan razón. Supongamos que la dejamos aquí, y que todos terminemos mal. ¿Cuál sería su situación entonces? La exnovia del hijo muerto de un Primer Ministro muerto… y sin siquiera un padre que la consuele.

—Está bien, está bien —dijo Aidresne, casi de mala gana—. Por favor, padre, no trates de convencerme. Conozco tus razones, pero sigue sin gustarme el asunto. Intentaba hacerme a la idea de que

toda nuestra vida de casados se divulgara a bombos y platillos, pero… esto es otra cosa. No me gusta, lo reconozco.

Aidregh tuvo que dejarlo así. Tenía un poco de miedo de que el doctor Ni adoptara la misma táctica; después de todo, fue él quien primero le expuso, de regreso a la patria durante el eclipse, la mala decisión de sacrificar los valores personales a la política. Pero Ni pareció tomarse todo el asunto como algo natural. Estaba mucho más excitado sobre el viaje en un vuelo realmente espacial, una noción que parecía haberle conmovido por completo, haciéndole salir de su mundanal cansancio.

Incluso a veces, charlaba sobre ello como si fuera un adolescente. Cuando Aidregh tuvo que decirle que Corlant también efectuaría el viaje, se limitó a alzar las cejas y a decir distraído:

—¡Oh! Bueno, si ella quiere… pues… no se lo puedo censurar. Oiga, mire, Aidregh, el capitán Loris me estaba diciendo esta mañana que cuando nos aproximemos al momento de dar la vuelta, vendrá con nosotros un grupo de pequeños navíos exploradores tripulados por radar para detectar proyectiles, ya que entonces seremos incapaces de localizarlos nosotros mismos, y que…

En cuanto a Signath, aunque su línea principal de ataque había resultado algo más allá de toda cuestión, evidentemente resultó tan sorprendido como Aidregh por la reacción del público. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en entrar en acción. La víspera del día en que los cohetes transbordadores tenían que empezar a transportar la expedición a la estación satélite —en cuya órbita esperaban los tres navíos que harían el viaje—, Aidregh oyó parte de uno de sus discursos.

Le llegó apenas después de haber sido pronunciado, a través de una grabación que había sido enviada a la oficina junto con el informe del secretario general del partido, pero quedó sin oír varios días después de recibirse; en esos momentos Aidregh tenía poco tiempo para la política de partidos. Signath había dicho:

—Dejadme recordaros que aún no se nos ha dicho por qué nuestro Primer Ministro quiere ir a Rathe, ante la invitación de esa criatura llamada Margent. Yo predigo que nunca nos lo dirá, a menos que se lo exijamos; y predigo que aún entonces nos contará un montón de mentiras.

»Dejadme que os recuerde que permitir negociar con el enemigo

a cualquier miembro del partido en el poder, es invitar a la traición. Dejadme que os recuerde que fue el Primer Ministro Aidregh en persona quien negoció la entrega anterior con Noone. Pero, evidentemente, eso fue una nimiedad para él.

»No bastaba traicionar a todo el continente de Threnen, cabeza de todas las naciones… hasta que su partido comenzara a guiar los destinos. No; Adreigh es ambicioso. Quiere ser el primer hombre en la historia que entregue a todo un mundo. Predigo que si esta expedición a Rathe se permite, nuestro Primer Ministro pro Rathe volverá a casa como el lacayo de ese tal Margent y de sus monstruosos amigos, a menos que lo impidamos.

»Pero tenemos que ser firmes y resueltos; éste no es momento de dudas, sino momento de acción…

Etcétera. Era el gambito esperado. Aidregh confió que por lo menos algunos de sus dientes hubieran sido limados por ese asunto —verdaderamente irrelevante— del aplazamiento de la boda. Por otra parte, pensó Aidregh con malicia, ¿acaso los gambitos pueden morder? Ya estoy otra vez mezclando metáforas; Ni dice que es señal segura de que realmente no sé lo que pienso. Quizá lo que pienso en realidad es que Signath es tan peligroso como siempre.

Pero los tres navíos despegaron a la hora prefijada de la estación satélite en dirección a Rathe.

6

Y aterrizaron a la hora señalada. Como aventura, el vuelo fue algo aburrido.

Aidregh estaba familiarizado con aquella porción de literatura popular que consideraba al vuelo espacial como algo único y maravilloso en sí mismo, y siempre supuso que así tendría que ser. La tremenda y terrible prueba del capitán Arpen en Nesmet también le ayudó a convencerse. Pero no había nada abrumador en este vuelo… Siendo un hombre tan preocupado por el resultado del viaje y tan cargado con el trabajo y la responsabilidad, no se le permitiría disfrutar del presente, sin importarle dónde se hallase… un hombre, en resumen, que iba a alguna parte porque era importante para él estar allí, más que permanecer donde estaba cuando se inició el periplo.

Para empezar, el viaje era claramente distinto de uno efectuado mediante reactor, principalmente por el gran número de incomodidades adicionales que entrañaba. Varias veces durante el vuelo tuvo intención de tomarse un rato para mirar las estrellas, y en realidad vio de ellas pequeños vistazos; pero se veían igual que las estrellas que viera desde la estación satélite: puntos fríos y duros, increíblemente numerosos, sin oscilar y dando en cierto modo una impresión de frialdad, excepto en el furioso torbellino de llamas que era el Macizo.

Se veían sumergidos en el silencio más profundo que Aidregh conoció jamás, un silencio que incluso los ruidos ocasionales hechos por el personal a bordo no podían disipar. Un silencio tan intenso, que sonaba como algo podrido… un suave eco sibilante, como la resaca o el rumor que hay dentro de una concha marina. Era el ruido de su propia sangre, precipitándose por los vasos capilares del

oído interno.

Excepto por las estrellas y el fluído silencio sospechó que su primer vuelo espacial iba a resultar muy parecido a su primer vuelo aéreo: excitante en perspectiva, pero monótono, terriblemente aburrido en retrospectiva. Sin embargo, eso lo discurrió antes de dar la vuelta y de la subsiguiente y educada invitación del capitán Loris para que viesen el globo de Rathe desde los ventanales posteriores, mientras efectuaban su aproximación previa al aterrizaje.

Rathe ya no era un globo para cuando Aidregh se dejó ligar en su asiento. Estaba tan cerca ya que parecía más un platillo que una esfera… una tremenda extensión de desierto ocre y amarillo, brillando cegadoramente bajo su triple iluminación y sembrada allí y aquí con salpicaduras azules o esmeralda, de lagos u oasis.

Aunque había visto substancialmente el mismo panorama desde un telescopio en la estación satélite cuatro días atrás, ahora resultaba completamente distinto: sin el límite definido por los bordes del campo de visión del telescopio, y haciéndose manifiestamente mayor, minuto tras minuto, hasta que terminó llenando todo el cielo.

—Creo que puedo ver la ciudad que localizamos en las fotografías del eclipse —dijo Aidregh, parpadeando—. Hacia allá, a unos veinte grados, a una tercera parte del centro del disco.

—Sí, lo es —dijo Loris preocupado.

No miraba por la burbuja; las gruesas láminas de plástico y vidrio eran muy groseras para dar definición a la imagen. Contemplaba el planeta en una gran pantalla, casi en su regazo; de vez en vez unos grupos fantasmales de instrumentos se sobreimponían en la imagen, cuando sus dedos los convocaban mediante un simple tablero de teclas. Ocasionalmente una linea métrica destacaba en rojo sobre la pantalla mientras los escrutadores de la sección del cerebro electrónico —carente de tripulantes— captaban alguna extraordinaria lectura y la ofrecían a la cabina de control para que fuera considerada; pero hasta entonces Loris no había hecho nada sino apretar teclas en su tablero. Las vibraciones eran de poca importancia y al azar. Parecía estar prestando mucha más atención a los zumbidos puramente musicales que llenaban el aire en su torno: las lecturas de los cuatro

o cinco instrumentos que ahora más necesitaba conocer de minuto a minuto.

El doctor Ni se mostró muy intrigado por el descubrimiento de que los capitanes espaciales, como Arpen y Loris, debían tener un oído perfecto.

—¿Vamos a aterrizar cerca de ahí? —preguntó Aidregh, al cabo de un momento.

—No, señor —contestó Loris—. Aterrizaremos en pleno desierto. En un círculo de cinco millas, a bastante distancia de cualquier ciudad u oasis. Los tres navíos han de descender dentro del círculo.

Los tonos en el aire hicieron un acorde. Loris oprimió una tecla y la raíz del acorde se acentuó; oprimió dos más. El acorde desapareció por entero, con una especie de lamento en sus últimas dos notas y siendo reemplazado por el pitido insistente de un oscilador.

—Estamos sobre el blanco —dijo Loris por su micrófono de solapa. Y añadió, en dirección a Aidregh—: Los rathenios captaron el lugar.

—No corran riesgo alguno —dijo Aidregh, muy serio.

—No, señor. De aquí en adelante seremos conducidos. Si nos desviamos de nuestra órbita más de un dos por ciento, nunca sabremos lo que nos atacó.

Aidregh captó la insinuación y guardó silencio. Un momento más tarde hubo un estallido atronador de notas de órgano, y un color blanco brillante y vaporoso borró a Rathe durante varios minutos, y una fuerza abrumadora lo oprimió contra el asiento.

La larga prueba del aterrizaje directamente vertical comenzaba; la prueba que agotaría por completo hasta la última gota de su masa reactiva y les dejaría a merced de los rathenios para obtener el suficiente combustible con el que volver a la patria. Y los hombres del desierto de Rathe nunca proporcionarían agua para los reactores de unos enemigos potenciales.

Los tres navíos estaban plantados en el desierto y allí permanecieron quizá durante dos horas, en apariencia solos…, aunque Aidregh sabía muy bien que estaban siendo vigilados con atención desde el Macizo antes de que se viera ningún rastro físico

de los rathenios. Un mensaje por radio acusó recibo a su anuncio de llegada, y luego incluso la radio guardó silencio; increíblemente, parecía no haber programas «normales» en las bandas de radiofrecuencia del planeta.

El grupo de Aidregh aprovechó el tiempo para aposentar correctamente los navíos y preparar los grupos de desembarco; aún estaban en dicha tarea cuando aparecieron los rathenios.

Vinieron corriendo desde el horizonte de dunas en una ola de achaparrados coches terrestres, formados por tres secciones unidas. Cabalgaban sobre una multitud de hinchadas esferas de plástico que rodaban por la resbaladiza arena dorada sin pérdida aparente de tracción. Los coches se detuvieron en ordenadas filas al pie de las espacionaves y sus conductores bajaron, inmóviles dentro de sus túnicas, cada hombre a la cabeza de su propio vehículo.

—No parecen artefactos militares —dijo el capitán Loris—. Son muy pequeños.

—No —asintió intranquilo Aidregh—. Pero hay muchos. Me parece a primera vista que hay más coches que hombres somos nosotros. ¿No traen pasajeros?

Habían traído uno: un rathenio alto se dirigió sin vacilaciones al navío de Aidregh y comenzó a trepar por las escaleras que conducían a la cabina de control. Aidregh envió apresuradamente a un ordenanza con un respirador, para dejarle entrar por la portezuela de carga más próxima.

El rathenio rehusó el aparato respiratorio. Llegó ante Aidregh flanqueado por centinelas armados, pero no pareció fijarse en ellos. Parecía mucho más alto que la imagen televisada de Margent, mayor incluso del concepto que se tenía de los rathenios.

—Me llamo Mareton, sirviente de Margent —dijo el rathenio, en perfecto idioma de Threnen—. Nos alegramos de que hayan venido. Hay medios de transporte afuera para cuantos de ustedes quieran visitarnos.

—Gracias —dijo formalmente Aidregh—. Si no tienen objeción, dejaremos aquí parte de nuestro grupo.

—No hay objeción; les aprovisionaremos. Aquellos que me acompañen deben dejar en los navíos sus armas, y estar preparados para viajar individualmente. Los coches no pueden llevar a más de dos personas, una de las cuales tiene que ser el conductor.

Aidregh esperaba la prohibición de armas, pero esta fragmentación propuesta de su delegación en unidades le puso intranquilo.

—¿Es que no hay ninguna otra forma de transporte asequible?

—No —contestó Mareton.

Aidregh pareció advertir algo de adormilada burla en los amarillentos ojos del rathenio. Espero una explicación detallada, pero Mareton evidentemente no tenía nada más que decir al respecto.

Con brevedad, Aidregh consideró la posibilidad de esperar vehículos mayores, pero se decidió en contra. No tenía prueba de que existieran esos vehículos de mayor capacidad, ni estaba en situación de presionar con tal prueba, aun si la hubiera tenido. Además, probablemente no había peligro todavía… y él deseaba de todo corazón no crear una mala atmósfera en esta primera etapa de las negociaciones.

Pero el asunto le puso nervioso.

Ya en el suelo, los cochecitos demostraron ser más rápidos de lo que parecían cuando fueron observados desde la altura. El que llevaba a Aidregh volaba sobre las monótonas dunas del desierto con una suavidad casi hipnótica, ascendiendo por las cumbres y bajando hasta los valles llana y silenciosamente, sin variación aparente en su velocidad de marcha. Las dunas no eran muy altas —el débil aire de Rathe no podía producir vientos lo suficientemente fuertes para producir enormes montones de arena —, pero puesto que eran las primeras dunas que Aidregh viera jamás, le impresionaron. En la patria no había desiertos similares.

El conductor del coche estaba tan silencioso como el propio motor. Respondió con un gruñido a los intentos de Aidregh de entablar conversación en la lengua de Rathe y no le permitió que viese nada de su persona, excepto su encorvada y abrigada espalda.

El desierto se hizo rápidamente monótono; al cabo de una hora las tres naves de la patria habían desaparecido en el horizonte y no se veía nada excepto arena. Aidregh volvió el cuello para mirar al cielo de Rathe en busca de su planeta patrio, pero no vio nada excepto una extensión de azul profundo, casi azul marino, en el que tanto el Macizo como el sol blanco flameaban. A excepción del color —algo más oscuro—, igual podía haber sido el firmamento de

su planeta patrio; aquí, como allí, nunca era completamente de noche.

Aidregh volvió a ajustarse el respirador —el chisme parecía cortarle la cara en un punto u otro, por mucho que tratara de acomodarlo— y trató de arrellanarse. Arena y más arena. Luego, desde lo alto de una duna extraordinariamente masiva, quizás una verdadera colina con una capa de arena superpuesta, vio la ciudad.

Al principio fue sólo una serie de sombras puntiagudas, pero cuando el coche culminó la siguiente elevación, quedaron marcadamente más cerca. Para un hombre acostumbrado a la arquitectura baja y organizada horizontalmente de Thrennen, la cosa era propicia a confusiones: las estructuras estaban verticalmente organizadas, con tejados puntiagudos, como sostenidos por un mástil central. Techos piramidales con lados escarpados, terminando muy alto por encima del suelo en un solar rectangular o poligonal, desde el que las paredes tipo cortina caían, también curvadas, hasta una base más amplia entre las dunas. Unos árboles peculiares, con troncos largos y copas frondosas que parecían estallar de pronto, crecían en torno a sus bases, formando un contraste verde con los paneles de color que se cernían por encima. Ninguna de las estructuras tenía ventanas, pero algunas parecían plegadas en su parte delantera, como hechas de tela; otras tenían fachadas de tapices sostenidos por postes decantados hacia arriba desde entre los árboles. De trecho en trecho se agitaban unas largas y diáfanas banderas, movidas por alguna escasa corriente de aire en la gran atmósfera, y volvían a caer en pliegues graciosos desde sus astas.

Una vez, también, creyó ver Aidregh cómo una de las bastas fachadas plegadas comenzaba a separarse, como si se descorriera desde el fondo hacia ambos lados; pero el aire estaba tembloroso por el calor y los pliegues frecuentemente se agitaban por sí mismos en lo que parecía en la distancia ser un movimiento natural; el efecto quizá fuera puramente óptico. El enorme conjunto de pabellones parecía silencioso y solemne, como si esperase algún acontecimiento que quizá no llegaría a ocurrir en absoluto.

Una colina baja y redondeada se interpuso en el panorama y luego el coche comenzó a deslizarse a lo largo de un valle. Ahora había menos arena; los lados del valle eran rocosos. Minutos más

tarde el vehículo se dirigía zumbando hacia un bajo acantilado, con un callejón sin salida a su extremo… o quizá no, quizá no fuese un callejón sin salida; había un agujero oscuro que parecía algo más que un manchón. El coche se introdujo por la abertura sin dudarlo ni un instante.

Durante casi otra hora —según el cronómetro de Aidregh— el vehículo continuó corriendo en la completa oscuridad, marchando recto y retorciéndose a través de un invisible corredor para entrar en otro. Durante todo este tiempo Aidregh no tuvo qué mirar, excepto el suave resplandor azul de los instrumentos en el salpicadero del vehículo y la espalda de su silencioso conductor.

Acuciando obsesivamente los oídos, creyó que bajaban rápidamente por una rampa, y al cabo de un rato se detuvieron. Aidregh se atrevió a respirar sin utilizar su aparato respiratorio. La presión del aire seguía baja y la humedad era casi inexistente, pero la atmósfera era lo bastante espesa para respirar sin incomodidad, mientras no hiciera nada excepto permanecer sentado. Se quitó el aparato respiratorio con alivio.

Aidregh permitió que un rathenio le cogiera por el brazo. Era Margent. De pronto advirtió que había estado conteniendo el aliento y lo expelió con un largo suspiro. ¿Acaso esperaba, inconscientemente, que Margent… oliera mal? No; no olía mal, ni siquiera tenía aroma perceptible. Aidregh confió en que Margent pudiese decir de él lo mismo… Era curioso que no hubiera experimentado tal reacción con respecto al conductor del coche.

Las habitaciones más allá de la puerta eran en verdad confortables, aunque un poco raras según el concepto de la patria. La iluminación seguía siendo aquel fulgor implacable de lo alto, que hacía que todo pareciese desnudo y desangelado, especialmente en razón de que allí no había muebles. En su lugar, la habitación estaba amontonada de tapices de todas clases: mantas, alfombras, etc., de un género parecido a la seda. El doctor Ni estaba sentado en una de tales acumulaciones, con un aspecto de notable incomodidad. Se puso en pie con una exclamación intraducibie al entrar Aidregh.

—Hola, Ni —dijo Aidregh—. Me alegro de verle también. ¿Cómo está el resto del grupo?

—No se encuentra aquí —dijo Ni—. Margent no quiso decirme

dónde están.

—No —afirmó de inmediato Margent—. Tenemos para ellos habitaciones separadas, eso es todo. No queremos meterles a todos en cuarteles. Ésta será su casa mientras estén en nuestro planeta.

—Pero… ¿dónde nos hallamos? —preguntó Aidregh.

—La situación exacta no importa. Como creo que han debido comprender, se hallan a muchos kilómetros bajo la superficie de Rathe; esto es uno de los refugios que hemos excavado, en los que confiamos salvar una fracción de nuestra raza en caso de que haya guerra. Su hijo y la hija del doctor Ni se encuentran en otro refugio parecido, con varios de los oficiales de sus naves, puesto que las costumbres de ustedes parecen requerir que una pareja de novios no quede nunca a solas.

Tanto Ni como Aidregh sonrieron al oír esto. El interés de los rathenios por poner carabinas a los novios hubiera sido grotesco de no considerar las circunstancias; pero ¿cómo iban a saber los rathenios qué costumbres no tenían que ser violadas nunca jamás y cuáles eran meramente convencionales? Su precaución tenía sentido.

Margent no se fijó en las sonrisas… o prefirió no fijarse.

—Los demás están similarmente alojados por todas partes. Pero esta cuestión no es todavía de especial importancia. Tras el viaje necesitarán descansar; luego hablaremos de asuntos importantes.

—¿Podemos el doctor Ni y yo hablar a nuestros hijos y a la otra gente que vino con nosotros? —preguntó Aidregh.

—No —contestó Margent, sin expresión—. No en este momento. Tampoco pueden salir de estas habitaciones, por ahora. Después conocerán las razones, luego de que hayan descansado. Volveré mañana.

Se fue, con la misma brusquedad con que tenía por costumbre terminar sus entrevistas. Aidregh y el doctor Ni se quedaron mirándose uno a otro.

—Se supone que usted tiene que llamar a Drash esta noche, ¿verdad? —dijo el doctor Ni.

—Sí.

—¿Qué pasará si no llama?

Aidregh se sentó sobre el montón de telas.

—No lo sé —contestó—. Me da miedo pensarlo.

Margent volvió al día siguiente, muy temprano, mucho antes de que Aidregh y el doctor Ni hubieran comenzado a liberarse de la rigidez de sus músculos; habían permanecido despiertos hasta muy tarde en infructuosa especulación, y los montones de telas no habían sentado muy bien a sus huesos.

—Inmediatamente comerán —dijo Margent—. ¿Hablaremos ahora, Aidregh?

—Por todos los medios —contestó Aidregh—. No sé qué caos ha creado usted ya, Margent, con este confinamiento; pero puede que aún no sea demasiado tarde. De todas maneras, a pesar de todo, creo que es usted un hombre razonable; lo siento en mis huesos.

Margent se inclinó ligeramente.

—Hago lo que puedo —dijo.

—Está bien. He recorrido todo este trecho para complacerle. Seguramente algo podemos hacer, algo decisivo, que labre la amistad de nuestros pueblos.

—Puede ser —afirmó Margent—. No le hice venir en balde.

Se detuvo, mientras tres silenciosos rathenios entraban con el desayuno: una bandeja enorme y circular para cada uno de ellos, llevando frutas secas, una especie de pan y un cacharro con un largo pico del que salía un vapor humeante que desaparecía al instante en el seco aire. Cuando los sirvientes —¿centinelas?— se hubieron marchado, Margent dijo:

—He de hacerle algunas preguntas. Por ejemplo, ¿por quién juran ustedes?

—Por nadie, de ordinario —dijo extrañado Aidregh—. A veces por el Macizo. No es en realidad un juramento obligatorio, sólo una costumbre.

—Comprendo. Pero eso significa que rinden ustedes culto al Macizo en su planeta, o que lo tuvieron. Sí; igual que nosotros; aún lo conservamos. Ahora bien, ¿también tienen las Tres Sombras?

—Sí, realmente.

—No podría ser de otro modo —contestó Margent con sombría satisfacción—. Ahora por lo menos lograré expresarme con claridad, Aidregh, y luego usted comprenderá el enorme problema al que tenemos que enfrentarnos los dos. La adoración del Macizo es muy poderosa en Rathe, y como siempre hemos sido capaces de ver a su mundo desde los primerísimos tiempos, su planeta desempeña un

papel importante en la religión. Somos gentes de costumbres, con ceremonias para todo, cada una de ellas gobernada a su turno por las posiciones de las Tres Luces y el Mundo Hermano. Esta simple conversación, por ejemplo, no podría prolongarse un minuto más allá de una determinada hora, porque las estrellas no nos serían propicias. ¿Queda esto claro? Y, más importante aún, ¿le resulta creíble?

—Ambas cosas —contestó Aidregh—. En nuestra patria, este sistema de creencias se llama astrología; pero ha quedado ampliamente desacreditado, y sus seguidores sienten vergüenza de declararlo.

—Aquí no —dijo Margent—. Hay *motivos* detrás de los rituales; establecen sistemas que facilitan el movimiento mental en la dirección deseada, como ocurre con la música. Cuando toda una raza se mezcla en tales costumbres, es porque esa raza tiene sus metas; cuando esas costumbres se interrumpen, el rencor probablemente será muy grande. En nuestro caso, la interrupción no puede ser tolerada en absoluto. Mi gente *exige* que esta situación entre nuestros mundos acabe de una vez. Usted no se da cuenta del hecho, pero nuestra cultura ya casi ha sido medio destruida por ello. No creo que comprenda la amenaza que ustedes representan para nosotros.

—¿Amenaza? —Aidregh soltó una breve carcajada—. Me doy perfecta cuenta, sin duda. La mayor parte de las armas que poseemos fueron construidas siguiendo mis órdenes.

—Se equivoca usted de medio a medio —dijo Margent, tranquilo —. Las armas que nos amenazan no son las de ustedes. Esas únicamente pueden matarnos, y cada hombre muere a su tiempo. Las armas que han hecho tan enorme daño son las nuestras.

—No lo entiendo.

—Hay un aparato que hemos perfeccionado —dijo Margent—. Nuestras bombas de fisión están encerradas en láminas de cierto metal. Cuando las bombas estallen, tendrán un efecto que sobrepasará en mucho a la destrucción inmediata que puedan causar. Emponzoñarán su aire con un isótopo radiactivo de este metal, que tiene una vida media superior a los cien años. Poseemos armas para destruir profundamente no sólo a su pueblo, sino a cada forma de vida respiratoria de su planeta, hasta el gusano más

inferior de la escala animal. Ni siquiera es necesario para nosotros alcanzar blancos específicos. Sabemos que el secreto que ustedes poseen produce explosiones enormemente mayores que las de nuestras bombas, porque vimos una de las pruebas; así que sospechamos que pueden destruir la superficie entera de nuestro planeta. Pero dudamos que sus bombas emponzoñen nuestro aire, excepto transitoriamente. En refugios profundos como éstos, quizás algunos de nosotros sobrevivan.

De haber estado tratando con alguien de su propia raza, Aidregh hubiese sabido sin lugar a dudas que el rostro de Margent estaba descompuesto por la mayor de las penas mientras decía aquellas cosas, aunque su voz era del todo uniforme. De todas maneras, Aidregh no dudó de que allí había emoción. Estaba asombrado al comprobar cómo su corazón simpatizaba con aquel hombre; sintió un apremio, un impulso irracional de consolar de algún modo ese sufrimiento.

—Sigo sin entender —dijo—. Lo que usted me dice es horripilante, claro. Pero, según lo que afirma, la amenaza por parte nuestra es mayor que la que ustedes penden sobre nuestras cabezas.

—La existencia de estas armas es la más grande amenaza que sobre Rathe haya existido jamás —dijo Margent—. Son el motivo del por qué su planeta es una amenaza a nosotros: porque nos han obligado a pensar en la forma de destruir a otra raza. En Rathe por muchos siglos ese pensamiento ha sido desconocido, y ahora nos arrolla como si fueran llamas. Tiene que ser detenido.

Aidregh y Ni se miraron mutuamente, confundidos. Aidregh trató con desesperación de captar alguna idea del sistema de valores del que tenía que haber salido el parlamento de Margent, pero se le escapó casi sin dejar rastro.

—Comprendo dónde yacen sus dificultades —dijo Margent—. Trataré de explicarme…

—Margent.

—Sí, Aidregh.

—¿Está usted leyendo mis pensamientos?

—Sí —confesó Margent—. Espero que no le moleste, es del todo normal. Me explicaré. Considere, si puede, cuál ha sido nuestra situación aquí en Rathe. Como usted sabe, el planeta fue siempre muy pobre en agua y en tierra cultivable. Además hay escasez de

metales, en particular de los más pesados; nuestros actuales elementos de guerra han agotado virtualmente las existencias. Bajo estas circunstancias, no desarrollamos ninguna ciencia física extensiva. El hecho de que aquí no haya habido jamás verdaderas barreras naturales entre las personas de Rathe hizo del arte de la guerra una cosa poco común, incluso en tiempos primitivos; de modo que el estímulo mayor de la ciencia física desapareció, y la falta de suministros para proseguir las investigaciones sirvió aún más de coacción.

»Así que fuimos creciendo, tendimos a concentrarnos en las humanidades: artes, ética, comunicación, conducta humana. Bajo la influencia de estos estudios eliminamos nuestras naciones primitivas, evolucionamos hacia un lenguaje común, redujimos nuestro gobierno hasta casi la nada, eliminamos el crimen y, en general, limpiamos lo bastante para hacer posible que nos ocupásemos de asuntos más serios. En el pasado siglo hemos estado explorando los alcances de la mente. No me refiero a la sombra que lleva ese nombre, sino la mente en sí, en el hombre vivo. La telepatía que usted ha advertido es un producto de estas investigaciones, e incidentalmente un producto menor.

—Es algo sorprendente —dijo Aidregh—, y una clara prueba de lo que me venía sospechando: que tenemos mucho que aprender de ustedes. Pero, sin embargo…

—Ya voy al grano. Piense ahora lo que nos pasó cuando nuestras primeras y toscas radios captaron las emisiones de su planeta… que, a causa de toda esa agua, era el paraíso del alma de nuestro pueblo primitivo…, y lo que esas emisiones nos revelaron de ustedes. Entonces tenían una guerra; fue durante la liquidación de los Medaníes. Ese crimen nos dejó abrumados; no obstante, nada podíamos hacer… excepto permanecer cruzados de brazos mientras se cometía. Y creció la convicción, poco a poco, de que nuestro tiempo debía estar por venir; eso sin tener en cuenta nuestros propios sentimientos, que nos indicaban que debíamos preparar alguna defensa contra vosotros.

»Usted no entenderá cuando le diga que el siguiente período fue como una especie de orgía, pero… no encuentro definición mejor. Durante medio siglo, apenas tuvimos dos pensamientos cuerdos en Rathe; nuestros cerebros estaban sumergidos en preparativos para el

derramamiento de sangre. Habíamos regresado a un estado mental mediante el cual era posible pensar en barrerles por completo. Ese acontecimiento ha sido más devastador para nosotros que lo pudiera ser cualquier guerra actual. Además, ha hecho renacer nuestra investigación seria, no sabemos hasta cuan lejos…, quizá retrocediendo varios siglos.

—¿Y cómo es posible? —preguntó Ni con aire práctico—. Comprendo que pudo haberla detenido durante algún tiempo, pero seguramente el conocimiento ya ganado no se podía olvidar.

—En este campo sí —dijo Margent—. Las ciencias físicas son positivamente mortíferas para las más altas funciones de la mente. El único ejemplo que puedo darle, que le sería familiar, es uno sobre ética: ¿cómo es posible cultivar un sentido ético mientras simultáneamente se fabrican bombas de fisión? Las dos ideas no sólo son incompatibles, sino activamente hostiles. Similarmente, puedo decirles que una ciencia sofisticada de la radiocomunicación es antitética a cualquier orden real de telepatía. La misma antítesis existe a través de un rango mayor y total. Ése es el motivo por el cual la hostilidad entre nosotros debe terminar. La única salida posible es la paz. Su planeta y el mío son tan diferentes, que no podemos encontrar terrenos verdaderos para el desacuerdo; y mucho menos para un desacuerdo tan fundamental como el que pueda dar origen a una guerra.

Aidregh se secó la frente.

—No hay duda acerca de eso —dijo con aspereza—. Pero no puedo imaginarme cómo lanzar este argumento de modo que tenga alguna fuerza en mi patria. La oposición se reiría de él.

—No cuando lo comprendan —dijo Margent—. Su pueblo es neófito en cuestiones de conciencia. Usted no imagina cuánto daño les ha sido hecho ya por estos preparativos bélicos, pero puedo decirle lo que ocurrirá si logran tener éxito en destruirnos, en destruir a Rathe sin perder una sola vida en su planeta… lo que supongo que sería la mejor salida según la oposición…

—Me temo que sí.

—Bien, tal cosa sería un *suicidio* —dijo Margent con llaneza—. Si su raza aceptara que nuestra sangre recayera sobre ella como una carga, jamás resolvería sus propios conflictos locales. La evolución ética de ustedes quedaría detenida de inmediato, y poco después se

matarían unos a otros.

Hubo un largo silencio, excepto por un respingo convulsivo del doctor Ni. Por último, Aidregh repuso:

—¿Y por qué no pudo decirme esto antes?

—Porque aún queda algo más, que no puede formularse concretamente en palabras —contestó Margent—. Ya os he dicho que nuestro desarrollo no se detuvo con las humanidades; que ha progresado en campos de los que vuestra raza ni siquiera conoce la existencia. Fuera de estas investigaciones nos proponemos darles a ustedes un arma, pero ¿qué podía haber dicho yo por radio? Hay un refrán en Rathe que dice: «el hombre ciego a los colores puede teñir su tienda de rojo o azul, pero jamás la pintará a tiras». Lo mejor que podía hacer fue darles un atisbo de estas materias bajo el encabezamiento general de «religión», la única palabra en su idioma que se aplica a esto, incluso vagamente. Pero para entenderlas tienen que ser experimentadas, y por eso les hemos traído aquí. Una vez hayan aprendido lo que queremos enseñarles, descubrirán que su argumento, al volver a su patria, no carecerá de fuerza; el futuro es evidente en ese punto.

—¿El… futuro?

—Sí. Hace cincuenta años, cualquiera de nosotros pudo haberles dicho con seguridad y detalle lo que les quedaba por delante, pero lo que yo llamé orgía de preparativos de guerra casi ha estropeado esa facultad. Ahora sólo nos da vagas nubes de percepción del porvenir; pero en esta cuestión no parece haber la menor duda.

Aidregh estaba ahora tan acostumbrado a asombrarse que comenzaba a sentirlo como su estado normal. Por último dijo:

—Muy bien…, estoy en sus manos.

—Es un honor —contestó Margent—. Pero no es usted, hemos descubierto, quien debe sufrir la prueba. Desde que estáis aquí, hemos averiguado que usted será menos capaz de utilizar la experiencia que los demás de su partido. Y por eso incluí al doctor Ni en esta conversación: nos proponemos utilizar a Corlant y Aidresne.

—¡No! —Ni se puso en pie de un salto—. ¡No lo consentiré! Si alguien…

—Ni, aguarde un momento —dijo Aidregh, suave pero insistentemente—. No se pretende hacer daño, ¿acaso no se da

cuenta? Aún está pensando en términos de la patria, cosa que aquí no tiene aplicación. Tratemos de comprender primero la cosa.

Ni le miró durante un momento y luego crispó despacio los puños.

—Si usted lo dice… —contestó, encogiéndose de hombros.

Volvió a sentarse, como una inquieta caricatura de la Sabiduría Mundanal, como si su irrupción emotiva le hubiera traicionado.

—Dígame, Margent, ¿por qué han de ser esos dos, y no otros?

—No es realmente preciso —dijo Margent, con lo que pareció ser un tono de mala gana—. Pero creemos que sólo ellos pueden soportar la instrucción de todo corazón y asimilarla en su plenitud.

—¿Porque son jóvenes?

—En parte, pero sólo en pequeña parte. Somos culpables de pensar también en términos inadecuados. Es cosa de naturaleza en Rathe que todos los hombres se amen mutuamente, y nosotros inconscientemente esperábamos que tal relación existiría entre ustedes también, aunque algo imperfecta. Pero no ocurre así. De todo su grupo, sólo cuatro están unidos por esos lazos, y evidentemente en Corlant y Aidresne éstos son llenos y perfectos. Puesto que el amor es el núcleo de la comprensión, ¿por qué utilizar algo que sea menos perfecto?

El punto, pensó Aidregh, era particularmente sensato; su largo adiestramiento en los conceptos de la política —aunque menos exaltados— le permitía detectar, a través del lenguaje, cuándo un oponente estaba a la defensiva. Miró con alarma a los ojos del rathenio.

—Pero… ¿también nosotros podríamos aprender?

—Quizá —dijo Margent, poniéndose ligeramente rígido—. Pero… nosotros no animaríamos el experimento. La mayor parte de su gente se mostraría profundamente recelosa, lo que sería una atmósfera muy pobre para el aprendizaje… y el tiempo es escasísimo. Incluso a Corlant y a Aidresne podemos enseñarles sólo rudimentos, pero esperamos que sirvan a nuestro propósito.

—Y ellos… ¿qué dicen? —preguntó tranquilo Aidregh.

—Han accedido.

El doctor Ni se retorcía las manos y miraba al suelo; evidentemente estaba angustiado. Aidregh no podía evitar compartir su pena, porque según las palabras de Margent, e incluso

las posiciones de su cuerpo debajo de tantas túnicas, telegrafiaban que su propuesta ocultaba peligros. Aidregh hubiese aceptado sin dudar cualquier prueba que Margent tuviera en la cabeza, pero esta proposición era algo muy distinto. Al fin y al cabo, ¿qué sabía Margent acerca de los cerebros que se preparaba a someter a su misteriosa «educación»? ¿Qué ocurriría si acaso estallaban bajo el esfuerzo? Con toda probabilidad sobrevendría la guerra, y los muchachos estarían muertos, su sacrificio no valdría nada…

¿Qué fue lo que dijo Ni, hacía ya tanto tiempo? «En nombre de un conjunto de abstracciones, se matan ustedes a sí mismos». A uno mismo, sea; pero… ¿a los hijos?

—No puedo estar de acuerdo —dijo por último—. Hay cuando menos una posibilidad que deberíamos primero explorar. Tienen que permitirme llamar a la patria y explicar este asunto de las envolturas metálicas de su bombas, y pedir un poco de paciencia. De todas maneras, no poseo detalles técnicos que proporcionar… ni siquiera el nombre del metal, y no mencionaré la vida media de su isótopo. No podríamos tampoco detener a tiempo sus bombas, no importa cuántos detalles pudiera yo dar inadvertidamente…

—Incluso estaba preparado para eso —contestó Margent, y ahora Aidregh estaba del todo seguro de haber visto una pizca de complacencia en la respuesta del rathenio—. No dará resultado, Aidregh; es un método basado en el miedo. Y nada nos servirá ahora, excepto los métodos basados en el amor —los ojos relucientes le miraban tranquilos. ¿Acaso Margent le estaba compadeciendo?—. Pero… puede intentarlo. Hay un equipo de radio preparado para usted en la habitación contigua.

Aidregh salió casi corriendo de la cámara. Hasta ahora, Margent no había leído lo que sucedía en los niveles más profundos de su cerebro. O bien su éxito al leer los pensamientos superficiales le había conformado, o el desparejamiento planetario de tales funciones —que él había descrito— impedía una verdadera penetración en las profundidades. La escapatoria de Aidregh dejó al doctor Ni mirando alternativamente al rathenio y al suelo.

Cuando Aidregh volvió, su rostro era fantasmal. Se daba cuenta de ello, pero nada podía hacer por evitarlo. Notaba sus hombros hundidos como si se viesen arrastrados hacia abajo por unas manos que se le aferrasen, las manos de mil millones, de cien mil millones

de personas moribundas. El doctor Ni se puso en pie de un salto, con una sofocada maldición. Margent no se movió, pero las llamas que habían estado ardiendo en sus hundidos ojos se reavivaron y destellaron.

—Es demasiado tarde —dijo Aidregh, con voz hueca—. Tenía usted razón, Margent. Ya hay allí un gobierno de coalición. Signath trabajó más deprisa de lo que imaginé. El silencio de radio de anoche le ayudó. Le dije lo que usted me ha comentado, pero soy la última persona en el mundo… en los dos mundos… a quien él escucharía. Les otorga a ustedes tres días para que nos liberen a todos. Después de eso, después de eso… —se le quebró la voz por completo.

El doctor Ni se había vuelto blanco de rabia.

—¡El idiota criminal! —gritó—. ¡Plazo fijo en una guerra total! ¡Anuncia la fecha de un ataque!

Margent alzó su esbelta mano. Ni reprimió su furia con evidente mala gana.

—Eso no importa —dijo Margent con suavidad—. En ningún caso dispararíamos nosotros primero. Veremos cómo vienen sus disparos, con tiempo suficiente para lanzar nuestras propias armas antes de que las suyas lleguen hasta aquí; y así ambos planetas quedarán destruidos. Respetaremos el plazo, ¿por qué no?

—Como usted dice, no importa —afirmó Aidregh con voz ronca —. La guerra ha comenzado. Todos hemos perdido; el fin cae sobre nosotros.

—No —dijo Margent—. No del todo. Dé su consentimiento, y todo puede cambiar.

7

Durante el resto del día, Aidregh circuló por la habitación en medio de una niebla espesa y doliente, picoteando los alimentos que le trajeron, e intercambiando no más que un par de monosílabos con el doctor Ni. Cuando después de una eternidad las luces disminuyeron por la llegada de la noche, encontró que a pesar de su cansancio le era imposible dormir. Por último se alzó, apoyándose en un codo.

—¿Ni?

—¿Eh?

—Ni, escúcheme. Se equivoca.

—¿Quién se equivoca? ¿Margent? Pues claro que se equivoca. Es un loco.

—No, no es un loco —dijo Aidregh—. Es un hombre sabio. Le hemos estado subestimando, a él y a todos los rathenios. Su propuesta es lógica: si no hay salida de esto excepto a través de los hijos, entonces tendremos que darles la oportunidad. Después de todo, ellos han consentido.

El doctor Ni suspiró y se sentó.

—Ya me imaginé que acabaría aceptando —dijo, su voz llena de amargura—. Pero no para mí, Aidregh. Para mí, la política se detiene aquí, no importa lo lejos que usted esté preparado para marchar. En lo que a mí respecta, ambos mundos pueden morir, si es que tal ha de ser el precio por salvarles… a cualquiera de los dos.

—Pero… ¿de qué precio está usted hablando, Ni? No sabemos lo que hay planeado, y Margent no puede describirlo tampoco. No tenemos datos. Hay toda una nueva ciencia aquí, un nuevo modo de pensar que ni siquiera existe en nuestro idioma. Todo lo que él puede decirnos es que se nos brindará un arma que detendrá la

guerra. ¿Cómo sabemos que no sería también un gran don? ¿De qué estamos protegiendo a nuestros muchachos, de cualquier modo? Pudiera ser algo maravilloso.

—Sí. O algo mortal.

—¿Algo tan mortal que tengamos que salvarlos de ello… para morir luego bajo nuestras propias bombas? ¿Es eso piedad, Ni?

—Podría serlo —dijo el doctor Ni, con voz dura y átona—. No puedo ver de qué lado está usted. Pero como médico, hay una cosa que sé bien: de todos los riesgos del universo que necesita protegerse una criatura, sus padres son de ordinario los primeros. Usted empieza a hablar como el clásico ejemplo de esa ley.

—Lo sé —reconoció Aidregh—. No pienso ni por un instante dejar que nuestros hijos sufran, como tampoco lo piensa usted. También para mí la política termina aquí; usted mismo me lo enseñó. Yo sólo trataba de explicar que Margent no es un loco. Se equivoca, pero una equivocación no convierte automáticamente en loco a un hombre.

El doctor Ni volvió a suspirar.

—Supongo que no —dijo—. Usted me confunde, Aidregh. Por favor, dígame simple y claramente de qué está usted hablando.

—Pienso tomar sobre mí ese adiestramiento.

Ni guardó silencio largo rato. Por último dijo, despacio:

—A Margent no le gustará.

—No, no le gustará. Lo dijo bastante claro: yo no soy la persona adecuada para la tarea. Y además, creo que sus razones son probablemente muy buenas. Pero es incapaz de fingir que sólo Corlant y Aidresne tienen posibilidad de éxito. Afirma que cualquier otro que emprendiese la tarea la encontraría muy difícil. De acuerdo, estoy acostumbrado a las cosas difíciles. Después de una larga vida me he convencido de que no hay otro camino que el de las cosas difíciles.

—Eso es un dogma —dijo Ni—. ¿Por qué no lo tomo yo, en vez de usted? Corlant es mi hija. Y por lo menos yo tengo alguna experiencia científica; puedo ser un mejor sujeto de lo que usted sería.

—Lo dudo. Creo que la experiencia científica es el peor requisito previo para lo que Margent piensa. La ciencia comprendida aquí no es en nada parecido a lo que nosotros sabemos, evidentemente. Y la

decisión me corresponde, Ni. No permitiré que la vida de Aidresne o la de nuestra patria dependan de las capacidades de cualquier hombre que no sea yo. No voy a retroceder ahora y dejar que los niños lleven la carga, o que la lleve usted. Ese peso me corresponde a mí, y a nadie más.

—Pero… ¿cómo sabe usted que servirá de algo? —preguntó Ni —. Margent es un místico. ¿Cómo puede creer lo que dice? La mitad de sus palabras suenan a insanas.

—Signath no es un místico. ¿Acaso es cuerdo por ello?

El doctor Ni emitió un tercer suspiro, aparentemente sin darse cuenta.

—No estoy seguro siquiera de estar cuerdo yo mismo… —dijo—. Pero Corlant es mi hija, y a eso es a lo que quiero volver. Intento ser razonable, pero he de pensar primero en ella. Si Margent cree que es la más competente…

—¿Piensa que está usted sólo en este predicamento, Ni? —dijo con amargura Aidregh—. Aidresne ha sido mi vida desde la muerte de mi esposa, y Corlant significa todo en el mundo para él. ¿Cómo puedo yo pensar menos en ella que en mi hijo, si es así como Aidresne siente? Pero no hay oportunidad de quedarnos sentados y esperar a que alguien más realice el trabajo. O permito que Corlant y Aidresne lo hagan, o lo acepto yo mismo, que es para lo que vine aquí. Y eso es lo que voy hacer.

—¿No me permitiría que lo acepte en su lugar?

—No. Usted fracasaría.

Se oyó un sonido sofocado en la oscuridad. Aidregh se sintió como un monstruo moral; el hombre, después de todo, era su amigo. Luego, con voz ronca, el doctor Ni dijo:

—Creo que tiene razón. Pienso igual que usted… —Hizo una larga pausa, marcada con jadeos irregulares—. El Macizo nos ayude a todos si lo hace, Aidregh… pero tiene usted mi consentimiento. ¿Es eso lo que deseaba?

—Sí —dijo Aidregh—. Como dijo, Corlant es su hija. No puedo negarme a permitirle que haga lo que se prestó voluntaria a hacer. Eso es cosa de usted.

El doctor Ni estaba acostado de espaldas a Aidregh. Si acaso se daba cuenta de que le había hecho dar un giro de ciento ochenta grados con respecto a su postura original, no lo demostró; no

obstante, Aidregh notó que una amistad terminaba, aquí, en la oscuridad. No trató de hablar de nuevo con Ni en toda la noche.

Al cabo de un rato se durmió, pero fue un sueño lleno de portentos y sin descanso; un sueño subterráneo, que nunca vería las rosas del día. Después de un rato, se vio asaltado por una visión: la muerta madre de Aidresne. Ella no le habló, pero sus ojos relucían de pena y de incrédulo reproche.

8

Llevaron a Aidregh hasta la superficie, a través de una compleja red de corredores de piedra cuyo trazado le fue imposible de recordar. Se halló por fin dentro de una de aquellas enormes y multicolores tiendas que había visto durante su viaje a través del desierto; su cumbre se perdía en la oscuridad. La luz caía hacia el suelo —que era de arena apisonada, puesto que el pabellón resultaba una verdadera tienda, sin cimientos, pese a su tamaño— desde una especie de cendal que pendía a mitad de camino de la cumbre.

Diez de los doce Margent estaban allí, lo que Aidregh encontró de por sí turbador. Parecían exactamente iguales —tal como se le advirtiera—, y su voz sonaba idéntica. Aunque sus túnicas diferían en pequeños detalles, Aidregh perdió a los pocos minutos la pista de cuál era el Margent que conocía. Aunque quizá no hubiese habido nunca tal persona unitaria; podían fácilmente haber hablado una vez cada uno ante las cámaras de televisión, sin que reparase en el cambio. Para aclarar esta irrelevante confusión y quitarla de su camino, adoptó la estratagema de mirar al que hablaba como si fuera el «suyo». Era un pobre resultado, pero resultó mejor que ninguna otra cosa.

—Lo que confiamos en enseñarle, es un truco —le dijo Margent, sentándose en una alfombra entre los demás—. Evidentemente sería

imposible educarlo en toda una ciencia en tres días… o siquiera lo bastante de ella para dejarle al nivel de un investigador de los más bajos. Pero si podemos proporcionarle suficiente comprensión para que realice un truco, eso servirá a nuestro propósito.

—No es una afirmación muy abrumadora —comentó Aidregh ceñudo.

—Pero es cierta. ¿Quién fue el mayor genio de ustedes en física, hace una veintena de años?

—Un hombre llamado Arod —contestó Aidregh, turbado—. Descubrió el aspectro electromagnético y lo definió matemáticamente.

—El hecho es suficiente; fue un logro impresionante. Ahora, supóngase que trae usted a ese hombre por tres días a la era presente. ¿Le enseñarían física nuclear en ese lapso?

—Hum —murmuró Aidregh—. No, no podríamos. Tendría que aprender bastante más sólo para darse cuenta de que existía tal campo de conocimiento. Podría realizar tal vez unos pocos trucos con aparatos que le hubiésemos preparado… y volvería a su tiempo con un terrible dolor de cabeza.

Uno de los Margent sonrió brevemente.

—Y después de que hubiera regresado a su propio tiempo, ¿podría refinar los metales energéticos, computar las secciones de captura de los neutrones y preparar su propio reactor?

—No, no creo. Probablemente moriría de frustración. Créame, Margent, estoy convencido. Además, yo no soy Arod; aprender un truco es suficiente para mí. ¿En qué consiste?

Todos los Margent fruncieron el ceño simultáneamente y se miraron unos a otros. Por primera vez, sus expresiones reflejaban verdadera intranquilidad, o por lo menos, incertidumbre.

—Vamos a tener que responderle dando un rodeo —dijo por fin uno de ellos—. Su idioma simplemente no contiene los vocablos necesarios, y substituirlos por términos apropiados de nuestro idioma sería un galimatías sin significado alguno para usted. Vamos a enseñarle a manipular una energía, una de las que hemos llamado fuerzas del Voisk, que puede ayudarle a convencer a una audiencia.

Aidregh estaba a punto de exclamar: «¿Es eso todo?», cuando vio que todos los Margent, y Mareton también, se inclinaban hacia delante, tensos. El movimiento fue tan ligero dentro de las túnicas

que les ocultaban que casi no reparó al verlo.

Aspiró profundamente y dijo, en su lugar:

—Muy bien. Adelante.

Los Margent y Mareton se volvieron a reclinar, y algo de la tensión desapareció en la catedralicia atmósfera de la enorme tienda. Evidentemente, pensó Aidregh, una de las normas de conducta —o de la ciencia en sí, quizás— fracasaba en hacer adoptar la actitud adecuada si no era divulgada, o enseñada. Una relación estrecha entre las palabras y los trabajos… una doctrina ética, y el efecto hacia el observador… ¿una doctrina médica, quizás? En cualquier caso, el error había estado muy próximo; tendría que conservar a cada instante esta cuidadosa norma de comportamiento.

—Hay varias palabras en su idioma que bordean lo que nosotros tenemos en mente —dijo un Margent—. Una de ellas es empatía; otra es carisma. Ninguna, sin embargo, refiere al poder de que hablamos. Palabras tales como simpatía, calor, accesibilidad, súplica, personalidad… todas caen dentro de la misma área. Ninguna de ellas, sin embargo, describe completamente al poder.

Aidregh comenzó a ver otro motivo por el que el camino ante él iba a ser duro. Trató de imaginarse una zona conceptual amojonada o limitada por todas estas definiciones, pero en lugar de lograrlo todas se sobreponían en su mente y no dejaban espacio a través del cual pudiera emerger algún concepto.

—¿Pueden ustedes mostrármelo en operación? —dijo—. Debería ser posible una definición funcional… una que no dependa del contenido semántico.

—Ciertamente; ése es el paso siguiente. Mareton, ¿quieres leernos?

De sus ropas Mareton sacó un pequeño rollo, lo desenvolvió y comenzó a leer con una voz seca y precisa:

—En la época 480, mientras la política de suministros proporcionales de agua seguía en efecto a pesar de sus desigualdades, el uso del agua del terreno para propósitos industriales subió a doce grandes megabires por ciclo, mientras que los suministros adicionales, hasta la suma de un total de un gran megabire, fueron extraídos de las reservas… tales como lagos y oasis. Lo recuperado de la lluvia durante el mismo período ascendió

a un gran megabire, mientras las reservas perdían área superficial, obligando a la transferencia de la mayor parte de la carga hacia el sistema de tuberías, que eran por entonces toscamente inadecuadas para el transporte. No obstante, el sistema proporcional de reparto fue mantenido durante otra época de ciclos, completando así la quiebra de las tribus-naciones, sobre las que recayó la principal escasez. Ahora ocurre que este efecto político fue lo que pretendieron sus creadores, quienes establecieron el sistema de repartos.

Aidregh tragó saliva. Aunque la historia era parte de los hechos pasados en otro planeta, jamás había oído nada que resonase con una nota más profunda de tragedia; con tal prosa, notó realmente seca su garganta. Sólo la aparente irrelevancia de las fuerzas del Voisk le hicieron dudar y así decirlo; pero sin embargo, ahora estaba perfectamente convencido de que, de haber sido artista, hubiera sido capaz de construir un poema épico inmortal sacado del relato de Mareton.

Los Margent le miraban en silencio. Lentamente recuperó su compostura y meditó sobre lo que Mareton había leído, con tanto cuidado como un hombre que caminase sobre hielo recién endurecido. ¿Tragedia? Oh, no. Quizás *in esse*, pero no *in posse*. Lo que Mareton había leído fue un trozo de desapasionadas estadísticas. ¡Y casi le habían dado ganas de llorar al oírlo!

—Comprendo —dijo por fin—. Es un truco sorprendente, y me doy cuenta de que sería inapreciable en política. ¿Da resultado con una gran multitud, o simplemente se debilita?

—Da resultado incluso a distancias interplanetarias sin disminución detectable alguna, como pasa con todas las fuerzas del Voisk; lo probamos durante nuestra expedición a Nesmet, de la que ustedes ya tienen noticias. La única requisitoria física es que la audiencia sea capaz de ver o visualizar al locutor. El público ha de tener delante una imagen televisada, una fotografía inmóvil, un cuadro, una caricatura, o simplemente un recuerdo, y el truco funcionará mientras posea algo que le ligue con el locutor en los circuitos visuales del cerebro.

Aun los escasos conocimientos de física de Aidregh le decían que eso era del todo inaceptable… es más, irracional. Pero puesto que jamás había recibido enseñanza científica, encontróse capaz de

recobrarse de aquel caos mental con una comparativa indiferencia. Se preguntó si Ni hubiera podido comprenderlo claramente.

—¿Utilizaron este truco para hacerme venir a Rathe? —preguntó de pronto.

—En parte —admitió Margent con compostura—. Pero no se le obligó; esta fuerza no puede utilizarse para convencer al sujeto de la realidad de una situación irreal. La lógica de los acontecimientos debe estar sintonizada con ella, como fue en su caso. Ahora le pediremos que lo intente, Aidregh.

—Pero aún no sé cómo…

—No se preocupe, nos damos cuenta. De todos modos, inténtelo.

Mareton se levantó y le entregó el rollo. El objeto era extraño para un hombre acostumbrado a los libros, pero al cabo de un momento Aidregh descubrió cómo manejarlo: los dos rollitos podían ser extendidos entre las manos, de manera que el párrafo deseado quedase tenso ante los ojos. Lo poco del texto que podía ver era tan aburrido como el párrafo que leyera anteriormente Mareton… y era sorprendentemente difícil hacerlo sonar convincente. Pero se esforzó cuanto pudo, consciente de las miradas fijas de los rathenios.

—Un fracaso total —dijo Margent muy serio, cuando hubo terminado.

Mientras el corazón le zozobraba en el pecho, otro Margent añadió:

—No se alarme. Lo que pretendíamos de usted era otra demostración negativa. Usted necesita saber lo que *no es* esta fuerza del Voisk en el nivel operacional. Hasta ahora ha logrado eso.

—¿Cómo lo hice? —preguntó Aidregh incrédulo.

—Utilizando todas las técnicas que su mundo ha creado, desde que no han poseído la fuerza. Leía el párrafo con gran elocuencia. Su tono puso pesado énfasis en el pequeño retazo de satisfacción humana que posee el texto. Con su expresión corporal, el método de comunicación que su cultura llama «parataxis», reforzó cada punto. Su dicción fue clara, controlada y elegante; sin embargo, dejó a todo el parlamento carente del menor sentido de esfuerzo. Las variaciones, en volumen, en grosor de voz y otros tonos sugirieron emoción, y fueron tan preciosas como una música. En otras palabras, sacó tanto del párrafo como un gran actor o político pudo

haber sacado.

—Y… si mal no entiendo, nada de esto es pertinente o útil ahora. Nada de eso tiene que ver con el truco que quieren enseñarme…

Durante un momento, Aidregh se quedó sentado, estupefacto. Sin embargo, era verdad: cuando Mareton leyó aquel mismo pasaje, no empleó ni una sola vez las evolucionadas técnicas de oratoria que Aidregh usaba como cosa natural. Simplemente lo leyó, e incluso de manera monótona. Sin embargo, el impacto emocional había sido profundo.

No había realmente nada en el texto que mereciese el elaborado arte de la retórica, aunque ese arte pudiera usarse de manera espuria. Para este público, tal cumbre era evidentemente peor que inútil: constituía en realidad el sistema del que trataban de hacerle desistir.

De paso, por la forma en que le miraban, se dio cuenta de que ya había llegado la primera prueba. No iba a conseguir más ayuda pasada esta primera época de comprensión. Si fracasaba en integrar y utilizar todas las definiciones negativas que ahora poseía, y de manera tan profusa, el experimento habría terminado. Haría fracasar tanto a sus hijos como al mundo que era su patria.

—¿Puedo intentarlo otra vez? —preguntó por fin.

—Sí —dijo uno de los Margent, sin expresión—. Una vez más.

Leyó el párrafo para sí mismo. Trató de reproducir lo que él había sentido dentro de su alma, cuando Mareton narró en alta voz aquel seco hueso de historia económica. Se obligó a ir despacio, tratando de recordar cómo surgió a la superficie cada emoción… casi palabra por palabra, conservando cada nuevo recuerdo en la vanguardia de su mente, con la esperanza de amontonar ese sentimiento acumulativo de consentimiento total que Mareton había provocado en él. Fue terriblemente difícil. Por primera vez, tenía una dudosa idea de lo que podía ser componer una ópera.

Luego, muy despacio, empezó a leer en voz alta. Su voz sonó sin vida en sus oídos, pero trató de no prestar atención a ese detalle. En su lugar, «recorrió» el texto como un compositor dentro de su propia cabeza, usando los recuerdos de cómo había sentido cuando Mareton lo leyera antes.

Para cuando llegó a la última palabra temblaba, y estaba

empapado de sudor a pesar de la casi total sequedad del aire de la tienda. Nada de lo que había intentado en toda su vida anterior había sido tan difícil como esto. Los Margent y Mareton escuchaban muy serios, sus ojos amarillos fijos en él con intensidad. Después, los brumosos confines del pabellón quedaron en silencio por un espacio que pareció de horas.

—Débil —dijo por último uno de los Margent—. Y considerablemente confuso. Pero hubo alguna transmisión. Ha de retomar su camino hasta el principio. Pero posee el concepto, por lo menos de manera intuitiva.

Mareton asintió.

—Lo tiene —dijo—. Pero ahora debe enfrentar el problema real: hacerlo funcionar y que resulte.

El doctor Ni estaba todavía despierto cuando Aidregh, después de dieciocho pesadas horas, regresó al alojamiento subterráneo para un merecido descanso. Pero aunque los nervios de Aidregh reclamaban el sueño, vio en seguida que el suspenso había conducido al doctor casi a la histeria. No quedaba más remedio que describirle, tan brevemente como fuera posible, lo que había ocurrido en la superficie.

—Es… es todo tan subjetivo —murmuró Ni, mordiendo lo que le quedaba de una uña—. Nada que se pueda medir… sólo un conjunto de sentimientos, que consiguen reflejarse en los sentimientos de alguien más. De cualquier manera, no veo cómo puede fiarse de eso. Especialmente con tantas vidas pendientes…

—Oh, puede medirse —dijo Aidregh, cansino—. La prueba en la tienda fue sólo el principio. Luego me llevaron fuera, por la ciudad, a otra tienda: una cubierta achaparrada, octogonal, mucho mayor en volumen que la primera. Era, con toda evidencia, alguna especie de laboratorio. Máquinas sobre bancos, desparramadas por todo el suelo. La mayor parte de ellas parecían como si hubiesen sido reunidas por un ignorante tratando de pasar por genio: unas cosas de pesadilla, semicableadas; unos trozos de cañería, algunos pegados, otros que parecían cúmulos de basura…

»Pero no dije nada; y aprendí que mucho, por lo menos, podía sacarse de ellos. Margent… es decir, uno de los Margent, me contó

que todos los aparatos funcionaban en una parte u otra del espectro del Voisk, y demostró varios de ellos. Por ejemplo, había un chisme que parecía ser una especie de traductor del Voisk; de todos ellos, era el más similar a los sistemas electrónicos que he visto en la patria. Hizo que Mareton reprodujese el truco que han tratado de enseñarme y me mostró los rastros e imágenes que producía. Luego siguió con curvas comparativas de otras partes del espectro, como las zonas precognitivas y de lectura del pensamiento descritas antes. No hay duda de que las fuerzas del Voisk pueden ser medidas a través de los instrumentos apropiados, una vez se ha captado una parte de ellas juntamente con la masa principal.

Hizo una momentánea pausa, dándose cuenta de que lo que iba a decir ahora sonaría de muy especial manera a Ni. Pero estaba demasiado cansado para preparar un trabajo extra de lectura en su memoria; era todo lo que pudo decir acerca de la historia no editada.

—La cuestión es… qué cosa es lo que constituye un instrumento adecuado —dijo—. Después de que Margent me hubo señalado las diversas curvas, hizo hincapié en el hecho de que los tubos electrónicos del traductor llevaban agotados mucho tiempo. Ni siquiera había energía de suministro; la única fuente de poder que el instrumento utilizaba venía directamente del orticón de la imagen. Para demostrarlo, quitó todas las válvulas del chasis. El aparato siguió funcionando.

—Eso no es posible —exclamó Ni, sentándose bruscamente.

—Soy testigo de que sí lo es; ocurrió frente a mis ojos. Y eso no es todo. Lo siguiente que hizo fue arrancar totalmente el chasis entero del aparato y sustituir un diagrama de cableado, sujetándolo a los conductores del orticón con clips.

—¿Y aún así… funcionó? —preguntó Ni.

—Funcionó estupendamente.

—Eso… no es otra cosa que la sala de trabajos de un prestigitador —dijo Ni con desesperanza—. Lo siento, Aidregh, pero… están jugando con usted. Todo el asunto es una broma; no puede ser de otro modo.

—¿Una broma? ¿Con qué propósito? —preguntó Aidregh—. Margent es consciente de que nos encontramos todos bajo una sentencia de muerte, fechada para pasado mañana. ¿Por qué iba a

desperdiciar el tiempo usando juegos de salón para engañarme?

—Trata de asustarle para que acepte sus condiciones…

—Tonterías; ya las he aceptado. Todo lo que nos pidió fue que emprendiéramos este entrenamiento. Además, Ni, esa no fue la única demostración que vi. Todas las máquinas de aquella tienda eran aparatos analíticos de una especie u otra. Había uno que se comportaba en forma bastante similar a un espectrógrafo. Margent colocó un pedazo de tejido vivo de pulmón dentro de él, incluyendo los gases atrapados en los alvéolos, y le exigió el análisis, por el peso, de cada elemento. Luego extrajo una pila de grandes tarjetas, cada una de las cuales estaba marcada con el símbolo de uno de los doce elementos químicos, y dio a la máquina al azar cinco de las cartas, barajándolas primero, para que las estudiase… dentro de un depósito de plomo. La máquina analizó la distribución de los símbolos con tanta presteza como antes, sin prestar atención a lo que significaban los elementos del papel de las tarjetas, o al plomo de las paredes del depósito. Ese ingenio es capaz de dar un análisis químico de un objeto trabajando a partir de una simple fotografía; también vi hacer eso.

—Y entonces —dijo el doctor Ni con profundo disgusto—, Margent rompió todos los tubos, cortó todas las conexiones y metió el aparato en un baño espeso de goma electrolítica… y siguió funcionando, ¿eh?

—En absoluto —dijo Aidregh, tratando de ocultar su súbita irritación, fruto del cansancio—. No se pueden cortar las conexiones de tal aparato, no importa de lo que estén hechas. Eso fue parte de la demostración. Las máquinas que manejan cualquier fuerza del Voisk no requieren energía del espectro electromagnético, sino que dependen profundamente de la conectividad. Las leyes que las rigen no siguen las normas cuantitativas de la física; por el contrario, son totalmente topológicas. Usted puede quitar a ese aparato su batería energética, o kilómetros o kilómetros de cable de cobre, o todo un grupo de componentes, y seguirá funcionando. Pero debe usted suministrarle alguna relación para que ocupe el lugar de la conexión que usted rompió. Si el aparato funciona a partir de un diagrama de cableado y usted borra un conductor esquemático, una línea en el papel…, ¡puf!… el chisme se muere.

—¡Ah! —dijo el doctor Ni, no menos suspicaz que antes, pero

con menor tensión en su voz—. Eso tiene ahora algo de sentido… aunque poquísimo aún. Sigue siendo muy místico, Aidregh. De todas formas, yo… nunca comprendí muy bien la topología, debo confesarlo.

—Yo apenas había oído hablar de ella hasta hoy… —contestó Aidregh.

Se vio obligado a detenerse de pronto y a esbozar un bostezo. El cansancio se vertió sobre su cerebro como un torrente de tinta oscura; se vería anulado profundamente al cabo de un momento.

—Sin embargo, parece ser aquí vital. Y lo es: lo que cuenta es el desarrollo topológico de la mente, no de la máquina. Las máquinas son sólo unos instrumentos para mi uso, porque yo necesito de tales instrumentos; el tiempo que queda es demasiado breve para que aprenda cómo prescindir de ellos. Pero, tarde o temprano, tendrán que ser descartadas; tarde o temprano, como cualquier auxiliar, sólo servirán de estorbo.

Esta vez el bostezo le pilló desprevenido. Cayó entre los cojines, el mundo entero girando en torbellino, gritando sibilantes hurras en torno a su vibrante cabeza.

—Ni…, perdóneme usted…, buenas noches…

En apenas otro segundo se quedó dormido. Tuvo una negra pesadilla en la que sus hijos gritaban y no querían detenerse, y luego la luz se derramó de nuevo sobre sus ojos y alguien le sacudió con gentileza. Era Mareton.

—Despierte, Aidregh —dijo con estoicismo el rathenio—. Éste es nuestro último día.

9

La primera mitad de la jornada fue algo borrosa. Aparte de que los nervios de Aidregh estaban en tensión por la falta de sueño, su memoria de los pequeños incidentes parecía casi la de un drogado, y a los cinco minutos de haber empezado algún nuevo proyecto apenas podía recordar cuál fue el anterior. Y había allí toda clase de subcorrientes emocionales, que podía captar pero sin identificarlas. Veía ahora a otros rathenios además de los Margent y Mareton, y la mayoría de ellos no se molestaban en ocultar su hostilidad. Estaba convencido de que pocos de ellos le habrían dirigido siquiera la palabra, a no ser por la abrumadora autoridad de los Margent.

Pero el adiestramiento siguió su curso, y ahora en un nivel donde los experimentos y pruebas casi carecían de sentido para él. Con toda evidencia, habían querido que comprendiese de manera consciente sólo aquellos puntos que le habían sido demostrados ayer. Ahora, en su lugar, le estaban perforando, enseñándole mediante taladro y sin que les importara si comprendía o no el material que estaba incorporando. No era su memoria lo que perforaban, sino alguna otra parte de su mente, de cuya misma existencia él no se había dado cuenta andtes; sólo sabía que no la conocía.

Muchos de los ejercicios, sin embargo, requerían plenamente el uso de alguna clase de criterio o discriminación, aunque no podía decir tampoco cuáles eran las normas básicas. Se le mostró un apretado rollo de pergamino y se le pidió que emitiese una reacción emocional contra el argumento escrito en él, sin tener en cuenta el hecho de que ni siquiera sabía de qué materia trataba el pergamino. Se le enseñó una fotografía, en cristal, de algún objeto informe y casi transparente, y se le pidió que le diese dos nombres…, uno

familiar y uno formal. Se le proporcionó un juego de tonos para escuchar, y se le dijo que seleccionara secuencias que pudieran aplicarse a él mismo, al doctor Ni, a sus hijos, a Margent…

Y por encima de todo, vio a rathenios, centenares de ellos…, y se le pidió que les hablase de asuntos sin importancia, mientras los Margent y Mareton cerraban los ojos y escuchaban como si cada trivial palabra pudiera ocultar alguna verdad universal. Algunas veces lo producido —aunque siempre indetectable para Aidregh— pareció complacerles. Con mayor frecuencia, no. Pero gradualmente, la incidencia de éxitos o de triunfos parciales pareció incrementarse.

Eso hubiera envalentonado a Aidregh, de haber tenido idea de que estaba triunfando.

Al final, se vio obligado a crear su propia analogía, puesto que los rathenios no querían ofrecerle explicación alguna. Le pareció que estaba siendo adiestrado en algo muy emparentado con el diagnóstico: el arte del médico nato, que con sólo mirar al paciente sabe de qué padece, prescindiendo de los signos físicos de la enfermedad… a los que luego recorre para cerciorarse, pero consiguiendo invariablemente confirmación en su posterior examen. La analogía le conturbó, puesto que de nuevo provocaba la pregunta de si había sido una decisión sabia el negarse a que el doctor Ni ocupase su lugar.

Sin embargo, Ni no tenía reputación como médico de fácil diagnóstico; quizás era demasiado escéptico. Además, no había manera de saber si la analogía que encontró era correcta o no.

—Basta —dijo con dureza Margent—. Las últimas seis respuestas han sido estériles repeticiones. Simplemente, es inútil intentar ir más lejos.

Aidregh miró al rathenio, su corazón como petrificado.

—¿Tan pronto? —murmuró.

—Eso me temo. Yo mismo estoy algo sorprendido. Pero hemos agotado cada aparato adiestrador que pudimos reunir en tan breve período; el sistema queda ahora fijo.

—¿Sin esperanzas?

—Nada es desesperado —dijo Margent—. Pero el resto le corresponde a usted.

—No lo entiendo.

—Usted posee ahora el truco, en cierta medida —explicó Margent—. Sabe lo que es y puede utilizarlo conscientemente…, es decir, a voluntad. Lo que esto significa es que ahora posee una técnica tosca pero efectiva… y la técnica es todo lo que se le puede enseñar. Lo bien que use la técnica y lo poderosa que sea en sus manos, resulta algo enteramente personal. Eso no se lo podemos enseñar. Todos los científicos conocen el método de la ciencia, pero sólo unos pocos hacen grandes descubrimientos; todos los músicos saben leer música, pero pocos escriben buena música. La cosa es así.

—Comprendo.

No era tan malo como supuso cuando Margent decidió detener el entrenamiento unos pocos momentos antes, pero sí resultaba lo suficientemente perjudicial.

—Pero… Margent, si esas analogías tienen significado, ustedes deben tener alguna estimación de mi talento. Los maestros siempre desarrollan ese criterio, ese arte de juzgar a los alumnos. ¿Cuál es?

Margent le miró muy serio.

—Tales juicios son más a menudo equívocos que ciertos, como veo que usted ha de saber.

—Es algo perfectamente comprensible. No obstante, quiero oír el de ustedes.

Margent pareció conferenciar brevemente con otros dos y luego habló con tono definido:

—Tal y como están las cosas ahora, usted podría ser capaz de embelesar a un grupo pequeño, particularmente si el grupo está formado por personas que no saben qué es lo que usted les hace… tal como ocurriría, es claro, en su planeta. Pero el impulso es débil en su fuente. Para aportar absoluta convicción, tendría que desarrollar una fuerza mucho mayor… y ahí no podemos ayudarle en absoluto, ni decirle cómo hacerlo. O tiene usted los recursos, o carece de ellos. No podemos saberlo.

Aidregh meditó un momento.

—¿Y qué hay de una amplificación… mecánica, o de algún tipo?

—Es perfectamente posible —admitió Margent—, pero sin valor. No se mejora a un mal gaitero aumentado el sonido de su gaita cuatro veces. Hay que mejorar al hombre, y eso no puede hacerlo la máquina. No puede hacerse en absoluto; es el hombre mismo quien lo tiene que lograr, nadie más.

Bruscamente pareció estallar una especie de discusión, casi una pelea, entre los rathenios. Mareton dijo:

—¿Prueba?

Dos o tres Margent hablaron a la vez, luego Mareton y varios Margent más, después el primer Margent otra vez… todos en singulares explosiones elípticas de palabras, imposibles de seguir porque se pronunciaban a alta velocidad en la lengua de Rathe. Pudo detectar una de cada tres palabras, como mucho: Destructivo… Momento crucial… Condiciones… Tensión… Macizo… Favorable… Así no… Oposición en masa… Factores críticos… ¿Presentarlo? Justo… Afirmación… Afirmación… Afirmación… Afirmación… Acuerdo.

—Creemos que se le debería preguntar si quiere usted dar un… concierto —dijo Margent.

—¿Un concierto? —preguntó Aidregh, boquiabierto.

—Sí. La palabra es bastante pobre para lo que tenemos en mente, pero es la más próxima que se puede hallar en su idioma. Significa que el único medio de comprobar la eficacia de su talento es ante un público. Mañana, si usted quiere, daremos a su don el examen más crítico que jamás se haya podido preparar. Las configuraciones de las estrellas son perfectamente adecuadas, como me han recordado mis colegas. ¿Consentirá usted?

—¿Quieren que yo… pronuncie un discurso? ¿Ante el público de Rathe?

—Exactamente. Si puede embelesarles, podrá arrastrar a su propio mundo por aclamación. Especialmente con las estrellas situadas tal y como lo están ahora.

La idea era desalentadora y aterrorizante. Incluso las referencias a las estrellas eran casi tan inquietantes como la propia proposición. Nada de lo que había experimentado en Rathe había incrementado su confianza en la astrología; la afirmación implícita de Margent profundizaba el aire de irrealidad que había sido siempre el obstáculo principal respecto a aprender algo de los rathenios.

—Será peligroso —dijo Margent—. La hostilidad será considerable. Muchos, quizá la mayoría, esperarán verle fracasar. Y si lo hace, tenga la seguridad de que se le tendrá que ayudar a bajar del podio.

—¿Por qué?

—A causa de la reacción. Probablemente le convertirán a usted en algo muy parecido a un idiota.

—Si fracaso, daré por bien empleada la pérdida de mi mente —dijo Aidregh, con amarga convicción—. Y… ¿qué ocurrirá si triunfo?

—Entonces… la reacción puede ser muy útil para usted. Posiblemente avanzaría algunos años en poder y control; la confianza es importante en estos asuntos. Pero no será fácil.

—Seguro que no lo será —asintió muy serio Aidregh—. Pero lo intentaré. Claro.

El anfiteatro en el lado lejano de Rathe era tan vasto que incluso aparecía en las fotografías que el capitán Arpen había tomado; el equipo asesor de la patria lo tomó por el cráter de un antiguo meteoro. Las gradas amontonadas, que ahora estaban llenas de rathenios con sus túnicas, parecían como la transformación ingenieril de inmensas laderas en forma de talud. Mirando hacia arriba desde el centro de la pista, Aidregh trató de calcular el número de rathenios que ocupaban ya aquellos bancos de piedra, y fracasó. El total estaba fácilmente muy por encima del medio millón, pero cuánto superaba a esta cantidad no podía deducirlo. Sólo el marco del cráter podía contener a una pequeña ciudad. Las túnicas teñidas se movían como píxeles en una transmisión de televisión en colores, cada una destacada claramente por la luz del Macizo, que estaba alzándose por encima del muro de levante.

—Han pasado muchos años desde la última vez que intentamos algo parecido a esto —decía Margent—. Los presagios son buenos, pero dudo un poco de la lectura, puesto que esto no tiene precedentes y hemos perdido mucho más de cincuenta años en esta regresión.

Aidregh no contestó; estaba casi del todo preocupado por lo que iba a decir. En un banco ubicado seis gradas más arriba pudo ver a Aidresne, a Corlant y al doctor Ni; no había podido intercambiar más que unas cuantas palabras con ellos, pero intentó tranquilizarles. Como aquella primera prueba de su truco no había tenido éxito, las frentes aparecían arrugadas y sudorosas por encima de sus respiradores. Si había alguien más de la expedición de la

patria aquí, no pudo localizarle.

El movimiento a lo largo de los grandes escalones de piedra casi había cesado ahora. El anfiteatro estaba lleno. El Macizo en tanto continuaba ascendiendo, ocupando la mitad de lo que podía verse del firmamento desde dentro de las paredes del anfiteatro, y llenando el resto con su fulgor. Era como estar en el fondo de un cálido y agitado mar tropical, cuyas aguas presentaban olas irregulares, de blanca luz sin sombras. El débil aire estaba inmóvil.

—Estamos preparados para comenzar —dijo Margent.

Tras un momento de duda, Aidregh se adentró en la losa de blanco puro que iba a ser su podio. Aunque la acústica del anfiteatro haría que su voz llegase hasta los brazos y gradas superiores, no podía hablar en el aire de Rathe; tenía un pequeño micrófono dentro de su respirador. El propio respirador enmascararía también cualquiera expresión, por muy desapasionada que fuese, de su rostro.

Los miles y miles de rathenios le miraban, inmóviles, silenciosos; en el gran recinto el silencio era profundo.

Al lado de Aidregh, Margent parecía estar tallado en piedra. El firmamento se encontraba cubierto de llamas.

—Espero triunfar —les dijo Aidregh—. Lo espero porque vosotros no podéis hacer nada más por mí de lo que ya habéis hecho. Vosotros no sois dioses, y no os habéis propuesto resolvernos todos los problemas en nuestro propio beneficio.

»Que yo triunfe o no depende de mí, no de vosotros. Depende de mi inteligencia, de mi dedicación, de la pureza de mis intenciones. Aún puede haber guerra entre nuestros pueblos… quizá no inmediatamente, pero sí dentro de pocas generaciones. Sin embargo, vosotros no deberíais hacer que fuera imposible para mí escoger algo que no sea la paz, porque lo contrario sería tan ruinoso para vuestro pueblo como la posible guerra de mañana lo sería para todos. Debéis permitirme la elección consciente, porque estas decisiones son puntos cruciales y revolucionarios para vosotros, al igual que para nosotros.

»Si todos nosotros…, hablo de vosotros, rathenios, y de los de mi patria… sobrevivimos a esta crisis, estoy perfectamente preparado para dedicar el resto de mi vida a hacer imposible que sobrevenga cualquier otra. Nada menos que esto nos serviría. Pero ya ahora nos

hemos servido bien los unos a los otros, y continuaremos necesitándonos en los años que siguen… al menos, mientras la cuestión de la Tercera Raza no esté resuelta.

»Por esto me refiero ahora a la raza que aterrizó en el planeta que llamamos Nesmet, antes de que nuestras dos expediciones lo hicieran. Os recuerdo que lo que nosotros sabemos es prácticamente nada. ¿Sabéis vosotros más que yo acerca de ellos? Creo que no. Pero su campamento era evidentemente una estación de observación, igual que las dos que hemos enviado. ¿A quiénes podían estar acechando si no a nosotros… a ambos pueblos? Y… ¿por qué?

»Podemos alegrarnos, ambos pueblos, de haber construido emplazamientos de armas encarados hacia fuera, desde cada uno de nuestros planetas. Quizá tengamos que disparar en esa dirección algún día. Sé que vuestra fe en esa clase de defensa es muy limitada, pero… supongamos que combinamos nuestros diferentes modos de abordar el universo real, cualesquiera que ellos sean, y los desarrollamos en plan cooperativo. Creo que estamos situados en forma muy apropiada para eso, aunque de momento tenemos nuestras manos preparadas para saltar a la garganta unos de otros. Nuestras investigaciones en física probablemente no interferirán con vuestros estudios del espectro del Voisk si no las forzamos contra vosotros, como hemos hecho hasta ahora. Incluso podéis muy bien encontrar aplicaciones a nuestros descubrimientos que quizá jamás pudiérais desarrollar por vuestra cuenta, o tal vez lo contrario, lo opuesto, cree verdad para nosotros.

»Y alguna Tercera Raza que se acerque a nuestro sistema con intenciones poco amistosas, puede encontrarse con que cualquier intento de invasión resulte… muy poco prudente.

Hizo una pausa, aunque no quería hacerlo; respirar por el respirador era difícil tras un prolongado parlamento. Mientras forcejeaba por calmar su pecho, se dio perfecta cuenta de que algo ocurría. No podía decir qué era. Nada había cambiado, y sin embargo sentía una enorme dedicación en el aire que lo rodeaba, como si unos agentes poderosos e invisibles se movieran a través de él, en algo inimaginable. El Macizo estaba ahora directamente encima de las cabezas: una suprema masa de fuego estelar borraba por completo todo el firmamento. La sensación en el aire era como

una oleada de emoción en masa, tal y como había sentido él una o dos veces de las multitudes; pero al mismo tiempo era como moverse a través de un poderoso campo electroestático, con el cabello de punta, un cosquilleo chisporroteando entre las yemas de los dedos, y la sensación de estar a un paso de recibir una chispa de muerte… Y sin embargo, nada se movía, nada excepto las sombras.

¡Sombras! Con un agudo siseo al aspirar, Aidregh alzó la vista. Era verdad.

Su mundo patrio estaba eclipsando al Macizo. El torbellino de fuego estelar ya había desaparecido en una tercera parte.

¡De modo que eso es lo que Margent había querido decir, al afirmar que las estrellas eran favorables! Ya había un escalofrío en el aire… No era sólo un efecto, sino una verdadera baja en la temperatura. Rathe estaba devolviendo su calor al espacio interestelar, cortando la fuente mayor de la temperatura mediante la profunda y amenazadora oscuridad del mundo de Thrennen.

—Pero ¿qué… qué me habéis dado vosotros a mí? —dijo Aidregh, intranquilo en la creciente oscuridad—. Me enviáis de regreso a mi patria con un regalo que ningún hombre en mi planeta podrá resistir. No me habéis enseñado nada de los principios que entraña, sino únicamente las pistas más pequeñas que pueden conducirme a mí, o a hombres mucho más inteligentes que yo, a las fuerzas del Voisk, entre las que vosotros os movéis por encima de todos los demás. Sé que tenemos siglos de aprendizaje por delante, siquiera para ponernos a la altura de comenzar a saber lo que puede ser el espectro del Voisk.

»Mientras tanto, me habéis enseñado un truco. Me habéis dado una fuerza salvaje, que ninguno de mis compañeros puede resistir… y me devolvéis irresponsablemente a la patria para jugar con ella… o para convertirme en rey de mi propio mundo. Habéis hecho esto para conservar vuestra propia seguridad. ¿Cuánto tiempo estaréis a salvo, mientras los salvajes juegan con las fuerzas del Voisk? ¿Cuánto tiempo estaréis vosotros a salvo de mí?

Nadie se movió. La oscuridad creció; ni el sol rojo ni el blanco podían pasar las altas murallas del anfiteatro. El Alma y el Aliento se habían ido, y la Mente se marchaba. Incluso mientras hablaba, Aidregh no pudo recordar nada excepto a sí mismo siendo un cadete de doce años, arrancado de la civilización junto con un

pequeño pelotón dentro de un bosque, explorando con la fría luz de una linterna. Habían dejado su luz apuntando al firmamento mientras cocinaban sus raciones de campaña, y cuando volvieron dos horas más tarde, el agua de las bobinas de refrigeración se había convertido en hielo… todo su calor latente irradiado a la Nada desde el espejo parabólico. Ése había sido su primer contacto con el espacio profundo, allá en la tierra de su propio país de Thrennen; y ahora se encontraba en el foco de otro espejo más vasto, mientras la oscuridad se extendía por encima…

—Podéis muy bien temerme —dijo a la noche total—. Con el don que me habéis enseñado a utilizar, puedo ser más peligroso para vosotros que todo mi planeta, dado que no teníamos con qué amenazarles excepto bombas. Vuestra única esperanza, ahora, es cooperar con nosotros al máximo. Jamás volveréis a sentiros de nuevo seguros al confinar aquí a cualquier hombre de mi patria, para enseñarle ciertos trucos menores. Las puertas de la presa están abiertas. Seguirá la inundación.

»Pero os haré una promesa, que os debo en pago por todo el daño que ya os hemos hecho. La promesa es ésta: después de que yo haya embelesado a mi gente apartándola de la guerra, dimitiré. Ningún político utilizará el truco que me habéis enseñado más que esa vez, y luego sólo porque crea que es preciso utilizarlo en una causa primitiva. Pero no prometeré contenerme, y no utilizar otra vez el truco. Lo emplearé. Pasaré el resto de mi vida utilizándolo… pero no como Primer Ministro de Thrennen.

»Eso lo prometo, junto con lo que digo que no prometeré. Ya me habéis oído. He hecho algo más que tratar de embelesaros mediante el truco que me han enseñado los Margent; os he dicho lo que pretendo. No tengo nada más que decir; juzgadme ahora, rathenios.

Se plantó sobre la piedra en la profunda oscuridad, sin una sola estrella por encima de sí. La tensión intangible e inaudible del aire aun crecía, hinchándose en una especie de *crescendo* que jamás entendería…

Y entonces, de la misma manera, desapareció.

Los bancos de piedra estaban vacíos.

Había perdido a su público… perdido como ningún hombre en la historia perdiera antes el auditorio. De toda aquella vasta congregación nadie quedaba, excepto el doctor Ni y sus hijos. No;

había otro grupo, muy a lo lejos en las pétreas gradas… pero eran sus compatriotas también. La tripulación, evidentemente.

Aidregh notó que se le doblaban las rodillas. De cualquier modo, Ni llegó hasta él antes de que chocase contra el suelo por debajo de la blanca piedra.

—Aidregh, ¿qué ocurre? ¿Fue tan duro? Corlant, Aidresne, deprisa… Está como desmayado. Aidregh, estamos aquí… Ya todo pasó… lo hizo, lo hizo. La guerra pasó…, pasó, ¿no puede oírme?

—Le oigo —dijo Aidregh, ocupando una posición parecida a estar sentado—. Pero… ¿pasó acaso? ¡Se han ido! ¡No se quedaron a escucharme! Ni, tenemos que marcharnos sea como fuere; las bombas llegarán dentro de pocas horas.

—No, no, Aidregh. Somos libres. Por eso se fueron los rathenios. Toda la tripulación está aquí. Podemos irnos… usted lo logró.

—Ya estamos mandando aviso a Signath de nuestra liberación —dijo Corlant. La muchacha estaba arrollada a su lado, los ojos brillándole de lágrimas. Aidresne estaba plantado junto a ambos, mirándoles solemne y orgulloso—. Usted no vio a Margent cuando la luz comenzó a volver al principio. Se inclinó ante usted. Todos lo hicieron. Y luego se fueron rápidos como un relámpago. Nos dieron la libertad, dejándonos solos.

Aidregh se puso en pie inseguro, notando el sólido antebrazo de su hijo que le cogía por el codo. Ni ya estaba ascendiendo por el pasillo próximo, saliendo del cráter desierto; lo siguieron.

Ya fuera de los muros, la sombra de las murallas del anfiteatro se proyectaba a través del reluciente desierto gracias al Macizo poniente. Una falange de coches superficiales enganchados uno con otro estaba alineada en las salinas llanuras de algún viejo mar, y desde ellas Aidregh pudo oír susurros de voces hablando con los acentos de la patria: su tripulación, esperando. Se dio prisa.

—¿Aidregh? —dijo una voz desde detrás suyo.

—Sí, Ni.

—¿Y ahora, qué?

—Trataremos con Signath —contestó Aidregh.

—Sí, bien, pero… ¿y después? ¿De verdad piensa usted abandonar el Ministerio?

—Sí —dijo Aidregh feliz, rodeando un peñasco para no tropezar con él—. Voy a intentar algo nuevo. No me atrevo a ser político por

más tiempo; sería un monstruo cuanto menos. Voy a tratar de luchar por mí mismo.

—¿Cómo? —preguntó Ni.

Aidregh se detuvo al pie de un serpenteante sendero y miró hacia los coches que esperaban. Corlant le tomó de la mano y Aidresne cogió una de las de ella.

—Espere y verá —dijo; y de pronto estuvieron corriendo, los tres, gritando de alegría, cruzando las llanuras saladas hacia la patria. Se plantó durante un momento y miró tras de ellos, sacudiendo la cabeza; luego rompió en un trote desganado.

Era como una especie de danza, con los suspiros y gritos y los pies batientes de la multitud bajo la música. En la plataforma, bien en el centro del enorme pabellón, Aidregh se movía desde el borde de los tableros hasta el otro lado con desesperación, sus piernas descoyuntadas, sus brazos aleteando, el blanco torbellino de su rostro vuelto suplicante hacia el firmamento coloreado primero y luego al público que oscilaba.

Corlant y Aidresne podían oír su voz, pero no lo que decía. Sólo el sonido agitante de alguien gritando penetraba a través del rugido de la multitud.

Aidregh cayó de rodillas a un extremo del escenario y extendió los brazos. Un enorme gemido de pena orgiástica se extendió desde la gente más próxima a aquel lado de la plataforma, abriéndose paso hacia afuera a través del pabellón como una oleada contagiosa. Eso aún avanzaba hacia Corlant y Aidresne como una ola de espuma cuando Aidregh estaba de pie de nuevo, caminando hacia el poste central de la tienda, el puño alzado hacia dicho poste y luego en dirección al firmamento. Tras un momento de duda… que consiguió un segundo instantáneo en el centro del público… se precipitó para aferrar el propio poste, en lo que era aparentemente un esfuerzo loco de arrancar del suelo el inmenso mástil de duraluminio.

Toda la multitud se puso en pie al instante, gritando:

—¡Fuera de nuestro firmamento! ¡Fuera de…!

En el escenario, Aidregh se agarró al mástil y dio la vuelta despacio, mirando hacia la masa rugiente de voces y puños. Su

rostro era inexpresivo excepto por una pequeña y negra O en donde debía haber estado su boca, pero resultaba perfectamente claro lo que significaba su gesto. Las palabras del cántico parecían echarle atrás como golpes, hasta que estuvo plantado sólo gracias al más grande de los esfuerzos.

El cántico comenzó a balbucear. La cabeza de Aidregh descansaba contra el poste, meciéndose un poco como si cada grito fuera un bofetón. Todo su cuerpo efectuaba una danza torturante y, sin embargo, al mismo tiempo no parecía moverse. Un *¡Ah!* se alzó en medio del cántico y rompió su ritmo; murió rápidamente. En el silencio, alguien empezó a llorar.

Aidregh les había tentado, y habían caído. La vieja orgía de furia contra el firmamento había vuelto a estallar, sólo porque la evocó en su recuerdo. Ahora veían lo que les había costado su pasión. El aire del pabellón estaba denso de vergüenza.

El Primer Ministro de Threnen y su novia se sentaron, abrazados uno al otro. Seguían sin oír ni una sola palabra inteligible de Aidregh, pero ya les había dejado como secos… y conociendo, aproximadamente, lo que estaba haciendo, no parecía haber protección. Aldreigh se enderezó a sí mismo contra el poste con un esfuerzo enorme, y el poste parecía enderezarse con él, como si a la vez estuviese más dispuesto a comprender su tarea inmemorial de mantener el firmamento familiar. Se adelantó con pasos lentos y penosos, alzó su cara distante… y les miró directamente a los ojos.

En el intenso susurro, comenzó a hablar. Ahora podían oír la voz familiar, diciendo cosas no familiares y místicas, como correspondían al Profeta de Rathe. Pero sabían que les hablaba a ellos.

—Hijos… Aún hay tiempo.

Y en realidad lo había. Aidregh lo había conseguido para ellos y, como Profeta de Rathe en Home, estaba en el proceso de conseguir aún más tiempo. La nueva adoración al planeta hermano ya había superado a la adoración del Macizo y se había convertido en centro de las doctrinas sobre astrología. Tomaba cuerpo allí donde Aidregh hablaba.

—Aún hay tiempo —dijo, y el público escuchaba—. Aquí es donde nosotros y la hierba crecemos como música.

PLANETA HERMANO

Poul Anderson

Los primeros exploradores de Venus habían descubierto una manera de convertirlo en colonia de la Tierra. Había sólo un pequeño problema: eso significaba destruir todas las formas de vida del planeta. Y aún cuando los cetoides tuvieran el aspecto de peces, parecían terriblemente humanos.

PRÓLOGO

Mucho después encontraron un cadáver andrajoso a la deriva, cerca de San Francisco. La policía decidió que debía haber saltado desde el Golden Gate en algún día brumoso. Aquel era un lugar singularmente solitario y limpio para que algún tipo oscuro muriera, pero nadie en definitiva pareció interesarse mucho. Bajo la camisa llevaba una Biblia, con una señal marcando cierto pasaje que había sido subrayado.

Por pura curiosidad, un miembro de la Brigada de Homicidios estudió aquella pulpa acuosa de papel hasta que dedujo la sección: Ezequiel, VII,
3-4.

1

Azotó una borrasca cuando Shorty McClellan casi se había instalado. Tiró de la palanca; los cohetes rezongaron y el *ferry* se plantó sobre su cola, tratando de alcanzar el cielo. Más tarde se tambaleaba como una hoja a merced del viento, con los ventanales en total oscuridad. El huracán y la lluvia eran como un trueno, y Nat Hawthorne cerró los azotados canales sensores.

Bienvenido, pensó. ¿O lo dijo en voz alta? El trueno rodó, si no eran risas. Notó cómo el navío se cerraba en su torno. Cuando los ojos se le aclararon de la turbación, vio nubes y calma. Una humosa claridad azul en el aire le dijo que se acercaba la puesta del sol. Lo que equivalía a la puesta del sol en Venus, se recordó a sí mismo: la luz del día vacilaría durante horas, y la noche jamás sería verdaderamente oscura.

—Sí que estuvimos cerca —dijo Shorty McClellan.

—Creí que estas naves estaban diseñadas para superar las tormentas —apuntó Hawthorne.

—Seguro. Pero no para cumplir servicio como submarino. Estábamos muy cerca de la superficie cuando esa borrasca se deslizó sobre nosotros. Pudimos hundirnos, y entonces… — McClellan se encogió de hombros.

—No hubo real peligro —respondió Hawthorne—. Hubiéramos podido salir por la escotilla con máscaras, estoy seguro, y permanecer flotando hasta que viniesen a recogernos de la estación… Eso, si Oscar y compañía no nos rescataban primero. Te has de dar cuenta de que no habría amenaza por parte de ninguna forma de vida nativa. Nos encuentran tan ponzoñosos como nosotros a ellos.

—¡Dices que no hubo peligro! —gimió McClellan—. Es que no

has tenido en cuenta los cinco millones de pavos que vale la lancha…

Comenzó a silbar desentonadamente, mientras descendían en espiral para intentar otra aproximación. Era un hombre pequeño, robusto, vivaz, de rostro pecoso y cabello pajizo. Hawthorne le había conocido casualmente; por años fue uno de los pilotos que llevaban cargas entre las espacionaves en órbita y la Estación Venus: un tipo algo gallito, dado a fanfarronear y a narrar improbables relatos sobre sí mismo y lo que él llamaba la raza de las sombras. Pero en un viaje que compartieron desde la Tierra, había terminado mostrándole tímidamente películas tridimensionales de sus hijos, y describiéndole sus planes para abrir un pequeño establecimiento en Great Lake cuando llegara a la edad del jubileo.

Doy gracias al Señor por ser biólogo, pensó Hawthorne. La sainetesca decisión de aceptar o rechazar un trabajo de oficinas a los treinta y cinco años, todavía no ha llegado a mi campo. Espero seguir trazando cadenas ecológicas y contemplando auroras sobre el mar Fosfóreo a los ochenta, si puedo.

Mientras el bote oscilaba hacia adelante, vio a Venus por debajo. Uno jamás hubiera supuesto que un planeta completamente oceánico, sin tierra emergida, estuviera tan vivo. Pero allí había mil escenas climáticas, cada una con su propio millón de inquietos matices: el color de la luz, la variedad de los organismos vivos, en ninguna parte los mismos… Un mar en Venus no era una arbitraria sección de agua, sino un cinturón iridiscente en torno al mundo. Y luego contaban también el ángulo del sol, la iluminación nocturna, las brisas, las galernas y los tifones, las distintas estaciones, las mareas solares que no tenían barreras en sus treinta y dos mil kilómetros de marcha, y los grandes ritmos biológicos que los hombres todavía no comprendían. Realmente, uno podía sentarse durante cien años en un lugar, mirando, y no vería jamás la misma cosa dos veces. Y todo lo que viera sería hermoso.

El mar Fosfóreo fajaba el planeta entre los cincuenta y cinco y los sesenta y tres grados de latitud norte. Ahora, desde arriba, por la noche, había oscurecido en su color índigo, con salpicaduras de blanco; pero en el mismísimo borde del mundo tornaba al color negro en el norte y a un verde absolutamente claro por el Sur. De

trecho en trecho, aparecían venas escarlatas por debajo de la superficie. Una isla flotante —una jungla retorcida sobre gigantescas algas nadadoras— se veía por arriba de un amarillo llameante, con una particular turbulencia. Hacia levante marchaba la borrasca, azul negra y relampagueante, el agua rugiendo en su estela. A poniente, las nubes inferiores estaban teñidas de rosa y cobre. Y por encima, la capa permanente del firmamento oscilaba desde un gris perla en el este hasta un blanco cegador en el oeste, donde ardía el siempre invisible sol. Un doble arco iris formaba un puente por el horizonte.

Hawthorne suspiró. Era estupendo volver.

El aire silbó bajo las resbaladizas alas del trasbordador. Luego tocó el agua con los pontones, rebotó, volvió a caer y marchó directo hacia la estación. Una ola de proa rompió contra los flotadores y salpicó hacia la cubierta superior y los edificios, que, giroestabilizados, ignoraron tal perturbación. Como siempre, la tripulación entera de la estación había salido a recibir al navío. Las llegadas solían espaciarse por meses.

—Fin del trayecto.

McClellan detuvo el navío, se soltó el cinturón, se puso en pie y forcejeó para colocarse el equipo respiratorio. Observó:

—Ya sabes, nunca me siento cómodo en estos aparatos.

—¿Por qué no? —Hawthorne, colgándose el tanque en sus hombros, miró sorprendido al piloto.

McClellan se ajustó la máscara, que cubría la nariz y la boca con una especie de casquete hermético de plástico celuloso. Ambos hombres ya se habían colocado las lentes de contacto, que filtraban los rayos ultravioleta sobre las pupilas.

—No me acostumbro a la idea de que no hay una molécula de oxígeno natural en cuarenta millones de kilómetros —confesó. El tubo respiratorio le apagó la voz, sonando para Hawthorne un acento ahogado—. Me sentiría más seguro con un traje espacial.

—*De gustibus non disputandum est* —dijo Hawthorne—, que se puede traducir como: «Sin la menor disputa, Gus está en el este». Yo no he estado jamás dentro de un traje espacial que no crujiera y oliese al sudor de otro sujeto.

A través de la portezuela vio un grande y largo torbellino azul en el agua, y una salpicadura de impaciente espuma. Una sonrisa

asomó a sus labios.

—Oh, apuesto a que Oscar sabe que estoy aquí —dijo.

—Sí. Compañeros en cuerpo y alma —gruñó McClellan.

Salieron por la escotilla. Los oídos les zumbaron, mientras se ajustaban a la ligera diferencia de presión. Las máscaras filtraron algo de vapor de agua por motivos de comodidad y virtualmente todo el dióxido de carbono, porque allí había bastante como para matar a un hombre en tres sorbos. El nitrógeno, el argón y los rastros de otros gases pasaron, para mezclarse con el oxígeno del tanque respiratorio al ser inhalados. Ya existían unidades que electrolizaban el elemento vital de la Tierra sacándolo directamente del agua, pero hasta ahora eran demasiado pesadas e incómodas.

Un hombre en Venus hacía cuanto podía para tener un aparato de esos en funcionamiento en su lancha o en el muelle, con el fin de recargar la botella de su espalda cada pocas horas. A los recién llegados de la Tierra siempre les parecía un infernal estorbo, pero al cabo de una temporada en la Estación de Venus uno se acostumbraba y lo consideraba normal.

¿Se había vuelto un hombre más cuerdo? Hawthorne se lo había preguntado a menudo. Su última visita a la Tierra casi le había convencido.

El calor le golpeó como un puño. Había ya adoptado la vestimenta local: trajes flotantes y sueltos de materias sintéticas, diseñados para paliar la radiación ultravioleta —evitándole que le diera en la piel— y para no absorber el agua. Ahora hizo una pausa momentánea, se recordó que el hombre era un mamífero capaz de desenvolverse muy bien incluso a temperaturas más altas, y se relajó. El mar lamió sus pies desnudos cuando los plantó sobre un pontón. Sintió su frescor y de pronto dejó de acordarse del calor; lo olvidó por entero.

Oscar apareció. Sí, claro, era Oscar. Los otros cetoides —una docena poco más o menos— parecían más interesados por el *ferry*: lo olfateaban, frotando contra el metal sus suaves flancos, y apoyaban las aletas anteriores en el pontón, manteniendo alzadas sus abecerradas mitades superiores para mirarlo bien.

Oscar sólo prestó atención a Hawthorne. Alzó su abultada cabeza, olfateó los dedos de los pies del biólogo y lanzó salpicaduras de agua a seis metros de distancia.

Hawthorne se puso en cuclillas.

—Hola, Oscar —dijo—. No creías que volvería, ¿verdad?

Rascó a la bestia bajo la barbilla. Maldita sea si estos cetoides no tenían verdaderas barbillas. Oscar se puso panza arriba y rezongó.

—Pensaste que me dejaría pescar por alguna dama terrestre y me olvidaría de ti, ¿eh? —murmuró Hawthorne—. Dios te bendiga, gusano feo… ni soñar en ello. ¡Claro que no! No desperdiciaría mi tiempo terrestre «soñando» en abandonarte por una mujer… ¡lo haría! Vaya criatura horrible…

Rascó la piel gomosa precisamente detrás de la característica ampolla. Oscar chocó contra el pontón y se retorció de placer.

—Basta, ¿quieres? —dijo McClellan—. Todavía no tengo ganas de un baño.

Arrojó un cabo. Win Dykstra lo pilló al vuelo, lo enrolló en torno a un malacate y comenzó a cobrar cable. El *ferry* avanzó despacio hacia el muelle.

—Está bien, Oscar, está bien, está bien Llegué a casa. No nos pongamos tristes por ello —Hawthorne era un hombre alto, bastante huesudo, de cabellos rubio oscuro y un rostro prematuramente arrugado—. Sí, también traigo un regalo para ti, lo mismo que para el resto de la estación, pero déjame primero que deshaga las maletas. Te traje un patito de celuloide. ¡Vamos allá!

El cetoide hizo un ruido. Hawthorne estaba a punto de bajar por la escalerilla del muelle cuando volvió Oscar. Con gran cuidado, el cetoide empujó con suavidad los tobillos del hombre y luego, con torpeza —porque éste no era el muelle normal de comercio— sacó algo de la boca para depositarlo a los pies de Hawthorne. Después volvió a emitir un sonido y se alejó.

Hawthorne murmuró una profana maldición de asombro y sintió cómo los ojos le picaban un poco. Acababan de regalarle una de las más estupendas gemas de fuego que se habían visto en el planeta.

2

Después de oscurecer, la aurora se hizo visible. El sol está tan cerca y el campo magnético venusino es tan débil, que incluso en el ecuador el cielo parecía a veces entrecruzado por grandes pancartas de luz. Aquí en el mar Fosfóreo la noche era de un verdadero azul, con velos rosas y silenciosas y temblorosas fajas blancas. Y el agua misma brillaba por bioluminiscencia, cada onda entrelazada por fuegos fríos. Allí donde las gotitas chocaban contra la cubierta de la estación relucían durante unos minutos antes de evaporarse, como si unos dorados carbones hubieran sido desparramados al azar por toda su brillante circunferencia.

Hawthorne alzó la vista de la pared transparente de la sala de guardia.

—Es bueno haber vuelto —dijo.

—Oh, comprendo eso —afirmó Shorty McClellan—. Después del vino, y de las mujeres que compiten entre sí por la compañía de un encantador explorador interplanetario, siempre resulta bueno volver… Este hombre está loco.

El geofísico, Win Dykstra, asintió con seriedad. Era un hombre alto y mimbreño, holandés, cuyos ancestrales recuerdos eran de las tierras altas castellanas. Quizás por eso muchos de ellos se sentían siempre sin hogar.

—Creo comprenderte, Nat —dijo—. Leí entre líneas mi correo. ¿Están tan mal las cosas en la Tierra?

—En cierto modo.

Hawthorne se apoyó contra la pared, mirando hacia la noche de Venus.

Los cetoides jugueteaban en torno a la estación. Alegres formas de torpedo saltaban del agua, ferreando líquida radiación,

arqueándose por encima y bajando en una especie de fuente que ardía. Luego surcaban el mar y se alejaban en un círculo de casi dos kilómetros de amplitud, rodando y tambaleándose. El cañonazo provocado por los golpes en el agua de los cuerpos y las aletas podía oírse aún a esa distancia.

—Ya me temía eso. No sé si quiero aceptar mi próximo permiso cuando lo tenga —dijo Dykstra.

McClellan parecía azorado.

—¿De qué estáis hablando, amigos? —preguntó—. ¿Qué hay de malo?

Hawthorne suspiró:

—No sé por dónde empezar —dijo—. Lo malo es, Shorty, que uno mira hacia la Tierra continuamente. Se vuelve de un viaje y se está allí durante semanas o meses antes de partir de nuevo. Pero nosotros… hemos ido cada tres, cuatro, cinco años a veces. Advertimos los cambios.

—Oh, claro —McClellan cambió el peso de su cuerpo arrellanándose intranquilo en su silla—. Claro, supongo que no estéis acostumbrados… bueno, a las pandillas, o a las multitudes, o al hecho de que han comenzado a racionar el espacio en América desde la última vez que han estado allí. Pero sin embargo, estáis bien pagados y vuestro trabajo tiene prestigio. Gozáis de privilegios especiales. ¿De qué os quejáis?

—Llámalo… la atmósfera, si quieres —contestó Hawthorne, y esbozó una sonrisa—. Parece como si Dios se hubiera olvidado de la Tierra.

Dykstra enrojeció:

—Dios no olvida —dijo—. Los hombres, sí.

—Lo siento, Win —se apresuró a decir Hawthorne—. Pero he visto… no sólo la Tierra. La Tierra es demasiado grande para ser alguna otra cosa que estadísticas. Visité mi propio país, el lugar en donde crecí. Y el lago en donde fui a pescar cuando niño, hoy es una granja de algas, y mi madre tiene que compartir una sola y triste habitación con una charlatana mujer cuya presencia ni siquiera puede soportar.

»Lo que es peor, han talado Bobolink Grove para poner en práctica otro de los mal llamados proyectos de viviendas, y las pandillas operan ahora a la luz del día. La escolta armada se ha

convertido en una industria importante. Entro en un bar y no se ve ni un rostro feliz. Están allí todos, mirando estupefactos la pantalla de televisión y… —hizo una pausa—. No importa. Probablemente exagero.

—Yo diría que sí —afirmó McClellan—. Oh, yo puedo mostrarte lugares en donde no ha estado ningún hombre desde que los indios se fueron… si es naturaleza lo que deseas. No has estado jamás en San Francisco, ¿verdad? Bueno, ven conmigo a una taberna que conozco en North Beach y pasarás los mejores momentos de tu vida.

—Claro —dijo Hawthorne—. Lo que me extraña es, ¿por cuánto tiempo sobrevivirán esos fragmentos?

—Algunos indefinidamente —contestó McClellan—. Son propiedad corporativa. En estos días, P. C. significa haciendas privadas.

Win Dykstra asintió.

—Los ricos se hacen más ricos —dijo—, los pobres más pobres y la clase media desaparece. Eventualmente el Imperio se ha fosilizado. He leído historia… —miró a Hawthorne con ojos sombríos y pensativos—. El feudalismo medieval y el monasticismo evolucionaron dentro del dominio Romano: estaban allí cuando ese imperio se derrumbó. Me pregunto si un desarrollo paralelo puede estar tomando lugar en la Tierra. El feudalismo de las grandes organizaciones terrestres; el monasticismo de las estaciones planetarias, como ésta.

—Completo, con el celibato —McClellan hizo una mueca—. ¡Yo prefiero el feudalismo!

Hawthorne volvió a suspirar. Siempre había un precio. Los comprimidos supresores de la sexualidad y el recuerdo de los labios fervientes y de los brazos que te rodeaban en la Tierra eran a menudo un triste consuelo.

—No somos una buena analogía, Win —arguyó—. En primer lugar, vivimos por entero del comercio de joyas. Porque es beneficioso, se nos permite llevar a cabo el trabajo científico que nos interesa personalmente: eso es parte de nuestro salario, en efecto. Pero si los cetoides dejaran de traernos gemas, seríamos devueltos a casa tan de prisa que apenas nos daríamos cuenta del regreso. Ya sabes que nadie pagaría el coste fabuloso del transporte carguero interplanetario por puro altruismo científico; sólo lo pagan

por los lujos.

Dykstra se encogió de hombros.

—¿Y qué? La economía es irrelevante con nuestro monasticismo. ¿Has bebido alguna vez *benedictine*?

—Ejem…, sí, lo entiendo. Pero también, somos célibes únicamente por necesidad. Nuestra gran esperanza es que eventualmente podamos tener nuestras propias mujeres.

Dykstra sonrió.

—No quiero acercar tanto la analogía —dijo—. Mi punto de vista es que nos sentimos sirviendo a un propósito mayor, un propósito cultural; en nuestro caso, la ciencia. Pero, sin embargo, es un propósito que vale por todo el aislamiento; eso, si consideramos al aislamiento como sacrificio.

Hawthorne parpadeó. A veces Dykstra era demasiado analítico. En realidad, pensó Hawthorne, los miembros del personal de la estación *eran* monjes. Win mismo… pero era un hombre apasionado, lo bastante afortunado para tener una mente sencilla. Hawthorne, con menos suerte, había pasado quince años sacudiéndose de encima su educación puritana y finalmente se dio cuenta de que nunca lo lograría. Había matado al Dios implacable de su padre, pero el fantasma siempre le perseguiría.

Ahora hubiera podido tratar de compensar la larga negativa de sí mismo mediante un permiso terrestre que fuese una continua orgía, pero el sentido del pecado le abrumaba, disfrazado de amargura. Yo he sido inicuo en la Tierra. Por tanto, la Tierra es un pozo de mal.

Dykstra continuó, con una innecesaria tensión en su voz:

—La analogía con los monasterios medievales es correcta en otro aspecto: ellos pensaron que se retiraban del mundo, pero en lugar de ello, se convirtieron en el núcleo de la siguiente etapa. Y nosotros también, involuntariamente hasta ahora, podemos haber cambiado la historia.

—Ajá —lanzó McClellan—. No se puede tener una historia sin próxima generación, ¿verdad? Pero no hay una sola mujer en todo Venus.

Hawthorne se apresuró a decir, para alejarse de sus propios pensamientos:

—Se hablaba de eso en las oficinas de la compañía. Les gustaría

arreglarlo, si pudieran, para darnos más incentivos que nos hagan permanecer aquí. Creen que quizás sea posible. Si el negocio continúa en expansión la Estación tendrá que ser ampliada, y los nuevos técnicos y científicos podrían ser igualmente mujeres.

—Eso traería disgustos —afirmó McClellan.

—No si hubiese bastantes por aquí —dijo Hawthorne—. Y nadie de nosotros afirma haber abandonado cualquier esperanza de enriquecer su vida con un amor romántico, o incluso una paternidad.

—Podría hacerse —murmuró Dykstra—. Me refiero a la paternidad.

—¿Niños? —Hawthorne estaba asombrado—. ¿En Venus?

Una expresión de alegre triunfo destelló en el rostro de Dykstra. Hawthorne, recordando la sensibilidad de los años en que fueron íntimos, intuyó que Dykstra tenía un secreto, que quería gritar universalmente, pero aún no podía. Dykstra había descubierto algo maravilloso.

Para tantear una pista, Hawthorne dijo:

—Yo he estado muy atareado oyendo murmuraciones, casi no tuve tiempo para conversaciones vulgares. ¿Qué habéis aprendido de este planeta desde que me fui?

—Algunas cosas, bastante prometedoras —contestó Dykstra, evasivamente. Su tono, sin embargo, no era muy firme.

—¿Descubristeis cómo crear las gemas de fuego?

—Cielos, no. Si pudieran ser fabricadas sintéticamente… eso nos dejaría cesantes, ¿verdad? No… Pregúntale a Chris, si lo deseas. Pero sé que sólo ha establecido que son un producto biológico, como las perlas. En apariencia, están complicadas varias cadenas de bacteroides, que existen sólo en las profundas condiciones marítimas de aquí.

—¿Averiguasteis algo más del ciclo vital? —preguntó McClellan. Tenía aquélla mórbida fascinación del hombre espacial por los organismos que prescinden del oxígeno.

—Sí. Chris, Mamoru y sus colaboradores han desarrollado mucho de la química detallista —dijo Dykstra—. Eso cae sobre mi cabeza, Nat. Pero tú querrás estudiarla, y se han mostrado ansiosos de tu ayuda como ecólogo. Conoces ese asunto de las plantas, si es que se le puede llamar así, que utilizan energía solar para construir

componentes no saturados, que las criaturas que llamamos animales luego reducen, ¿verdad? La reducción no siempre requiere oxígeno, Shorty.

—Conozco suficiente de química para comprender eso —dijo McClellan, con expresión dolorida.

—Bueno… De una manera general, las reacciones entrañadas no parecen lo bastante energéticas para impulsar animales del tamaño de Oscar. No se han podido identificar enzimas que… —hizo una pausa, frunciendo algo el ceño—. Bien, de cualquier manera, Mamoru llegó a sugerir la fermentación, la analogía terrestre más próxima. Y parece ser que los microorganismos realmente están envueltos en ella. Las enzimas venusinas son indistinguibles de los…, habrá que llamarles virus, por falta de nombre mejor. Ciertas formas incluso parecen funcionar como genes. ¿Qué te parece si lo definimos como simbiosis?, ¿eh? Poniendo en el tono los ejemplos clásicos.

Hawthorne emitió un silbido.

—Me atrevería a decir que es un concepto muy fascinador —dijo McClellan—. Pero en cuanto a mí respecta, deseo daros prisa y entregaros la carga, para poder volver a casa. No es que no me gustéis vosotros, amigos, pero no sois exactamente mi tipo.

—Eso llevará unos cuantos días —dijo Dykstra—. Siempre ocurre.

—Bueno, mientras sean días terrestres, no venusinos.

—Puede que tenga una carta importantísima par» que la entregues —dijo Dykstra—. Todavía no he reunido los datos cruciales, pero puedes esperar si no hay otra cosa que hacer.

De pronto se estremeció de emoción.

3

En las largas noches se dedicaban a estudiar el material reunido durante el día. Cuando Hawthorne salió al sol, en medio de las brumas que humeaban a lo largo de las aguas púrpuras bajo un firmamento como de nácar, toda la estación pareció estallar hacia fuera, en su torno. Win Dykstra ya había salido con su nuevo ayudante, el pequeño Jimmy Cheng-Tung —el de la sonrisa esperanzada—, y su submarino de dos plazas estaba en el horizonte, recogiendo los datos de las unidades grabadoras del fondo del mar. Ahora las lanchas dejaban el muelle en todas direcciones: Diehl y Matsumoto para coleccionar falso plancton, Vassiliev tras alguna hermosa coralita en Erebus Bank, Lafarge para continuar su mapa de las corrientes, Glass dirigiéndose a investigar un poco más las nubes…

El trasbordador espacial había entregado su primera carga durante la noche. Shorty McClellan caminaba por la desnuda cubierta con Hawthorne y el capitán Jevons.

—Esperadme que vuelva a la puesta del sol local —dijo—. Es inútil venir antes, con todo el mundo fuera trabajando.

—Eso imagino…

Jevons, con el pelo blanco y digno, miró pensativo la nave de Lafarge que se retiraba. Cinco cetoides jugueteaban con su estela, saltando, salpicando y formando anillos al nadar alegremente en su torno. Nadie les había invitado, pero ahora pocos hombres se aventurarían a salir de la estación sin tal escolta.

Más de una vez, cuando ocurría un accidente —y sucedían más a menudo que en un planeta grande y variado como la Tierra—, los cetoides habían salvado vidas. Un hombre podía cabalgar a lomos de uno de esos animales, si sucedía lo peor; pero más a menudo

varios trabajarían para mantener la nave estropeada a flote, como si supieran lo que costaba transportar una lancha de remos a través del espacio.

—Me encantaría ir a buscar tesoros —dijo Jevons, soltando una risita—, pero alguien tiene que ocuparse del almacén.

—Uf… ¿Qué tal recibieron el último género los venusinos? —preguntó McClellan—. La joyería de plástico.

—No la recibieron —contestó Jevons—. Simplemente la ignoraron… demostrando, por lo menos, que tienen buen gusto. ¿Quieres volver a llevarte las baratijas?

—¡Dios mío, no! Tiradlas al océano. ¿Podéis recomendarme alguna otra cosa? ¿Algo que penséis que podrá gustarles?

—Bueno —contestó Hawthorne—, he especulado sobre las herramientas que pudieran usar, diseñadas para ser utilizadas con la boca y…

—Sería mejor que experimentásemos eso aquí mismo, antes de traer muestras de la Tierra —anunció Jevons—. Soy por naturaleza escéptico. ¿Para qué le serviría un martillo o un cuchillo a un cetoide?

—En realidad —dijo Hawthorne— más bien pensaba en una sierra. Para cortar bloques de coralita y construir cobijos en el fondo del mar…

—¿Te parece que los harán? —preguntó McClellan, estupefacto.

—No lo sé —dijo Hawthorne—. Sabemos muy poco. Probablemente los cobijos no funcionarían contra el clima submarino… aunque tampoco sería una cosa absolutamente fantástica. En las profundidades hay corrientes frías, estoy seguro. Lo que yo pensaba era… Bien, he visto cicatrices en muchos cetoides, como marcas de dientes hechas por algo gigantesco.

—Es una idea —sonrió Jevons—. Es estupendo tenerte de vuelta pensando, Nat. Y resulta honrado para ti mostrarte voluntario para efectuar tu guardia en la estación en primer lugar, después de tu regreso. Eso no era de esperar de tu parte.

—Ah… Tiene recuerdos que ablandarán la monotonía —dijo McClellan—. Le vi en un lugar de mujerzuelas en Chicago… ¡Hermano, se lo estaba pasando en grande!

Las máscaras respiratorias ocultaban la mayor parte de las expresiones, pero Hawthorne notó que sus oídos se enrojecían.

Jevons se preocupaba de sus propios asuntos…, pero era anticuado, y era más parecido a un padre que aquél implacable hombre vestido de negro, a quien Hawthorne recordaba de manera confusa. Nadie jamás fanfarroneaba de sus canitas al aire en la Tierra en presencia de Jevons.

—Quiero meditar sobre los nuevos datos bioquímicos y trazar un programa de investigaciones basado en ellos —se apresuró a decir el ecólogo—. Y, también, renovar mi amistad con Oscar. Realmente me sentí conmovido cuando me dio esa gema. Me sentí un canalla al entregársela a la Compañía.

—Al precio que la pagarán, yo también me sentiría un canalla —dijo McClellan.

—No, no me refería a eso. Quise decir… Oh, bien, no importa. Vete de una vez.

Hawthorne y Jevons se quedaron mirando cómo la espacionave se alejaba por el agua. Se elevó lentamente al principio… mucho fuego y ruido; luego una aceleración gradual. Pero cuando hubo perforado las nubes, se convirtió en un meteoro en vuelo invertido. Y aún se movió más de prisa, dejando una estela a través del plomizo y espeso cielo del planeta, hasta que quedó muy alto en el firmamento.

Las nubes no parecieron grises, sino de un blanco cegador para el hombre a bordo. A muchas millas de altura, incluso el aire de Venus se hacía fino y perforantemente frío, y el vapor de agua se congelaba. Ese espectro de absorción no había revelado a los astrónomos terrestres que este planeta era simplemente agua. Los primeros exploradores habían esperado un desierto, y en su lugar encontraron un vasto océano. Pero aún McClellan cabalgaba en el relámpago de su caballo más de prisa y más alto, adentrándose en un fulgor de constelaciones.

Cuando hubo desaparecido el morro del cohete, Hawthorne salió de su ensueño y dijo:

—Por lo menos hemos creado una cosa hermosa con nuestra ingenuidad… sólo una, el viaje espacial. No estoy seguro de cuánta crueldad y destrucción compensa eso.

—No seas tan cínico —contestó Jevons—. La humanidad también creó las sonatas de Beethoven, los retratos de Rembrandt, los dramas de Shakespeare… y tú, entre todas las personas, serías

capaz de hacer una rapsodia sobre la belleza de la ciencia en sí.

—Pero no de la tecnología —dijo Hawthorne—. La ciencia, como puro conocimiento ordenado, sí. Yo me pongo en la fila allí, junto a lo que hayan hecho tus Beethovens y tus Rembrandts. Pero este asunto de la maquinaria, calibrando un planeta para que más gente pruebe a pulular…

Era bueno haber vuelto con Jevons, pensó. Uno podía atreverse a hablar en serio al capitán.

—Te has estado entristeciendo en tu soledad —afirmó el anciano —. Deberías ser de otra manera. Eres demasiado joven para la tristeza.

—Mis ancestros son de Nueva Inglaterra —Hawthorne trató de sonreír—. Los cromosomas insisten en que yo debo desaprobar algo.

—Yo tengo más suerte —contestó Jevons—. Como hace un par de siglos Pastor Grundtvig, he hecho un maravilloso descubrimiento. Dios es bueno.

—No es sabio enseñar romanticismo a los cetoides —le recordó Hawthorne—. Admito que muestran un grado de inteligencia, pero…

—Lo sé: no construyen espacionaves. No tienen manos, y claro, les es imposible preparar fuego. Ya he oído eso antes, capitán. Lo he discutido centenares de veces aquí, y en la Tierra. Pero ¿cómo podemos afirmar qué hacen y no hacen los cetoides en el suelo marino? Pueden permanecer debajo del agua durante muchos días cada vez, recuérdelo. E incluso aquí arriba; yo he contemplado esos juegos de «apéndice» a que ellos se dedican. Son, en algunos aspectos, juegos muy notables.

—Juro que puede haber un sistema, demasiado intrincado para que tenga mucho sentido para mí, pero un claro sistema sin embargo. Una forma de arte, como nuestro *ballet*, pero utilizando el viento, unas corrientes y las olas para bailar. ¿Y cómo consideras tú su despliegue de gusto y de discriminación en la música? Tienen un gusto individual, como el que muestra Oscar hacia esas viejas cintas de *jazz*. Y Sambo no quiere acercarse a ellas, pero en cambio pagaría quilate por quilate si le proporcionases algo de Buxtehude… ¿Por qué comerciamos con esas cosas?

—Un nido de ratas el comercio con la Tierra —dijo Jevons.

—Ahora no te muestras muy limpio. La primera expedición que

atracó aquí pensó también que era la psicología de un nido de ratas… los cetoides arrebatando tonterías brillantes de la cubierta inferior y dejando pedazos de concha, coralita… y finalmente joyas. Claro, sé todo eso. Pero ahora el asunto se ha convertido en un sistema de precios demasiado intrincado. Los cetoides son muy agudos en la materia… honestos, pero agudos. Han comprendido hasta el milímetro nuestra escala de valores: desde una concha de caperuza a una gema de fuego. Completamente al milímetro… fíjate bien en eso.

»Ahora bien, ¿por qué unos meros animales desearían cintas de música, cerradas herméticamente dentro de un plástico y comandadas por una célula termoiónica? ¿O para qué querrían reproducciones de nuestras grandes obras de arte, hechas a prueba de agua? Y las herramientas, ¿no les servirían? A menudo se les ve auxiliarse por escuelas de pececitos especializados, que rodean a las criaturas marinas, matándolas y despedazándolas, en una especie de cosecha. No necesitan manos, capitán: ¡utilizan herramientas vivas!

—Llevo aquí muchísimos años —comentó Jevons con sequedad.

Hawthorne se ruborizó.

—Lo siento. He dado ese sermón con tanta frecuencia en la Tierra, a gente con la que ni siquiera tenía tratos, que se me ha convertido en un reflejo.

—No era mi intención rebajar a nuestros húmedos amigos —dijo el capitán—. Pero sabes tan bien como yo que todos estos años de lucha intentando alguna comunicación con ellos, símbolos, señales… todo fracasó.

—¿Está seguro? —preguntó Hawthorne.

—¿Qué?

—¿Cómo sabe que los cetoides no han aprendido nuestro alfabeto, sacado de esos letreros?

—Bueno… después de todo…

—Han podido tener sus buenos motivos para no aceptar en sus fauces un lápiz grasoso con el que garrapatear los mensajes. Quizá sea un cierto grado de desconfianza. Enfrentémonos a ello, capitán: nosotros somos los seres extraños aquí, los monstruos. O quizá simplemente no sientan interés: nuestras naves son divertidas y vale la pena el comercio, pero nosotros mismos parecemos torpes. Oh, además… y creo que ésta es la explicación más probable: nuestras

mentes son demasiado extrañas. Considera los dos planetas, lo diferentes que son. ¿Cómo esperarías que fuese parecida la manera de pensar entre dos razas totalmente distintas?

—Una especulación interesante —dijo Jevons—. Aunque, claro, no es nueva.

—Bueno, iré a ver los últimos chismes que les tenemos preparados —dijo Hawthorne.

Caminó unos pasos, pero se detuvo y giró en redondo.

—Ya sabes —dijo—, estoy portándome como un estúpido. Oscar se comunicó con nosotros la noche pasada. Un mensaje perfectamente ambiguo, en la forma de una gema de fuego.

4

Hawthorne pasó ante una de las pesadas ametralladoras, cargada con balas explosivas. Despreciaba la norma de que debía mantenerse siempre preparado todo un arsenal. Si los hombres querían amenazar a Venus, ¿qué arma mejor y de consecuencias más impersonales que la ignorancia?

Siguió adelante por el muelle comercial. Su metal relucía, casi pulido. Unos recipientes en forma de cesto habían sido descargados por la noche, con mercancías comunes. Muchas veces se incluían grabaciones e imágenes que los cetoides ya conocían, pero que siempre parecían desear con ansiedad. ¿Era un deseo individual, o distribuían esas cosas en torno a su mundo, en el equivalente submarino de museos o bibliotecas?

Luego había unos cuantos recipientes de plástico con cloruro de sodio, amoníaco y otras materias primas, cuyo sabor era apreciadísimo por los cetoides, por lo menos en apariencia. A falta de continentes que vertiesen sales en el mar, el océano venusino estaba menos mineralizado que los de la Tierra y esos productos químicos resultaban exóticos. Sin embargo, los cetoides habían rechazado unos bulbos de plástico con ciertos componentes, tales como los permanganatos… y más tarde la investigación bioquímica demostró que tales productos resultaban venenosos para la vida venusina.

Pero ¿cómo habían sabido tal cosa los cetoides, sin siquiera romper un bulbo entre sus dientes? Simplemente lo supieron, eso era todo. Los sentidos y la ciencia humanos no agotaban toda información en el cosmos. La lista normal de mercancías había llegado a incluir unos cuantos juguetes, como pelotas flotadoras, que los cetoides utilizaban para algunos juegos de apariencia ruda;

y especialmente sistemas de vendaje especiales, para curar las heridas…

Oh, nadie dudaba que Oscar era mucho más inteligente que un chimpancé, pensó Hawthorne. El problema había sido siempre: ¿era tan inteligente como un humano?

Apiló los cestos y sacó las pagas corrientes que habían sido dejadas en ellos. Eran gemas de fuego, pequeñas y perfectas… o grandes y deformes. Una era a la vez enorme e impecable, como una redonda gota de arco iris. Habían muestras especialmente bellas de coralita —que se convertirían en adornos en la Tierra— y varias clases de bivalvos exquisitos.

Habían muestras de vida marina para el estudio, la mayor parte de ellas jamás vistas antes. ¿Cuántos millones de especies puede contener un planeta? Se veían unas cuantas herramientas, que habían caído al agua y sólo ahora se veían libres de suciedad, debido a las movedizas corrientes. También un montón de algo inidentificable, ligero, amarillo y grasiento al tacto; quizás un producto biológico como el ámbar gris, posiblemente de escaso interés… o quizás fuera una pista para descubrir un campo enteramente nuevo en química. En las cajas de recolección de Hawthorne parecían estar depositados los residuos de todo un mundo.

Todo lo que fuera novedad tenía un valor fijo bastante pequeño. Si los humanos las tomaban en la próxima oferta, su precio subiría, y así hasta llegar un valor estable, no demasiado escarpado para los terrestres ni tan bajo que no valiera la pena ni la molestia para los cetoides. Fue sorprendente descubrir con cuánto detalle se puede negociar sin emplear idioma alguno.

Hawthorne vio emerger a Oscar. El gran compañero había alzado el morro cerca del muelle y ahora yacía idílicamente agitando la cola. La aleta azul a lo largo de su convexa espalda era agradable de contemplar.

—Oye —murmuró Hawthorne—, durante años la Tierra entera ha estado burlándose de vosotros por darnos artículos casi inapreciables a cambio de unas baratijas sin valor, pero… he comenzado a preguntarme si el sentimiento no sería recíproco. ¿Son muy raras las gemas de fuego en Venus?

Oscar hizo un pequeño pucherito y uno de sus maliciosos ojillos

emitió un destello. Una expresión curiosa le cruzó el rostro. Indudablemente sería muy poco científico considerar la mueca como una sonrisa…, pero Hawthorne estaba convencido de que lo que Oscar pretendía presentarle era eso.

—Está bien —dijo—. Está bien. Ahora veamos lo que piensas de nuestros nuevos y maravillosos productos, que os hemos traído después de años de investigación sobre una forma de que viváis mejor. Todas y cada una de estas mercancías, damas y caballeros cetoides, ha sido comprobada en nuestros maravillosos laboratorios, y no creo que sea fácil encontrar una forma de quebrantar la patente en terreno particular. Ahora…

Las burbujas musicales de Schönberg habían sido rechazadas. Quizá habrían gustado otros atonalistas, pero con las escasas relaciones de masa espacial por viaje que traía carga, el experimento no se efectuaría durante largo tiempo. Por otra parte, una cinta de canciones tradicionales japonesas había desaparecido; dejaron a cambio dos gemas de varios quilates, el doble del precio normal de una novedad: eso indicaba que algún cetoide estaba pidiendo más de lo mismo.

Como siempre, los artistas pictóricos contemporáneos fueron rechazados, pero Hawthorne estuvo de acuerdo —no eran tampoco de su gusto—. Ningún cetoide quería a Picasso —período central—, aunque Mondrian y Matisse se habían vendido bien. Una muñeca fue aceptada pero a bajo valor, un pequeño trozo de mineral. Eso significaba «Está bien, nosotros —¿yo?— nos quedaremos con esto como muestra, pero no se molesten en traernos más».

Una vez más, los libros ilustrados a prueba de agua habían sido rechazados. Después de los primeros, los cetoides nunca compraron libros. Era algo muy peculiar de su idiosincrasia, algo que entre otros detalles había conducido a muchos investigadores a dudar de su inteligencia básica y de su percepción.

Eso no concuerda, pensó Hawthorne. No tienen manos, así que un texto impreso no es natural para ellos. Tal vez a causa de su belleza… o interés, o humor, o lo que saquen de ello, algunas de nuestras mejores obras de arte valgan la molestia de llevarlas bajo el agua y conservarlas. Pero si fueran generando un registro de hechos, quizá puedan poseer métodos más convenientes para ellos que un libro escrito. ¿Cómo cuáles? Sólo Dios lo sabe. Quizá tengan

memorias perfectas. Puede que, por pura telepatía o algo por el estilo, escriban sus mensajes en la estructura cristalina de unas piedras en el lecho oceánico…

Oscar se afanó a lo largo del muelle, siguiendo al hombre. Hawthorne se puso en cuclillas y frotó la frente lisa y húmeda del cetoide.

—Eh, ¿qué piensas de mí? —preguntó en voz alta—. ¿Te preguntas si yo pienso? Está bien. Está bien. Mi raza bajó del firmamento y construyó las casas flotantes de metal, y trajo toda clase de mercancías curiosas. Pero las hormigas y las termitas tienen unos sistemas de comportamiento muy intrincados, aun sin ser inteligentes, y en Venus tenéis cosas similares.

Oscar rezongó y olfateó los tobillos de Hawthorne. Lejos en el mar, su gente estaba jugando con la espuma que ardía —blanco contra el púrpura de las aguas—, arqueándose hacia el firmamento y volvendo a caer. Aún más lejos, en el brumoso límite de la visión, unos cuantos adultos estaban trabajando, pastoreando un cardumen de peces con la ayuda de tres especies domesticadas. Parecían disfrutar con el trabajo.

—No tienes derecho a ser tan listo como eres, Oscar —dijo Hawthorne—. Se supone que la inteligencia evoluciona en respuesta a un rápido cambio de ambiente, y se cree que el mar no es lo suficientemente inestable para provocarla. Bueno, quizás el mar terrestre no lo sea. Pero esto es Venus, y ¿qué sabemos de Venus?

»Dime, Oscar ¿acaso vuestros peces tipo perro y tipo ganado son esclavos animales de cerebro escaso, como ciertos insectos utilizados por las hormigas, o son verdaderos animales domésticos, conscientemente adiestrados? Tiene que ser esto último. Seguiré insistiendo que lo es, aunque las hormigas desarrollen un interés por Van Gogh y Bieder Becke.

Oscar emitió un sonido, salpicando a Hawthorne con espumas carbónicas del agua; la espuma creció espectacularmente y brilló en su piel. Un viento leve cruzó el mundo, absorbiendo la humedad de sus ropas. Suspiró. Los cetoides eran como niños; jamás se estaban quietos… otro motivo por el que muchos psicólogos los catalogaban sólo unos centímetros por encima de los monos terrestres.

Una conclusión lógica, pero sin garantías, por decir algo. Al paso rápido de la vida venusina, se alzarían asuntos urgentes en cuestión

de segundos. O, incluso si los cetoides fuesen simplemente unos seres caprichosos, ¿podría considerárselos estúpidos? El hombre es una bestia de paso pesado, que siempre olvida cómo jugar y cuando no, se le está siempre recriminando el hecho. Aquí en Venus podrían ser por naturaleza más amantes de la alegría de vivir…

No debería rebajar a mi propia especie tal y como lo hago, pensó Hawthorne. Caería en aquello de menospreciar todos los siglos excepto éste, y todos los países excepto el mío. Somos distintos de Oscar, eso es todo. Pero aún aceptando lo anterior, ¿es acaso él peor que nosotros?

Enfocó su mente al constante problema de diseñar una sierra que pudiese manejar un cetoide. ¿Manejar? ¿Manipular? No, cuando todo lo que éste tenía era la boca. Pero si la especie aceptaba tales herramientas en comercio, se habría dado un gran paso para demostrar que eran comparables a los hombres. Y si no las aceptaban, sólo mostraría que tenían otros intereses, no necesariamente inferiores.

Sería del todo concebible. La raza de Oscar era más intelectual que la humanidad, ¿por qué no? Sus cuerpos y su medio ambiente les liberaban de ayudas materiales tales como el fuego, la piedra labrada, la fundición de metal o los ideogramas. ¿Acaso esto no podía permitir a sus mentes a adoptar canales más sutiles? Tal vez fueran una raza de filósofos, incapaces de hablar con el hombre porque hacía mucho tiempo que habían olvidado la charla infantil…

Por supuesto, era una hipótesis muy rebuscada. Pero permanecía el hecho indiscutible de que Oscar era mucho más que un animal listo, aun cuando no estuviese al nivel del hombre.

Sin embargo, si la gente de la raza de Oscar había evolucionado para, digamos, llegar a un equivalente del pitecántropo, lo habían logrado porque algo en las condiciones de Venus otorgaba un premio a la inteligencia. El mismo factor debía continuar operando. Dentro de otro medio millón de años, poco más o menos, los cetoides casi con seguridad tendrían tanto cerebro y alma como el hombre de hoy… y el hombre mismo podía haberse extinguido o degradado. Quizá más alma… más sentido de belleza, de piedad y de alegría, si uno extrapolaba desde su presente conducta.

En resumen, Oscar era: a) igual al hombre; o b) superior al

hombre; o c) una especie en camino de ascenso, y sus descendentes con el tiempo lograrían a) y luego b). ¡Bienvenido, hermano mío!

El muelle vibró. Hawthorne volvió a mirar hacia abajo. Oscar había vuelto. Estaba olfateando el metal con impaciencia y haciendo gestos con sus aletas anteriores. Hawthorne se acercó y le miró. Oscar curvó su cola y echó la espalda hacia atrás, todo el tiempo haciendo gestos.

—¡Eh, espera! —Hawthorne comprendió la idea. Sintió esperanzas—. Aguarda. ¿Quieres que vaya contigo a dar un paseo? —preguntó.

El cetoide parpadeó con ambos ojos. ¿Era el parpadeo una comprensión o una afirmación? Y si era así, ¿verdaderamente Oscar habría comprendido las palabras?

Hawthorne se apresuró a sacar el electrolizador de oxígeno. El equipo de buceo estaba almacenado en un armario cercano. Se colocó un traje de goma flexible, que retendría el calor de su cuerpo. Conteniendo el aliento abrió la máscara, quitó la conexión del mezclador de aire que llevaba y puso un par de frascos de oxinitro en su lugar, convirtiéndola de ese modo en una escafandra autónoma.

Por un momento dudó. ¿Debería informar a Jevons, o por lo menos llevar a dentro las cajas de recolección? ¡No, al diablo con todo! Esto no era la Tierra, en donde uno no puede dejar una botella de cerveza vacía sin que se la robasen. Oscar podía perder la paciencia. Los venusinos… —oh, maldita sea, les llamaría así y al diablo con la precaución científica— habían rescatado a varios en apuros, pero jamás se habían ofrecido a llevarlos sin un propósito utilitario. El pulso de Hawthorne latió con fuerza.

Volvió corriendo. Oscar estaba a nivel del muelle. Hawthorne montó sobre él, cogiéndose a la pequeña aleta cervical y apoyando la espalda contra la dorsal, potente y musculosa. El largo cuerpo resbaló desde la estación. El agua burbujeó sensual en torno a los pies desnudos de Hawthorne. Allí donde su rostro no iba enmascarado, el viento le resultaba fresco. La espuma sobre Oscar se desprendió, formando estela en el agua como una especie de adiós.

El desplazamiento era tan suave que Hawthorne se asombró al mirar hacia atrás al rato y ver la estación a unos diez kilómetros de

distancia. Entonces Oscar se sumergió.

Hawthorne se había zambullido muchas veces, tanto en el trabajo extensivo con los submarinos como dentro de las campanas. No se sorprendió ante la violenta claridad de los primeros metros, ni del enriquecimiento de la oscuridad al seguir bajando. Los peces dorados que pasaban por su lado como irisados cometas le resultaban familiares. Sin embargo, jamás había sentido el juego vivo de unos músculos entre sus muslos, y de pronto supo por qué unos pocos hombres ricos de la Tierra seguían conservando caballos.

Cuando se encontró en la fresca, silenciosa y absoluta oscuridad, notó cómo Oscar comenzaba a acelerar. Casi se vio arrojado de los lomos del cetoide por la corriente; se perdió en la aguda alegría del nado. Usando los otros sentidos en lugar de la visión, se daba cuenta de que serpenteaban a través de cuevas y cañones en las enterradas montañas. Habría pasado una hora cuando una luz brilló ante él, una chispa. Llevó otra media hora llegar a su fuente.

Con frecuencia había visto bancos de coralita luminosos…, pero jamás éste. No estaba muy lejos de la estación, dada la enormidad de las distancias venusinas; pero incluso un radio de treinta y cinco kilómetros comprendía un gran territorio y los hombres no habían tenido ocasión de estar allí. Y un arrecife ordinario en Venus era muy parecido a su contrapartida terrestre: una jungla rasgada de espigas, acantilados y grutas, una belleza fantasmal y desorganizada.

Pero aquí la coralita tenía *forma*. Una ciudad de nácar se abrió ante Hawthorne.

Después no pudo recordar qué aspecto tenía. Los formatos eran tan extraños, que su cerebro no estaba adiestrado para registrarlos. Recordó que había unas delicadas columnas como flautas, cámaras arqueadas con paredes llenas de arabescos, una pila de limpias masas en un lugar… y en otra parte una ironía gótica. Vio torres que subían en espiral como el cuerno de un narval, arcos y fortalezas de frágil filigrana…, y una unidad por encima de todo, a la vez tan ligera, tan complicada y tan fuerte como una inmensa marea que circundara el mundo, inmensa, compleja y serena.

Un centenar de especies de coralita —cada cual con su resplandor propio— estaban fundidas para hacer que el lugar

apareciera como un juego sutil de color: cálidos rojos y helados azules, y vivos verdes y amarillos contra la negrura oceánica. Y de alguna fuente, nunca supo cuál, venía un débil sonido cristalino, una continua sinfonía en contrapunto que no comprendió pero que le recordaba las flores congeladas de las ventanas de la casa donde transcurrió su infancia.

Oscar le permitió que nadara con libertad y que mirase cuanto quisiera. Vio a unos cuantos cetoides vagando también por allí, a menudo acompañados por jóvenes. Pero con evidencia, no vivían en aquel lugar. ¿Sería esto un cementerio, una galería de arte, o… alguna especie de monumento? Hawthorne no pudo descifrarlo. El sitio era de ingente extensión; llegaba hacia abajo más allá de lo que podía ver, más lejos de lo que había ido antes con peligro de que la presión le matara: por lo menos descendía un kilómetro hacia el fondo del mar. Sin embargo, este maravilloso lugar jamás habría sido hecho por ninguna razón práctica. ¿O sí? Quizá los venusinos mantuvieran lo que la Tierra había olvidado, desde los antiguos griegos: que la contemplación de la belleza es esencial para la vida meditativa.

Esa mezcla submarina de todo lo que era constructivamente hermoso, no podía ser un accidente de la naturaleza, pero tampoco había sido excavado de alguna montaña preexistente. Por muy de cerca que la mirase, el fuego sin llamas no entorpecía su visión con el brillo y Hawthorne no encontró rastros de cincel o de molduras. Sólo pudo decidir que de algún modo desconocido la raza de Oscar había creado aquella cosa.

Se perdió en las bóvedas. Fue Oscar quien finalmente le dio un golpecito… para recordarle que sería mejor que volviera, antes de que le escaseara el aire. Cuando llegaron al muelle y Hawthorne hubo descendido, Oscar pasó su morro por el pie del hombre, muy brevemente —como un beso—, y luego armó un tremendo ruido con su salpicadura.

5

Cerca de la hora cuarenta y tres del período de luz diurna, volvieron las lanchas. En su mayoría habían estado en turno rutinario; traían unas cuantas docenas de descubrimientos, libretas e instrumentos llenos de datos para ser examinados y quizá comprendidos. Los hombres desembarcaron cansados, descargaron las naves, colocaron sus hallazgos en orden y salieron para comer y descansar. Más tarde llegarían las sesiones comentadas.

Win Dykstra y Jimmy Cheng-Tung habían vuelto más pronto que la mayoría, con miles de metros grabados. Hawthorne supo de una manera general lo que habían estado haciendo. Mediante sismógrafos, ondas sónicas, estudios del núcleo, análisis minerales, medidas de la temperatura y de la radioactividad y un centenar de otras facetas, trataban de comprender la estructura interna del planeta. Formaba parte de un antiguo enigma; Venus tenía el ochenta por ciento de la masa de la Tierra y su composición química era casi idéntica.

Los dos planetas deberían haber sido gemelos. En cambio, el campo magnético venusino era tan débil que las brújulas de hierro resultaban inútiles; la superficie era tan lisa que ninguna tierra se alzaba por encima del agua; la actividad volcánica y sísmica no sólo era mínima, sino que se mostraba inobjetablemente distinta en sus medios de expresión; flujos de lava y ondas de choque aquí tenían sus propias leyes. Las rocas eran de tipos singulares y de distribuciones también raras. Y había una galaxia de otros tecnicismos que Hawthorne no intentó seguir.

Jevons había observado ya que por algún motivo Dykstra se encontraba más y más excitado en las últimas semanas. El holandés era un científico del tipo precavido, que jamás decía una palabra

sobre sus resultados hasta que los consideraba seguros y por encima de toda discusión. Se había pasado días sin fin metido en cálculos. Cuando alguien finalmente insistía en ocupar la computadora, Dykstra a menudo continuaba calculando con un lápiz. Era de suponer que se encontraba en buen camino para resolver el problema geológico de Venus.

—¿O el afroditológico? —había murmurado Jevons—. Pero conozco a Win. Hay algo más detrás de esto que la curiosidad, o la posibilidad de la gloria. Tiene algo importante entre manos, y muy cerca de su corazón. ¡Espero que no le lleve demasiado tiempo!

Hoy Dykstra había bajado precipitadamente las escaleras y jurado que nadie ocuparía el computador hasta que hubiera terminado. Cheng-Tung permaneció por allí durante un rato, le trajo bocadillos y finalmente subió a cubierta con el resto de la gente para ver el regreso de Shorty McClellan.

Hawthorne le interrogó:

—Eh, Jimmy —dijo—. No necesitas mantener esa conducta misteriosa. Te encuentras entre amigos.

El chino sonrió.

—No tengo derecho a hablar —dijo—. Soy sólo el aprendiz. Cuando tenga mi doctorado, entonces me oirás conversar. Luego desearás que hubiera conservado algo de la inescrutabilidad propia de los orientales.

—Sí, pero… infiernos, es esperable que vayáis pergeñando un contorno general —dijo Hawthorne—. Tengo entendido que Win ha estado calculando con anticipación qué clase de datos debería conseguir si su teoría fuera cierta. Ahora está reduciendo esas especulaciones deductivas para compararlas. Así que, ¿cuál es su teoría?

—No hay nada secreto en esencia —contestó Cheng-Tung—. Es sólo una confirmación de una hipótesis hecha hace más de un centenar de años, antes de que nadie hubiera siquiera abandonado la Tierra. La idea es que Venus tiene un núcleo distinto al de nuestro planeta, y esto explicaría las grandes diferencias que hemos observado. El doctor Dykstra ha estado elaborándolo y los datos hasta ahora han confirmado sus suposiciones. Hoy tomamos lo que pueden ser las mediciones cruciales; principalmente los ecos sísmicos de las bombas de profundidad que hicimos estallar en los

pozos submarinos.

—Hum. Sí, sé algo de eso.

Hawthorne miró hacia el océano. No se veían cetoides. ¿Habrían bajado a su hermosa ciudad? Y de ser así, ¿por qué? Es algo bueno que las preguntas no encuentren respuesta, se dijo. Si no hubiese ya más enigmas en Venus, no sabría qué hacer con su vida.

—El núcleo aquí se supone considerablemente más pequeño y menos denso que el de la Tierra, ¿verdad? —prosiguió.

No era muy grande su curiosidad, pero quería entablar conversación mientras esperaban a la espacionave. El joven chino había arribado en el mismo navío que se llevó a Hawthorne a casa de permiso. Ahora estarían juntos largo tiempo, y resultaba adecuada una rápida amistad. Le parecía de todas maneras un individuo simpático.

—Cierto —asintió Cheng-Tung—. Aunque «supuesto» es una palabra equívoca. La acepción general fue demostrada de manera satisfactoria hace algún tiempo. Desde entonces el doctor Dykstra ha estado estudiando los detalles.

—Me parece haber oído en algún lugar que Venus podría carecer en absoluto de núcleo —dijo Hawthorne—. No hay bastante masa para que efectúe la presión suficiente, o algo por el estilo. El planeta debería tener un continuo carácter rocoso hasta el centro, como Marte.

—Su memoria no es del todo correcta —afirmó Cheng-Tung; el sarcasmo era gentil e inofensivo—. En realidad, la situación resulta una pizca complicada. Vea, si se utilizan las leyes cuánticas para calcular la curva de presión en el centro de una masa planetaria, no se obtiene una cifra sencilla. Hasta las ocho décimas partes de una masa terrestre, la relación sube en forma normal, pero hay un cambio que se ha llamado el punto Y. La curva se aplana, como si la masa fuese decreciendo con el aumento de presión, y sólo después de que ha retrocedido una cierta cantidad, equivalente al dos por ciento de la masa terrestre… la curva reasume una segura elevación.

—¿Qué ocurre en ese punto Y? —preguntó Hawthorne bastante distraídamente.

—La fuerza es lo bastante importante para empezar a colapsar la materia central. Primero los cristales, que ya han asumido su forma

más densa posible, se rompen por completo. Y luego, cuando más masa se añade al planeta, los átomos mismos colapsan. No su núcleo, claro; eso requeriría una masa del orden de la de una estrella. Pero las órbitas de los electrones se ven aplastadas a su mínima expresión. Sólo cuando esta etapa de degeneración cuántica se ha alcanzado, cuando los átomos ya no ceden más, y forman una sopa con los núcleos, con una gravedad específica mayor que diez… sólo entonces aumentará de nuevo la masa con una elevación firme en la presión interna.

—Ejem…, sí. Recuerdo haber oído a Win hablar de eso, hace algún tiempo. Pero nunca le gustaba conversar gratuitamente, excepto ante unos cuantos especialistas. De otro modo se hubiera producido un debate sobre la historia. Supongo, pues, que Venus tiene un núcleo que no se ha desplomado tanto como podía haber ocurrido, ¿verdad?

—Exactamente. A la temperatura interna que posee, Venus apenas ha superado el punto Y. Si se añadiera algo más de masa a este planeta de alguna manera, su radio disminuiría en lugar de aumentar. Esto, aunque no muy incidentalmente, explica bastante bien las peculiaridades observadas. Se puede ver cómo la concreción del material al principio, cuando se formaron los planetas, llegó a un punto en donde Venus empezó a hundirse… y luego, tan rápido como ocurrió, se detuvo, no llegando a la densidad máxima del núcleo y por tanto a un rápido incremento del tamaño, como sucedió en la Tierra.

»Esto significa un planeta liso, sin masas que se proyectaran hacia arriba para llegar a la hidrosfera y formar continentes. Al no haber rocas al descubierto, no habría necesidad de extraer del aire todo el
CO_2.
Así, la vida evolucionó en una atmósfera distinta. El manto relativamente grande, y el núcleo de baja densidad, conducen a una sismología no terrestre, a una vulcanología y a una mineralogía distintas. El núcleo de Venus es menos conductivo que el de la Tierra, porque la conductividad tiende a aumentar con la degeneración… así que las corrientes circulan en él de modo mucho menor, son más pequeñas. Por tanto, he aquí la explicación del débil magnetismo planetario.

—Muy interesante —exclamó Hawthorne—. Pero… ¿por qué es un gran secreto? Quiero decir, es una buena pieza de trabajo, pero todo lo que han demostrado es que los átomos de Venus obedecen a las leyes cuánticas. Eso no puede ser una sorpresa que abrume al universo.

El cuerpecito de Cheng-Tung se estremeció.

—Ha sido más difícil de lo que cualquiera podría sospechar —dijo—. Pero sin embargo, resulta cierto. Nuestros datos revelan ahora en forma inequívoca que Venus tiene precisamente el tipo de núcleo que podría tener… bajo las actuales condiciones.

Puesto que Cheng-Tung había pedido a todos durante las horas nocturnas que corrigiesen cualquier error de su excelente inglés, el americano dijo:

—Querrá decir, el tipo de núcleo que debiera tener.

—Quise decir lo que dije, y no es una equivocación de lenguaje —la sonrisa era abrumadora;
Chen-Tung
se incorporó y efectuó unos cuantos pasos de danza—. Pero es la criatura del doctor Dykstra; dejémosle que la cuide él —y bruscamente cambió de conversación.

Hawthorne se sintió turbado, pero dejó de lado toda emoción. A poco el transbordador de McClellan destelló de entre las nubes y amerizó. Era una visión bastante espléndida, pero Hawthorne se encontró mirándola con sólo medio ojo. Aún se encontraba bajo el océano, en el templo vivo de los venusinos.

Varias horas después de ponerse el sol, Hawthorne puso un manojo de informes sobre su escritorio. Chris Diehl y Mamoru Matsumoto habían hecho un trabajo soberbio. Incluso en este primer estado de investigaciones, su concepto de la simbiosis enzimática ofrecía posibilidades más allá de toda imaginación. Aquí estaba el trabajo de un siglo de la ciencia del porvenir. Y de ese trabajo se obtendría una visión interior más profunda de los procesos vitales —incluyendo los de la Tierra—, algo de tal categoría que colmaba las esperanzas más ambiciosas de los hombres.

¿Quién podría decir qué beneficios prácticos se extraerían? La perspectiva le dolía en el corazón. Hawthorne ya se había dado cuenta de lo poco que él mismo podía hacer. Si al menos de una

manera brumosa pudiera comenzar a imaginar —si no comprender — cómo los venusinos habían creado aquella cosa adorable debajo de las aguas… Pero una persona sólo puede concentrarse en una cosa cada vez. Hawthorne dejó su despacho y caminó por la pasarela hacia la sala de guardia.

La estación murmuraba en su torno. Vio a cierto número de los cincuenta hombres trabajando. Algunos se dedicaban a tareas rutinarias, el mantenimiento de los aparatos, escoger y apilar las mercancías comerciales y otras cosas por el estilo. Otros manipulaban felices los tubos de ensayo, microscopios, espectroscopios y algún equipo menos comprensible. O se recostaban en los bancos de laboratorio, tomando café cerca de un quemador Bunsen mientras discutían, o se sentaban en la cubierta con la pipa en la boca, las manos tras la cabeza y meditando. Aquellos que se fijaron en Hawthorne le saludaron al pasar. La propia estación le murmuraba cosas familiares: los motores, los ventiladores, un débil vibrar de las siempre agitadas aguas que le rodeaban.

Era estupendo volver a casa.

Hawthorne subió por una escalerilla, llegó a otro corredor y entró en la sala de guardia. Jevons estaba sentado en un rincón, con su bienamado Montaigne. McClellan y Cheng-Tung estaban jugando a los dados. Por otra parte, la gran habitación se encontraba desierta. Su pared transparente abierta a los mares —que esa noche eran casi negros— parecía estar lanceada por una rara luminosidad.

El cielo parecía hecho de capas infinitas de azul y gris. Una bruma baja difuminaba la aurora, y una tempestad de lluvia se acercaba desde el oeste con su negrura y relampagueo. El único signo de vida era una serpiente marina de quince metros, retorciéndose rápidamente de un horizonte a otro, con sus crestadas mandíbulas goteando fosforescencia.

McClellan alzó la vista.

—Hola, Nat —dijo—. ¿Quieres sentarte con nosotros?

—¿Después de pasar un permiso en la Tierra? —contestó Hawthorne—. ¿Y qué utilizaría como dinero? —fue hasta la cafetera y se sirvió una taza.

—Ocho más de Decatur —cantó Jimmy Cheng-Tung—. Vamos, muchachos, veamos lo buena que es la distribución del viejo

Maxwell.

Hawthorne se sentó a la mesa. Aún se preguntaba cómo dar la noticia acerca de Oscar y del lugar sagrado. Debía haber informado inmediatamente a Jevons, pero se sintió turbado durante horas después del regreso, y luego la falta de palabras adecuadas formó una barrera. Estaba demasiado acostumbrado a no mostrar emociones para querer hablar de ello en absoluto.

Sin embargo, tenía preparadas algunas conclusiones lógicas. Los venusinos eran por lo menos tan inteligentes como los constructores del Taj Mahal; finalmente habían decidido que los forasteros bípedos eran capaces de ver algo y posiblemente tenían las riquezas totales de un planeta y los misterios propios para mostrar en ocasiones especiales. Hawthorne se quemó la lengua con el negro café.

—Capitán —dijo.

—¿Sí? —Jevons dejó el volumen, paciente como siempre ante cualquier interrupción.

—Algo ocurrió hoy —anunció Hawthorne.

Jevons le miró con interés. Cheng-Tung terminó una tirada, pero no se movió más, ni tampoco McClellan. Afuera podía oírse la pesada modorra de las olas y del creciente viento.

—Adelante —le invitó por último Jevons.

—Estaba en el muelle comercial, y mientras me encontraba plantado allí…

Entonces entró Win Dykstra; sus zapatos resonaron sobre el suelo metálico. La voz de Hawthorne vaciló hasta cerrarse en el silencio. El holandés dejó caer cincuenta hojas de papel grapadas sobre la mesa. Parecía que fueran clasificadas, y la manera de arrojarlas semejó a lanzar un guante en gesto de desafío, pero sólo respondió el viento.

Los ojos de Dykstra destellaban.

—Lo tengo —dijo.

—¡Por Dios! —estalló Cheng-Tung.

—¿Qué diablos? —preguntó Jevons con su temblorosa voz de viejo.

—Querrá usted decir qué no diablos —corrigió McClellan. Pero la tensión creció en él mientras miraba a Dykstra.

El geofísico paseó los ojos por todos ellos durante varios

segundos. Soltó una risa seca.

—Traté de elaborar una conveniente frase dramática —dijo—, pero no se me ocurrió ninguna. Lo lamento por los historiadores.

McClellan cogió los papeles, se estremeció y los volvió a dejar caer.

—Mirad, compañeros… todo está muy bien, pero mantengámonos dentro de la razón —dijo—. ¿Qué significan esos garabatos?

Dykstra sacó un cigarrillo e hizo toda una ceremonia del encenderlo. Cuando tuvo los pulmones llenos de humo, dijo tembloroso:

—He pasado las últimas semanas elaborando los detalles de una vieja hipótesis poco conocida, hecha primero por Ramsey en el año 1951; la he aplicado a las condiciones de Venus. Los datos obtenidos aquí se acaban de revelar por sí mismos como final y definitiva prueba de mis asertos.

—Bueno, no hay ningún hombre en este planeta que no espere conseguir el premio Nobel —dijo Jevons.

Pero su triquiñuela para aliviar la tensión no dio resultado en esta ocasión. Dykstra le apuntó con el cigarrillo como un arma y respondió:

—Eso no me importa. Lo que me interesa principalmente es el proyecto de ingeniería más significativo de toda la historia.

Aguardaron. Hawthorne comenzó a sentir frío, aunque sin saber el motivo.

—La colonización de Venus —dijo Dykstra.

6

Las palabras de Dykstra rodaron en el silencio como si hubiesen sido lanzadas a un pozo. Y luego, como una salpicadura, Shorty McClellan dijo:

—¿Eh? ¿No está cerca de casa la fosa de Mindanao?

A Hawthorne se le derramó el café caliente sobre los dedos.

Dykstra comenzó a pasear, arriba y abajo, fumando a breves y nerviosas chupadas. Sus palabras resonaban:

—El motivo básico para el rápido ocaso de la civilización terrestre es lo que nosotros llamamos entumecimiento: cada día tenemos más habitantes y menos recursos. Ya no hay extranjeros exóticos para desafiar y estimular cualquier espíritu fronterizo… no, sólo podemos sentarnos y esperar una eventual e inevitable guerra civil atómica. Pero… ¡qué distinto sería si tuviésemos algún sitio donde ir! Oh, uno no podría aliviar mucho la presión de la población mediante la emigración a otro planeta… aunque una gran demanda para tal transporte reportaría con toda seguridad más y mejores espacionaves, y también más económicas. Pero el hecho de que el hombre pudiera irse, fuese como fuese, quizás a endurecerse con aspiraciones, pero seguramente hacia una libertad y una oportunidad… constituiría una gran diferencia, incluso para los que se quedasen en casa.

»En el peor de los casos, si la civilización en la Tierra debe morir, sus mejores elementos estarían en Venus, llevando hacia adelante lo que es bueno, y olvidándose de lo que fue malo. Una segunda oportunidad para la humanidad… ¿Me comprendéis?

—Al menos, es una teoría agradable —contestó Jevons despacio —. Aunque aplicada a Venus… No, no me imagino una colonia permanente obligada a vivir en complicadas casas flotantes y a usar

máscaras para salir al exterior. No se sostendría.

—Pues claro que no —dijo Dykstra—. Por eso hablé de un proyecto de ingeniería: la transformación de Venus en otra Tierra.

—¡Eh, aguarda un momento! —exclamó Hawthorne, saliendo disparado y poniéndose en pie de un salto.

Nadie le hizo caso. Para ellos, en aquel momento, sólo tenía realidad el hombre moreno, que hablaba como un profeta. Hawthorne crispó los puños y volvió a sentarse, haciendo un esfuerzo.

Dykstra dijo a través de un velo de humo:

—¿Conocéis la estructura de este planeta? Su masa queda apenas más allá del punto Y…

Incluso entonces, McClellan tuvo que decir:

—No, no lo sé. ¿De qué punto hablas?

Pero fue automáticamente ignorado. Dykstra estaba mirando a Jevons, que asentía. El geofísico continuó rápidamente.

—Ahora bien, en la región en donde la presión de la masa retrocede en su curva, no hay una función de un único valor. Un planeta con la masa de Venus tiene tres posibles presiones centrales. Una de ellas es la que posee actualmente, correspondiendo a un núcleo pequeño de acreción comparativamente baja y un gran manto rocoso. Pero hay también una situación de presión más alta, en donde el planeta tiene un gran núcleo degenerado, y por tanto una mayor densidad total y un radio más pequeño. Y, en el otro lado del punto Y, está la situación de una presión central más baja. Eso es cuando el planeta no tiene un verdadero núcleo, sino que, como Marte, está simplemente formado con capas de roca y magma.

»Ahora bien…, una condición tan ambigua resulta inestable. Es preferible para el pequeño núcleo que tenemos aquí el cambiar de fase. Esto no sería posible en la Tierra, que tiene demasiada masa, o en Marte, que no tiene la suficiente. Pero Venus está muy próximo al punto crítico. Si el manto inferior se desplomara para producir un núcleo mayor y un radio total más pequeño, la energía sería emitida primero como vibraciones y después como calor.

Hizo una pausa, como para dar peso a sus palabras.

—Por otra parte, si los átomos actualmente colapsados del núcleo pequeño se calentaran a un alto nivel de energía, se producirían ondas de explosión que viajarían hasta la superficie, la

destrucción a una verdadera escala astronómica… y, cuando las cosas se hubieran calmado, Venus sería mayor y menos denso que ahora, sin ningún núcleo en absoluto.

—¡Aguarda un momento, camarada! —exclamó McClellan—. ¿Quieres decir que esta maldita pelota de golf es capaz de estallar bajo nosotros en cualquier momento?

—Oh, no —contestó Dykstra, más calmado ahora—. Venus posee una masa demasiado poco por encima de la crítica para que existan esas temperaturas. La condición de su núcleo es más metaestable que inestable, y no habría motivo para preocuparnos durante centenares de millones de años. E incluso si la temperatura aumentara lo suficiente para causar una expansión, no sería del todo tan violenta como creía Ramsey, porque la masa venusina es mayor que su valor del punto Y. En realidad, la posible explosión no arrojaría mucha materia al espacio. Pero, con seguridad, serviría para hacer emerger continentes.

Hawthorne estaba sentado, sumido en una pesadilla. Afuera se alzó el viento, y la tempestad se acercó más a través del mar.

—¡Eh! —ahora era Jevons. Se había puesto en pie de un salto—. Quieres decir… un radio planetario incrementado, y regularidades apareciendo en la superficie…

—Y la salida de las rocas más ligeras —añadió Dykstra asintiendo—. Todo está aquí, en mis cálculos. Incluso puedo predecir la zona aproximada de tierra seca resultante: casi igual que la de nuestro planeta Tierra. Las rocas recién aparecidas consumirían el dióxido de carbono en cantidades importantes, para formar carbonatos. Al mismo tiempo, las bacterias especialmente desarrolladas de vida terrestre fotosintética, muy parecidas a aquellas que utilizamos ahora para mantener limpio el aire de las espacionaves, se mostrarían también.

»Eso produciría y liberaría oxígeno en cantidad, hasta que se produjese un equilibrio. Puedo demostrar que es factible de hacerlo idéntico al que ahora existe en la atmósfera de la Tierra. El oxígeno formará una capa de ozono, bloqueando así el ahora peligroso nivel de radiación ultravioleta. Eventualmente, tendríamos otra Tierra. Más cálida, claro… pero un clima más suave que el de ahora, que es demasiado cálido para el hombre… nuboso todavía, porque se encuentra más próximo al sol… pero, no obstante, ¡una nueva

Tierra!

Hawthorne se sacudió, tratando de encontrar las fuerzas que parecían haberse evaporado de su persona. Pensó con torpeza que una buena objeción terminaría con todo y luego podría despertar.

—Alto ahí —dijo, con la voz de un extraño—. Es una idea inteligente, pero este proceso del que hablas… quiero decir… de acuerdo, quizá podrían alzarse continentes en cuestión de horas o días, pero cambiar la atmósfera… eso llevaría millones de años. Demasiados para que sirviera de algo a los humanos.

—Ah, no —contestó Dykstra—. También he investigado eso. Hay cosas tales como los catalíticos. Además, el crecimiento de los microorganismos bajo condiciones favorables, y sin ningún enemigo natural, no presenta dificultades. Utilizando sólo técnicas conocidas, calculo que Venus podría hacerse lo suficientemente seguro para que un hombre caminara desnudo por su superficie, en… digamos… unos cincuenta años.

»De hecho, si quisiéramos invertir más esfuerzo, volcarnos de lleno a las investigaciones, podría acelerarse el proceso. Para estar seguros, luego debería venir el moler las rocas para convertirlas en tierra, la fertilización y la siembra, el lento y penoso establecimiento de una ecología. Pero eso, de nuevo, necesita sólo iniciarse. Los primeros colonos en Venus podrían fabricarse unos oasis de kilómetros de amplitud, y después extenderlos a su gusto. Utilizando plantas especializadas, puede incluso practicarse la agricultura en el desierto original.

»La vida oceánica se extendería mucho más rápidamente, claro, y sin cuidados humanos de ninguna clase. He aquí que los futuros venusinos no tardarían en poder dedicarse a la pesca y a la pedagicultura. He hecho algunos cálculos para mostrar que el desarrollo del planeta podría incluso exceder al crecimiento de la población. Los primeros que viniesen tendrían esperanza… ¡Sus nietos poseerían riqueza!

Hawthorne se arrellanó.

—Ya hay venusinos —murmuró.

Nadie le oyó.

—Dime —objetó McClellan—, ¿cómo te propones hinchar este balón, en primer lugar?

—¿No es evidente? —contestó Dykstra—. Incrementando la

temperatura del núcleo se puede conseguir la presión necesaria para impulsar unas cuantas toneladas de materia en un estado de alta energía. Esto rebajaría la presión lo bastante para disparar el resto. Una sola bomba de hidrógeno, lo bastante grande y en el mismísimo centro del planeta lo conseguiría. Puesto que por desgracia eso no es factible, debemos perforar pozos de varios miles de kilómetros en el fondo del océano y producir simultáneamente explosiones nucleares en todos ellos.

»Sería suficiente para hacer el trabajo. Resultaría un escasísimo desplome de sólidos en la atmósfera, y lo que flotase se asentaría de nuevo en pocos años. Las bombas son asequibles, y de hecho, existen ya en cantidades mayores a las que serían necesarias para este proyecto. ¿No sería éste un uso mejor que emplearlas para destruir la vida humana?

—Y ¿quién pagaría la cuenta? —preguntó Cheng-Tung inesperadamente.

—Cualquier gobierno que tuviera la previsión… o quizá todos los gobiernos de la Tierra podían entrar juntos en el problema. No me interesa mucho eso. Los regímenes y las políticas se acaban, las naciones mueren, las culturas se olvidan. Pero yo quiero asegurarme de que el ser humano sobrevivirá. El coste por bomba sería muy grande… pero comparable, como máximo, al de un satélite militar, y la recompensa resultaría enorme incluso en los plazos más codiciosos e inmediatos. Considerad que las riquezas del uranio y de otros materiales, ahora escasos en la Tierra, se convertirían en accesibles…

Dykstra se volvió hacia la pared transparente. La tempestad les había alcanzado. Bajo los flotadores de la estación el mar había enfurecido, y golpeaba y desmembraba su propia superficie en radiante espuma. La profunda y enorme fuerza de aquellos golpes viajaba por el acero y el cemento como la acción de los músculos en los hombros de un gigante. La lluvia comenzó a caer a grandes láminas sobre la cubierta. Un relampagueo continuo destelló en torno a la flaca figura de Dykstra y el trueno sonó abrumador.

—Un mundo nuevo… —murmuró.

Hawthorne volvió a incorporarse. Se inclinó hacia adelante con los dedos apoyados sobre la mesa; los sintió fríos. Su voz aún sonaba como procedente de un ser extraño.

—No —dijo—. Absolutamente no.

—¿Eh? —Dykstra, ensimismado contemplando la tempestad, se volvió casi de mala gana—. ¿Qué hay de malo, Nat?

—Esterilizarías un planeta vivo —dijo Hawthorne.

—Bueno…, es cierto —admitió Dykstra—. Sí. Sería sin dolor, sin embargo. La primera onda de choque destruiría a todos los organismos antes de que tuviesen tiempo de notarlo.

—Pero… ¡eso es asesinato! —gritó Hawthorne.

—Vamos, vamos —le dijo Dykstra—. No nos pongamos sentimentales. Reconozco que sería una lástima destruir una vida tan interesante, pero cuando los niños se mueran de hambre y una nación tras otra caiga en el despotismo… —se encogió de hombros y sonrió.

Jevons, de nuevo sentado, acarició con su flaca mano el libro como si recordara a un amigo muerto quinientos años atrás, a juzgar por la pena que reflejaba su rostro.

—Esto es demasiado súbito para digerirlo, Win —dijo—. Tienes que darnos tiempo.

—Oh, habrá bastante tiempo, años —contestó Dykstra. Soltó una carcajada—. Primero mi informe debe ir a la Tierra y ser publicado, y debatido, y divulgado, y retorcido; luego enviarán elaboradas expediciones para hacer mi trabajo una y otra vez, y aún lo discutirán y… No hay miedo, pasará por lo menos una década antes de que se haga algo práctico. Y después de eso…, nosotros los de la estación, con nuestra experiencia, seremos del todo vitales para el proyecto.

—Cáscaras —exclamó McClellan, hablando livianamente para ocultar lo que sentía—. Yo deseaba almorzar en una excursión y ver cómo el planeta crecía el próximo cuatro de julio.

—No sé —Jevons se quedó mirando al vacío—. Hay una cuestión de… ¿prudencia? Llamadlo como queráis, pero Venus puede enseñaros mucho tal y como es. Un millar de años no es demasiado para estudiar todo lo que hay aquí. Podemos ganar unos pocos continentes al precio de comprender lo que es la vida, o los medios para la inmortalidad… si eso es la meta deseada… o quizás una filosofía. No lo sé.

—Bueno, es discutible —admitió Dykstra—. Pero dejemos que la humanidad lo resuelva, pues.

Jimmy Cheng-Tung sonrió a Hawthorne.

—Creo que el capitán tiene razón —dijo—. Y comprendo su punto de vista, como científico. No es noble que le arrebaten a uno el trabajo de toda una vida. Ciertamente discutiré en favor de esperar por lo menos cien años.

—Eso puede ser demasiado —previno Dykstra—. Sin alguna válvula de escape, la civilización tecnológica en la Tierra puede que no dure otro siglo…

—¡Vosotros no comprendéis! —les gritó Hawthorne a todos, mientras les miraba a los ojos.

La mirada de Dykstra en particular captó la luz de tal manera, que parecía un cráneo con dos círculos blancuzcos en vez de ojos. Hawthorne tenía la sensación de que estaba hablando a un grupo de sordos… o a hombres ya muertos.

—No comprendéis —repitió—. No se trata de mi trabajo, ni de la ciencia, ni de nada por el estilo; no es eso lo que me preocupa. Es el brutal acto de asesinato. El asesinato a una raza entera, y además inteligente. ¿Os gustaría que vinieran seres de Júpiter y se les antojase dar a la Tierra una atmósfera de hidrógeno? Dios mío, ¿qué clase de monstruos somos, que podemos pensar seriamente en tal cosa?

—¡Oh, no! —murmuró McClellan—. Ya volvemos a las mismas. El sermón veintiocho B. Lo escuche todo al venir desde la Tierra.

—Por favor —le atajó Cheng-Tung—. La cosa es importante.

—Los cetoides presentan un problema embarazoso —admitió Jevons—. Aunque no creo que ningún científico se haya puesto jamás a la vivisección… incluso al uso de parientes próximos como los monos… en beneficio de la humanidad.

—¡Los cetoides no son monos! —protestó Hawthorne, sus labios blanqueándose—. ¡Son más humanos de lo que vosotros podéis serlo!

—Aguarda un momento… —dijo Dykstra; dejó su contemplación del relampagueo y se dirigió a Hawthorne. Su rostro había perdido su gloria: estaba interesado—. Me doy cuenta de que tienes tus opiniones acerca de esto, Nat. Pero después de todo, no posees pruebas…

—¡Sí! —jadeó Hawthorne—. Por último las obtuve. He estado preguntándome todo el día cómo contároslo, pero ahora puedo

hacerlo.

Lo que Oscar le había enseñado se había convertido en palabras, entre estallidos de los truenos. Al final, incluso la galerna pareció detenerse y por un rato sólo la lluvia y el rugido de las olas mar abajo rompía el silencio. McClellan se miraba con fijeza las manos, que se retorcían con algo entre los dedos; Cheng-Tung se frotaba la barbilla y sonreía con escasa felicidad. Jevons, sin embargo, parecía sereno y resuelto. Dykstra era más difícil de leer; su rostro chisporroteaba de una expresión a otra. Finalmente se abstrajo afanándose en encender un nuevo cigarrillo.

Cuando el silencio se hizo excesivo, Hawthorne dijo:

—¿Y bien? —las palabras le salieron como rotas.

—Esto en verdad da otro aspecto al asunto —dijo Chang-Tung.

—No es ninguna prueba —repuso Dykstra—. Fijaos en lo que hacen las abejas y ciertos pájaros en la Tierra.

—Eh —exclamó McClellan—. Cuidado, o terminarás demostrando que nosotros los humanos somos simplemente hormigas glorificadas.

—Exactamente —afirmó Hawthorne—. Mañana os llevaré en un submarino para enseñároslo, si el propio Oscar no quiere guiarnos. Añadid a este descubrimiento todos los demás detalles que hemos conseguido y, maldito sea, ya no podréis negar que los cetoides son inteligentes. No piensan exactamente como lo hacemos nosotros, pero por lo menos piensan también correctamente.

—Y sin duda nos podrían enseñar muchísimo —colaboró Cheng-Tung—. Considerad lo mucho que vuestra gente y la mía han aprendido una de otra… y eran de la misma especie.

Jevons asintió.

—Desearía que me hubieran contado eso antes, Nat —dijo.

—Claro que no habría habido discusión.

—Oh, bien —dijo McClellan—, me parece que tendré que volver a disparar cohetes el cuatro de julio.

La lluvia, impulsada por el viento, susurraba contra la pared. El relampagueo azul blancuzco seguía todavía, pero el fragor del trueno se alejaba. El mar estaba recubierto de salvajes fuegos congelados.

Hawthorne miró a Dykstra. El holandés estaba tenso como un cable. Hawthorne notó cómo sus articulaciones relajadas por un

momento tornaban a ponerse tensas.

—¿Y bien, Win? —preguntó.

—Oh, seguro, seguro… —contestó Dykstra; se había puesto pálido. El cigarrillo pendía olvidado en sus labios—. Sigo sin estar absolutamente convencido, pero… puede deberse a mi propio desencanto. La posibilidad de un genocidio es demasiado grande para aceptarla.

—Buen muchacho —sonrió Jevons.

Dykstra se dio un puñetazo en la palma de la otra mano.

—Pero… mi informe —dijo—. ¿Qué haré con mi informe?

Había tanto dolor en su voz que Hawthorne se sintió impresionado, aun cuando el ecólogo sabía que esa cuestión tenía que plantearse.

—Bueno, sigue siendo una bonita muestra de investigación, ¿no? —dijo McClellan, sobresaltado.

Cheng-Tung tradujo en palabras el horror que todos sentían:

—Me temo que deberíamos suprimir el informe, doctor Dykstra —dijo—. Lamentablemente nuestra especie no puede recibir tal información, porque no es de confianza.

Jevons se mordió el labio.

—Me sabe mal aceptar eso que dices —dijo—. No querríamos exterminar a cien mil millones de seres racionales a sangre fría y deliberadamente por nuestra propia… conveniencia.

—Hemos hecho cosas similares con bastante frecuencia en el pasado —dijo Dykstra en tono duro.

He leído bastante de historia para darme cuenta de lo que ocurriría, pensó Hawthorne. Y comenzó a tamborilear los dedos. Troya. Jericó. Cartago. Jerusalén. Los Albigenses. Buchenwald. Ya basta por ahora, pensó, sintiendo deseos de vomitar.

—Pero seguramente… —comenzó Jevons—. Por ahora, al menos…

—Apenas creo posible que estas consideraciones humanísticas puedan triunfar en la Tierra una década o dos —dijo Dykstra—. El incremento de la brutalidad me da pocas esperanzas de que transcurra incluso ese tiempo, así que no nos queda más remedio que asumirlo. Sin embargo… ¿un siglo? ¿Un milenio? ¿Cuánto tiempo podemos vivir en nuestra creciente pobreza teniendo tal tentación al alcance de la mano? No creo que toda una eternidad.

—Si se llegara a considerar una elección entre ocupar Venus y ver cómo nuestra civilización se hundía —dijo McClellan—, francamente, yo mismo diría que lo sentía por Venus, pero que primero son los míos. Tengo esposa e hijos.

—Alegrémonos, pues, de que la elección no vaya a ser una cosa clara y vital durante nuestro tiempo de vida —dijo Cheng-Tung.

Jevons asintió. De pronto se había convertido en un anciano, cuyo trabajo se acercaba al final.

—Tienes que destruir ese informe, Win —dijo—. Totalmente. Ninguno de los presentes dirá jamás una palabra sobre él.

Y ahora Hawthorne deseaba llorar, pero no pudo. Había en él una barrera, como si su garganta se negara cerrándose. Dykstra aspiró una profunda bocanada de aire.

—Por fortuna —dijo—, he mantenido la boca cerrada. Ni un indicio se me ha escapado. Sólo confío que la compañía no me despedirá por creerme perezoso y no haber producido nada durante todos estos…

—Me encargaré de que eso no ocurra, Wim —dijo Jevons. Su tono resultó inmensamente gentil bajo el estrépito de la lluvia.

Las manos de Dykstra temblaban un poco, pero arrancó la primera hoja de su informe, la arrugó, y en un cenicero les prendió fuego una a una.

Hawthorne salió corriendo de la habitación.

7

El aire era frío, en contraste con las horas diurnas. La borrasca había pasado y sólo caía una tierna lluvia, que resbalaba sobre su piel desnuda. En ausencia del sol podía salir sin llevar puesto más que unos pantalones cortos y la máscara. Eso le causaba una extraña sensación de ligereza, como la de volver a ser aquel muchacho en un bosque veraniego que los hombres habían empezado a talar. La lluvia lavaba las cubiertas y caía en las aguas, dos sonidos distintos y maravillosamente claros.

Las olas aún eran fuertes; barrían y chocaban, produciendo oscuros torbellinos. En el aire brillaba debilísimo el rastro de la aurora, apenas lo suficiente para teñir el firmamento con una niebla rosácea. Pero principalmente, puesto que Nat Hawthorne había dejado tras de sí las ventanas iluminadas, la luz venía del océano, donde las olas fluían verde brillante por sus lomos y profundamente blancas en sus espumas. De trecho en trecho, un cuchillo de negrura cortaba las aguas cuando algún rápido animal emergía.

Hawthorne pasó por delante de la ametralladora instalada en el mueble comercial. El mar rompía en su torno, llegándole hasta las rodillas y salpicándole con un fulgor fosfóreo. Se agarró a la barandilla y miró hacia la lluvia, esperando que viniera Oscar.

—Lo peor es que todos tienen buena intención —dijo en voz alta.

Un ser alado pasó por encima: sólo una sombra y un susurro.

—El proverbio está equivocado —balbuceó Hawthorne.

Sus manos se crisparon en la barandilla, aunque sabía que era una esperanza vana el aguardar a que una ola le barriese de allí… y que después los venusinos recuperaran sus huesos y no aceptaran pago alguno.

—¿Quién vigilará a los vigilantes? Sencillo: los mismos vigilantes, que de todas maneras son inútiles, si es que no son honrados. Pero… ¿qué hay de la cosa vigilada? Está en el lado enemigo. Wim y el capitán, y Jimmy y Shorty… y yo… podemos conservar un secreto. Pero la naturaleza no. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien más repita el trabajo? Estamos planeando extender la estación. Aquí habrá entonces más de un geofísico, y… y… ¡Oscar! Oscar, ¿dónde diablos estás, Oscar?

El océano le respondió, pero en un lenguaje que él no conocía.

Se estremeció, y le castañetearon los dientes. No había motivo para permanecer allí. Era perfectamente obvio lo que tenía que hacer. La visión del rostro feo y amistoso de Oscar no le facilitaría de ninguna manera la tarea. Incluso podría dificultarla. Imposibilitarla, quizás.

Oscar podría retornarme a la cordura, pensó Hawthorne. Fantasmas del trueno sinaico recorrieron su cráneo. No puedo hacer eso. Aún no. Oh, Dios, Señor de los seres, ¿por qué tengo que ser tan fanático? ¿Por qué no registrar mi protesta cuando se presente la cuestión, como cualquier acusador normal y decente, organizar grupos de presión, luchar con los adecuados medios legales? Oh, si el secreto dura toda mi vida, ¿por qué me ha de importar lo que pueda ocurrir después? Yo ni me enteraría.

No. Eso no basta. Necesito certeza… no de que la justicia será indefectible, porque eso es imposible, sino de que no se cometerá la injusticia. Porque estoy poseído.

Ningún hombre, pensó en aquella noche húmeda y ventosa, ningún hombre puede preveerlo todo. Pero él era capaz de hacer cálculos, y de actuar en base a ellos. Su cerebro estaba tan claro como el cristal y casi tan vivo, cuando contemplaba los datos puramente empíricos.

Si la Estación Venus dejara de rendir beneficios, el planeta no volvería a ser visitado otra vez. No al menos por muchísimo tiempo, durante el que cualquier cosa podría suceder: una raza venusina más capaz de defenderse a sí misma, o incluso una raza humana que hubiera aprendido a autodominarse. Quizá los hombres jamás volverían; la civilización tecnológica podía muy bien desmoronarse y no ser reconstruída. Quizás eso fuese lo mejor: cada planeta labrándose su propio destino.

Pero todo esto eran sólo cálculos. Habían hechos unos cuantos inmediatos a mano.

1) Si se mantiene la Estación Venus, aunque no se concretara la proyectada expansión, se repetiría con toda seguridad el descubrimiento de Dykstra. Si un hombre había encontrado el secreto alguna vez, en unos pocos años de curiosidad, otro hombre o dos o tres apenas necesitarían más de una década para abrirse paso hasta el mismo conocimiento.

2) Estación Venus era al presente económicamente dependiente de mantener cooperación con los cetoides.

3) Si la Estación Venus se arruinaba debido a la acción hostil de los cetoides, era improbable que la compañía tratase de reconstruirla.

4) Incluso si la compañía hacía tal intento, pronto volvería a ser abandonada otra vez si los cetoides realmente la boicoteaban.

5) Venus entonces sería dejado en paz.

Si uno creía en Dios y en el pecado, etc. —cosa que no le pasaba a Hawthorne—, podría argüir que el verdadero beneficiado sería la raza humana, salvada de la más penosa de las cargas pecaminosas después de aquel momento glorioso en el Gólgota.

Lo peor de esto para mí, llegó a darse cuenta Hawthorne, es que no me importa nada de la humanidad. Es a Oscar a quien quiero salvar. Y ¿cuánto odio puede esconder una especie bajo el manto del amor?

Notó oscuramente que podía haber algún modo de huir de la pesadilla. Pero el único camino que un hombre tenía para escapar —sin aletas ni oxígeno para respirar—, era volviendo por medio de la estación.

Marchó presuroso a lo largo del silencioso e iluminado corredor hasta una escalera, que descendía a las bodegas de la estación y más abajo. No había nadie por allí. Podía haber sido el último ser viviente en un universo convertido en cenizas.

Pero cuando entró en el almacén, resultó una sorpresa ver a otra figura humana allí plantada. Fantasmas, fantasmas…, ¿qué derecho tenía el fantasma de un hombre aun no muerto a caminar en este momento?

El hombre se volvió. Era Chris Diehl, el bioquímico.

—Oh, hola, Nat —dijo—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Hawthorne se humedeció los labios. El aire terrestre parecía molestarle.

—Necesitaba una herramienta —dijo—. Un taladro, sí…, un pequeño taladro eléctrico.

—Sírvete tú mismo —contestó Diehl.

Hawthorne descolgó un taladro, pero las manos le temblaban tanto que dejó caer la herramienta. Diehl le miró con fijeza.

—¿Qué te pasa, Nat? —preguntó con suavidad—. Pareces un ladronzuelo de ínfima categoría.

—Me encuentro bien —murmuró Hawthorne—. Del todo bien.

Por fin cogió el taladro y salió.

El arsenal, cerrado con llave, estaba muy abajo en el casco de la estación. Hawthorne podía sentir el océano venusino extendiéndose por encima de las planchas de cubierta. Eso le dio la suficiente fuerza para taladrar la cerradura, aboliría y entrar, para romper las cajas de explosivos y preparar una mecha. No recordaba haber instalado alguna vez una espoleta de tiempo en un detonador. Sólo sabía que tenía que hacerlo.

Su siguiente recuerdo fue estar plantado en una lancha, cargando bombas oceanográficas de profundidad en uno de los pequeños submarinos. De nuevo, nadie se agitaba. Nadie estaba allí para interrogarle. ¿Qué tenían que temer los hermanos de la Estación Venus? Hawthorne se coló en el submarino y lo maniobró, saliendo por la puerta marina. Minutos más tarde notó el choque de una explosión. No fue grande, pero hizo tanto ruido en él que quedó como sordo, y no pudo ver cómo la Estación Venus se iba a pique. Sólo después observó que había desaparecido. Las aguas formaban torbellinos por encima, y unos cuantos restos del naufragio flotaban y cabeceaban en aquel vórtice.

Consultó la brújula y se sumergió. Luego de poco, la ciudad de coral apareció por el frente. Durante un largo rato miró sus espiras, sus grutas y maravillas, hasta que el miedo le advirtió que podía serle imposible escapar y hacer lo que era necesario. Así que dejó caer sus bombas apresuradamente y notó cómo su navío se estremecía por la fuerza expansiva, y vio cómo el inmenso templo se convertía en ruinas.

Y luego recordó haber emergido. Fue a cubierta del submarino, y su piel probó la lluvia. Los cetoides se estaban reuniendo. No

podía verlos, a no ser fugazmente: una aleta o un dorso, el fósforo desprendiéndose en grandes oleadas, con un rostro visto de refilón precisamente debajo de la barandilla, casi como un nido humano en aquella luz incierta.

Se agazapó junto a la ametralladora, gritándoles, aunque ellos no podrían comprenderle y el viento borraba su voz:

—¡Tengo que hacer esto! No me queda más remedio, ¿comprendéis? ¿Cómo, sino puedo explicaros lo que mi gente es capaz de llevar a cabo, dominada por la codicia? ¿De qué otro modo puedo convenceros de que los eludáis, que hagáis lo que tenéis que hacer si queréis seguir viviendo? ¿No os dais cuenta? ¿No podéis? Pero no, no podéis, no debéis. Tenéis que aprender el odio de nosotros, puesto que jamás lo aprenderíais de vosotros mismos…

Y disparó en medio de aquella azorada masa de cetoides.

La ametralladora rugió largo rato, incluso después de que ya no existiesen más venusinos vivos en las cercanías. Hawthorne no dejó de gritar hasta que se quedó sin municiones. Luego recobró la conciencia. Su mente estaba tranquila y clarísima, como si la fiebre que le había poseído se hubiera disipado ya. Recordó las mañanas veraniegas cuando era niño; el sol matutino entraba por la ventana de su dormitorio y cruzaba hasta sus ojos. Volvió a entrar en la torreta y envió por radio un mensaje a la espacionave, hablando con la máxima coherencia posible.

—Sí, capitán, fueron los cetoides, sin ninguna posibilidad de duda. No sé cómo lo hicieron. Quizá desarmaron alguna de nuestras bombas sonda, la volvieron a traer y la hicieron estallar. Pero de todas maneras, la Estación ha sido destruida. Yo escapé en un submarino. Pude ver a otros dos hombres en una lancha abierta, pero antes de que pudiese llegar hasta ellos los cetoides les atacaron. Volcaron la lancha y mataron a los hombres mientras yo los miraba… ¡Dios, no me puedo imaginar la razón! ¡No importa el por qué! ¡Sáqueme de aquí inmediatamente!

Oyó la promesa de rescate por el transbordador, instaló una señal de localización automática y se tumbó en el camastro. Ahora ya todo ha pasado, pensó, en medio de un cansancio enorme. Ningún ser humano sabría jamás la verdad. Con el tiempo, quizá hasta él mismo la olvidara.

El navío espacial descendió al alba, cuando el firmamento se estaba convirtiendo en madreperla. Hawthorne salió a cubierta. Una docena de cadáveres venusinos flotaban a lo largo del casco. No quiso verlos… pero allí estaban, y de pronto reconoció a Oscar.

Oscar estaba boquiabierto y mirando a ciegas el firmamento. Pequeños crustáceos armados con pinzas se lo comían. Su sangre era verde.

Oh, Dios, pensó Hawthorne, existe, por favor. ¡Por favor, haz un infierno para mí!

NOCHE EXTRAHUMANA

Thomas N. Scortia

Utopía ya no era un hermoso sueño, sino una horripilante realidad. La perfección, pura, absoluta e inmutable, estaba momificando lentamente a la raza humana y el mundo se había convertido a una monstruosa vida vegetativa.

Pero en alguna parte de la oscuridad, en un tranquilo rincón de esa existencia sin tiempo, se agitaba algo nuevo y extraño.

1

—Apártese de esa ventana.

Las palabras acuchillaron los pensamientos de Kenneth Huber, esparciéndolos en irregulares fragmentos. Sus músculos se le anudaron en abrupto pánico. Durante un instante notó el aire frío en su cara. Su cuerpo se balanceó hacia el profundo abismo exterior por la abierta ventana del Edificio Universal.

Muy abajo, las achaparradas construcciones de Universal City se extendían en doliente y aguda regularidad a lo largo de las amplias avenidas que como flechas cruzaban hacia el Mississipi. Luego todo se enturbiaba, como si algo invisible tratase de empujarle hacia delante.

En un manto negro y rojo de abrumadoras náuseas trató frenético de encontrar soporte. Sus manos se cerraron sobre el fino insulglás, resbalaron… encontraron metal, se agarraron…

Cayó de rodillas, convulsionado, luchando por recobrar la consciencia.

Al cabo de una eternidad, notó los dedos de Dykeman hundiéndose salvajes en sus hombros. Luego hubo alguien a su otro lado, sosteniéndole mientras le ayudaban a instalarse en una silla.

—Maldito loco —saltó Thomas Dykeman—, ¿crees que vamos a pasarnos la siguiente hora cuidándote para hacerte recobrar de un coma?

Huber trató de enfocar la mirada en la figura vestida de verde del médico ejecutivo y en la vaga masa también detrás suyo. Al cabo de un momento pudo distinguirlos. El otro hombre era alto y delgado, casi esquelético, con finos pómulos que oprimían y dejaban tensa la piel cerúlea. Max Besser, ayudante de Dykeman… en cuyo análisis total se basó la sentencia de muerte de Huber.

—No —contestó Huber—. Yo no estaba… yo no pude…

—Tienes toda la razón de que no pudiste. Sin embargo, y un infierno que lo probaste.

Dykeman emitió un silbido de dos notas bajas y la abierta ventana cerró sus paneles rápidamente con un débil siseo. El ejecutivo hizo un gesto silencioso a Besser y el hombre se movió para marcharse.

—Por mí que no se vaya —dijo Huber.

—Max tiene trabajo.

En cuanto la forma de Besser desapareció a través del campo estático —que cerraba la habitación a la luz y el ruido de la vecina antesala—, Dykeman giró furioso.

—¡Deberías saber que no puedes suicidarte en Universal City! Aún cuando el campo heterodino no te hubiera detenido, hay una red automática fuera de la ventana.

¿Qué me pasó?, se preguntó Huber a sí mismo, con torpeza. No había tenido intención de saltar; no pudo tenerla. La sorpresa de lo que Dykeman le había dicho podía haberle hecho considerarlo, claro, pero… No, algo se apoderó de su mente y le impulsó hacia aquella caída, aún cuando se resistiera.

—Seguro —dijo, su voz aún temblorosa—. La Compañía no puede consentir que nadie muera en este mundo feliz, muy feliz.

—Al menos, no por sus propias manos —afirmó Dykeman.

Lanzó con fuerza sobre el escritorio una abultada carpeta.

—Lo siguiente que intentarás hacer, de seguro, es unirte a un club de caza…

—Quizá sea mejor eso que vivir cinco años con la muerte al acecho —dijo Huber.

Flexionó los dedos y se frotó con ellos la pierna. El ortholón de que estaba hecho el traje de arlequín que llevaba era cálido y resbaladizo al tacto. Su mano se extendió y se cerró distraída en la grotesca máscara, que había depositado antes en la mesita, al costado de la silla. Los cascabeles de la capucha tintinearon débilmente.

—Dios mío, Dyke… —dijo, con fiereza—. Fuera de esa ventana hay cincuenta mil personas que vienen a Universal City cada veinticinco años, para que Seguros Universal pueda inyectarles más de su jugo patentado en las venas y asegurarles otro cuarto de siglo

de vida. Si uno de ellos se estrella en un accidente en algún lugar del continente, nuestros pelotones androides de emergencia acuden siempre al segundo, para remendarle en cuestión de minutos. Cada ciudad está tan pavimentada de aparatos de seguridad, como esas redes de vuestras ventanas, que un hombre no puede siquiera arañarse un dedo. Habéis terminado con los suicidios mediante el campo heterodino que emitís desde este edificio y un millar de otros, en distintas ciudades. En el momento en que se forma la corriente cerebral anormal que precede al suicidio, el campo deja sin sentido al hombre. La única forma en que un hombre puede morir en este mundo vuestro, es mediante un accidente en algún lugar alejado… o si alguien deliberadamente le mata en una cacería.

—La Compañía hace cuanto puede por preservar la vida —contestó Dykeman, cansado—. Respecto a los clubes de caza…

—Seguro —dijo Huber—, con el tiempo reduciréis esa listita en vuestro escritorio y eliminaréis una de las dos últimas fuentes de muerte de este mundo vuestro.

Dykeman miró la carpeta, la abrió y esparció tres papeles por encima del tablero.

—¿No crees que es deseable? —preguntó—. Y si no es así, ¿por qué accediste a recopilar los nombres para nosotros?

Huber se encogió de hombros malhumorado. No estaba seguro ahora de cómo se sentía con respecto a muchas cosas.

—Maldita sea, Ken… Sabes que daría cualquier cosa por ayudarte.

—Eso sirve de poco consuelo.

—No sabemos nada acerca del síndrome de Touzinsky. Sabemos que tiene algo que ver con la retención del hierro en el cuerpo, que hay una ruptura en la capacidad de almacenaje de la proteína apoferritina, para convertir el hierro en ferritina, pero eso es todo.

—¿Y acaso le importa eso al programa de investigaciones de la Compañía?

El médico rezongó, se levantó y caminó hacia la ventana.

—¿Con los diez hombres investigadores del continente? Tú constituyes un buen ejemplo de aquello en contra de lo que luchamos. ¿Qué eres? ¿Cuál es tu campo?

—Ya lo sabes, ingeniería termonuclear.

—¿Has trabajado alguna vez en eso?

—Bueno…

—Déjalo. Conozco ya la respuesta. Y resulta lo mismo con muchos otros zánganos del mundo exterior. ¿Por qué desperdiciar los años estudiando, cuando los técnicos androides realizan perfectamente bien todo el trabajo?

—¿Quién te dijo que el trabajo era una virtud?

—Oh, ya. Este es el principio guía de la edad que ansía regresar al vientre materno. Os contentáis arriesgando vuestra vida, al acecho en los clubs de caza, incluso antes de que sepáis que moriréis de todos modos dentro de cinco años. Pero no accedéis de buena gana a invertir nada de vuestra vida en romper esta camisa de fuerza con la que nosotros hemos ceñido al mundo.

—Tú eres quien me pidió ayuda en lo de los clubes de caza —dijo Huber, con ironía—. Acuérdate del gran discurso que me diste sobre aplastar esta última brutalidad, esta cacería de hombres por los hombres, con el simple y estúpido propósito de la diversión.

Dykeman se quedó plantado en silencio durante un momento, mirando por la ventana. Por encima de su hombro, Huber podía ver las primeras y pálidas luces jugueteando por encima de las paredes color pastel de la ciudad inferior, a medida que la noche se acercaba. Vio a un solitario helicóptero reactor cruzar la ciudad, y supo que el primer grupo de gente disfrazada ya debía estar llenando las calles para el carnaval de toda la noche, que señalaba el final del quinto día del período de examen.

—Lo que hago oficialmente y lo que creo —dijo por último Dykeman— no siempre son cosas idénticas.

—De eso no discutiremos —afirmó cansado Huber, mientras tomaba de la mesa la máscara de arlequín.

Se detuvo y miró los informes sobre el escritorio de Dykeman. Ahora ya no ansiaba siquiera distraerle del acuciante miedo de la muerte al acecho. No resultaba noble. ¿Por qué él?

—Mira —dijo Dykeman—, no podemos hacer nada. No podemos planearlo todo en el mundo.

—Pues lo intentáis con ahínco.

—Nadie dijo que la Compañía fuese Dios —contestó furioso Dykeman.

—Nadie afirma lo evidente —respondió Huber, y cruzó el campo

estático mientras la respuesta del médico cruzaba sus labios. El campo estático cortó cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Besser holgazaneaba en una silla baja cerca de la puerta, pero Huber le pasó rozando, dirigiéndole únicamente un gesto con la cabeza. Cruzó el vestíbulo y penetró en el ascensor de inducción. Mientras caía lentamente a lo largo del pozo hacia la planta baja, un pensamiento le asaltó acerca de Besser. ¿Cómo había sabido entrar en la oficina cuando lo hizo, si ningún ruido podía cruzar la pantalla estática? Probablemente habría algún aparato de escucha escondido por Dykeman, instalado para un caso de emergencia como aquél.

Durante unos segundos se preguntó, desanimado, qué posibilidades había de que fallara el campo de inducción, para lanzarle los últimos setenta pisos hasta una muerte súbita al pie del hueco…, o qué podría causar un imprevisto aumento de calor de los campos inducidos, que calcinara su cuerpo, convirtiéndolo en una cosa contraída y ennegrecida. Había oído hablar de tales accidentes en los primeros días de aplicación de los campos, antes de que la frecuencia del espectro magnetogravítico pudiera ser perfectamente controlada.

Estaba a mitad de camino cruzando la amplia plaza ante el Edificio Universal cuando se detuvo. Se quedó mirando la gran estatua de Meintrup, que se alzaba heroicamente sosteniendo en su mano una simbólica representación de la doble molécula péptida del suero de la longevidad, el hallazgo que había regalado al mundo. Huber sintió un súbito odio hacia aquella inmensa estatua de titanio. Permaneció plantado allí, maldiciendo en silencio el frío rostro que quedaba muy por encima suyo.

La abrumadora depresión volvió a posesionarse de él. Había sólo una forma de escape, comprendió, un único final a esa sofocante negrura que le envolvía.

Se movió rápidamente hacia una de las aceras rodantes, penetrando a través del pequeño grupo de personas que murmuraban cerca del acelerador de entrada. Se movió con rapidez hasta una acera más rápida y cambio de dirección nada más se acercó a la parte baja de la ciudad. Descendió al llegar al Café Duval.

En el restaurante de tejadillo de aluminio encontró una mesa, y

pidió escocés y agua al camarero androide de piel azulada. Unos ojos inexpresivos le miraron sin ver mientras sus labios azules le decían dónde podría encontrar la cabina de vidox.

Después de que hubo oprimido el dial aguardó hasta que la pantalla se enturbió y los colores giraron en torno a su cara. No apareció ninguna imagen, pero una voz dijo:

—Estadísticas vitales.

—Quiero la fecha de nacimiento de Leroy G. Sanger —indicó.

Al cabo de un momento, la voz contestó:

—Veinticuatro de julio de 1864.

Comprobó la pequeña agenda de su bolsillo para asegurarse de que la contraseña fuera la correcta para la fecha. Luego dijo:

—Kenneth Huber.

Los colores de la pantalla formaron una imagen de un joven rubio de ojos azules y sobresalientes orejas.

—¿Caza, Ken?

—Eso mismo, Vic —dijo Huber.

Vic Wortman era el secretario del club local de caza al que se había inscrito un mes antes, con el fin de espiar sus actividades en beneficio de Dykeman. En realidad, Wortman era un responsable ejecutivo de la Compañía; el club de caza era su vicio secreto.

—Bueno —dijo, consultando lo que aparentemente era un archivo fuera del campo de visión de Huber—, tenemos a un par en tu grupo de pruebas esta noche, en Universal City.

Alzó la vista.

—Esta vez eres la presa.

—Lo sé.

—Está bien. Esperarás una hora a tu contacto antes de marcharte. Te corresponde la elección de armas.

—Sin restricciones —dijo Huber.

—¿Sin restricciones? —la voz de Wortman mostraba sorpresa—. ¿Cualquier elección es aceptable?

—Eso mismo.

—Pero… tal cosa le otorga toda la ventaja a tu oponente, Ken. Conocimiento de la identidad, elección de armas… Esto equivale a firmar tu propia sentencia de muerte.

—Eso es lo que quiero.

—Sí, pero…

—Maldita sea, Vic —dijo—. Uno tiene que atenerse a las reglas. Dile a tu hombre que estaré en el Café Duval durante una hora. Que venga y me mate si puede.

2

¡Dios, cómo los odiaba a todos!

Huber se sentó durante largo rato, mirando cómo la multitud entraba y salía del café. Mirando más allá de la marquesina de aluminio pudo ver la aguja plateada del Edificio Universal perforando el firmamento nocturno, rodeada por un brillante resplandor. Un súbito odio se apoderó de él, hacia la estructura y lo que significaba para estas holgazanas gentes.

Habían pasado casi tres cuartos de hora, según descubrió por su reloj; tiempo más que suficiente para el contacto. Estudió las mesas contiguas, buscando a su cazador.

¿El hombre del pelo gris y la túnica de lana? ¿El payaso de nariz aguileña, con su máscara tipo dominó? No, parecía demasiado interesado en la chica de pelo negro que tenía enfrente. ¿El soldado de mandíbula cuadrada, con el tahalí púrpura brillante que le cruzaba el pecho y las mejillas enrojecidas?

Huber hizo una pausa. El hombre del pelo gris le miraba por el rabillo del ojo. Quizá… Sí. No había duda. Huber se volvió bruscamente y cogió al hombre mirándole de lleno. El contacto de esos ojos le produjo una repulsión en su estómago. Eran ojos de asesino.

De su asesino.

Se puso en pie, inseguro, y comenzó a dirigirse hacia la puerta de la fachada del café. El hombre se levantó despacio y le siguió.

Una línea rasgada y ondulante de máscaras bloqueaba la calle, retorciéndose como una serpiente de múltiples segmentos. Fuertes y acalorados se oprimieron contra él, y en el aire había el olor denso del perfume y de la respiración. Oyó la aguda risa de las mujeres y las carcajadas sonoras de un hombre que tenía casi al alcance de la

mano.

Huber sintió pánico entonces ante lo que le iba a ocurrir. Un flujo súbito de la multitud le pilló mientras veía la cabeza del hombre asomando por encima de la masa. Le perdió durante un momento y luego volvió a encontrarlo.

Había algo muy equívoco, comprendió Huber. Aquel hombre no le acechaba. Se cerraba sobre alguien a la izquierda. Entonces Huber la vio: la chica que había estado acompañando al payaso en el café. Los ojos de ella estaban desorbitados de miedo y avanzaba desesperadamente por entre la multitud, las manos crispadas en una cajita de cuero que llevaba al costado.

¿Otra caza? ¿O acaso sería un señuelo, colocado para obligarlo a salir al descubierto? No podía estar seguro.

Comenzó a avanzar hacia ellos. Los perdió de vista cuando parecía que el hombre estaba a punto de alcanzar a la muchacha. Empezó a empujar con violencia a la multitud que se interponía.

Luego la volvió a ver durante un instante, y al siguiente se encontró a su lado. Vio que tenía los ojos muy abiertos por el miedo; las pálidas mejillas se destacaban entre el grueso mechón de pelo negro azulado y un collar graciosamente anudado.

—De prisa —le gritó por encima de los ruidos de la multitud, y la cogió de la mano. Ella intentó retirarse.

—De prisa, antes de que vuelva a localizarla —dijo.

Se abrió paso a través de la acuciante y áspera marea humana utilizando los codos. La presión cedió ante él y se encontró muy cerca de las aceras rodantes.

—¡Por aquí…, de prisa!

Luego se encontraron subidos y alejándose de las densas multitudes. Viajaron en silencio varias manzanas. Por último ella dijo:

—¿Cómo lo supo?

—Yo también he sido presa.

—No sé cómo me localizó.

—Hay algunos que tienen abundantes recursos —contestó, preguntándose aún si su escapada había tenido éxito.

Cuando por último dejaron la acera rodante, las multitudes eran mucho menos densas. Caminaron por la calle durante un momento hasta que Huber vio otro de los ubicuos cafés al aire libre.

—Vamos —dijo—, necesita un trago.

Encontraron asiento en un lugar casi desierto y aguardaron mientras otro de los androides de piel azulada les servía.

—¡Uf! —la chica se estremeció, mirando el alto vaso cilindrico que el camarero le había colocado delante—. Estos androides me producen escalofríos.

—No hay motivo alguno —contestó Huber—. Después de todo, no son en realidad inteligentes. No tienen conciencia del yo.

Un grupo algo desordenado de hombres con uniformes de brillante rojo caminaron ebrios cruzando por la fachada del café. Algunos batían con fuerza unos llamativos tambores.

—Dígame —abrió el juego Huber—, ¿cómo se metió en esto?

—¿La caza? No sé. Un deseo de algo distinto…, algo excitante.

—Pero… ¿algo como la caza?

—¿Se ha visto usted alguna vez abrumado por la profunda inutilidad de la vida? —preguntó ella—. ¿Nada que esperar… ni siquiera la muerte?

Se sintió casi como si fuera un espía disfrazado, que de pronto es llamado de pronto por su nombre propio. Decidió guiarla cuanto pudiese, sin revelar nada de sí mismo.

—Según las viejas normas —dijo—, vivimos en una utopía. Todo a pedir de boca…

—¿Utopía? —contestó ella, mirando la delgada lámpara de tubo del centro de la mesa. Extendió la mano y vio cómo una de las varias mariposas de mayo que habían estado rodeando la luz se posaban en su dorso—. La ciudad fue construida por la Compañía casi hace un millar de años. Desde entonces no se ha añadido nada. Representa la cumbre de la tecnología… de aquel tiempo.

—Parece usted una criatura, desencantada porque no puede tener cada día un juguete nuevo —dijo él.

—Hubo un tiempo —contestó ella— en que un hombre vivía en espera del momento en que pudiera romper los lazos que le sujetaban a este pequeño mundo. ¿Qué pasó con eso? ¿Hemos desarrollado tal miedo psicopático hacia la muerte… que ahora nos atrevemos a experimentarlo?

—No necesitábamos un deseo neurótico para la expansión que teníamos entonces —dijo él.

Permanecieron sentados en silencio, sorbiendo sus bebidas.

Tiene gracia, pensó Huber. ¿Qué era lo que Dykeman le dijo una vez, cuando hablaron del mismo asunto? Algo acerca de una cultura inmortal, condenada a una existencia alterna y sin cambios…

Una cultura, había dicho el médico, no es ni más ni menos que un sistema social transmitido a través del tiempo. Y las culturas cambian, crecen o declinan, porque la transmisión nunca se completa, porque cada generación sucesiva piensa algo distinto: abordan los problemas de la vida de manera diferente que la anterior.

Pero en la sociedad inmortal de la Compañía, había una continuidad perfecta de la cultura, una trasmisión de las costumbres sin debilitarse, de las formas de arte, de las maneras de pensar; porque los miembros dominantes no morían. La comunicación demasiado perfecta del sistema…

—Estabilidad —dijo en voz alta—. ¿Acaso la estabilidad de la cultura humana no vale algo?

Esquivó los silenciosos ojos de ella y miró las mariposas que circundaban la luz. Habían en estos momentos muchas, máxime para esta época del año; procreaban incesantemente en las riberas del río y luego volaban a la ciudad, atraídas por el magnetismo de las luces.

Una de las mariposas encontró una precaria ancla a un lado del tubo y arqueó su cuerpo con gracia, los largos tentáculos posteriores agitándose ligeramente en el aire tranquilo. Las alas eran tan transparentes como el cristal, con delgadas venitas como encaje. Huber extendió la mano y sostuvo sus finas alas entre el índice y el pulgar. Estaba a punto de aplastarla contra la mesa cuando la mano de ella se lo impidió.

—No —dijo ella—. De todos modos mañana habrá muerto.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Sólo viven un día —fue la respuesta de la muchacha.

Abrió los dedos y notó en ellos la polvorienta caricia de las alas batiendo, mientras el insecto alcanzaba la seguridad del tejadillo metálico que tenían encima.

—Vamos —dijo de pronto.

—¿Adónde?

Soltó una carcajada.

—Lejos de la caza. Tengo un amigo que tiene un complemento

permanente en la ciudad. Está dando una fiesta en su casa.

—¿La caza? —dijo ella—. Oh. La había olvidado por completo.

Le siguió hasta la salida. Huber se encaminó hacia una avenida desierta, a la izquierda del café. No había un alma en la calle, según vio, mientras comenzaban a caminar. La velada parecía haberse escapado de la zona mientras hablaban.

—Le comento —dijo— que también estoy en una caza. Aguardaba a que me matasen.

—¿Aguardaba? —dijo ella, deteniéndose en mitad de la calle.

—Sí —respondió—. Pero, no sé por qué, de pronto cambié de idea.

Ella hizo un movimiento brusco y torpe. Con rapidez, Huber extendió los brazos y la atrajo hacia sí. El cuerpo de ella se puso tenso, y de pronto comenzó a luchar. La mano de Huber abrió el bolso de su costado, esparciendo el contenido en la calle. El vibrocuchillo sonó estrepitosamente al chocar contra el suelo. Ella se lanzó hacia delante tratando de coger el arma, pero él se lo impidió. La chica le clavó los dientes en el brazo y tuvo que golpearla con el dorso de su mano libre.

Ella extendió las manos intentando arañarle la cara. Luego se desmadejó y empezó a llorar. Sin darse cuenta de por qué lo hacía, bajo la cabeza y brutalmente apretó sus labios contra los de ella.

Unos fuegos artificiales estallaron brillantemente por encima y de manera involuntaria alzó la vista. Escuchó la sonora respiración de la muchacha mientras también miraba hacia lo alto. Más allá del destello coloreado de las luces, por encima de la ciudad, tres puntitos color naranja brillante trazaban luminosas líneas a través del firmamento. Mientras miraba, una de las estelas comenzó a oscilar herrante. La mota brillante cayó como un meteoro hacia el oeste de la ciudad. Una segunda estela se salió de su camino y siguió a la primera en la caída.

No vio lo que le pasaba a la tercera. La chica de pronto se retorció en sus brazos y se liberó; sus rápidos pies la llevaron hacia la oscuridad. Comenzó a seguirla… y entonces ocurrió.

El destello cegador de una luz blanco azulada, incluso a esa distancia, barrió todos los detalles del firmamento como una esponja borra las letras trazadas con yeso en una pizarra.

Dios Santo, pensó; alguien trata de bombardear la ciudad.

Como una agonía, más tarde le llegó el sonido. Era como el agudo estampido de un monstruoso rifle.

3

Le costó casi media hora regresar a la ciudad y dirigirse a una estación de helicópteros. Las mascaritas iabn apuradas por las calles y se amontonaban en las aceras rodantes, alejándose de la detonación hacia el oeste. Había una subcorriente de inquietud en las multitudes, en donde poco antes sólo existía alegría carnavalesca.

Encontró vacía la estación, aunque tenía el aspecto de un establo; no tuvo dificultad en conseguir un helicóptero de uno de los garajes de la ciudad. En cuanto la luz del gigantesco tablero de llamadas cambió al número de su cabina, tomó el ascensor de inducción hacia el tejado. Encontró la nave asignada, marcó las coordenadas de la casa de Dykeman fuera de la ciudad y se instaló en el grueso asiento de gomaespuma. Las aspas mordieron el aire de la noche impulsadas por el motor eléctrico, y luego los reactores de sus extremos se inflamaron con un murmullo mientras el helicóptero despegaba.

Desde el aire, la ciudad parecía un tablero de control salpicado de luces azules, con lunares amarillos más débiles que seguían el curso del Mississippi. El río se perdía en la oscuridad de la crecida vegetación a dos kilómetros, en donde se unía al Missouri. El resplandor de los bajos edificios de la urbe era muy escaso, pero pudo distinguir los colores individuales y la bruma de cobalto de las luces callejeras. De trecho en trecho, las luces rojas de los edificios de terraza plana destinados a estaciones puntuaban los tonos más suaves de sombra. En el centro geométrico de la ciudad, el Edificio Universal señalaba al cielo como un dedo brillante.

Ciudad Universal no era la capital del mundo. Eso estaba en las Great Smokies, cerca de las ruinas de la ciudad de Asheville,

Tennessee, destrozada atómicamente. No, no era la capital, pero si la ciudad más importante de un mundo pequeñísimo. Porque después de la guerra de extinción, el mundo se había desplomado de manera alarmante.

Las fuerzas desatadas durante aquel último gran conflicto calcinaron el rostro de la antaño fértil tierra. Nubes de ponzoñosos isótopos pasaron por el suelo; crueles olas de insectos destruyeron cosechas e infectaron al ganado y a los hombres con un millar de virulencias; el conocimiento tóxico en masa de la humanidad se volvió loco, envenenando ciudades enteras, convirtiendo a los humus de los campos en un polvo venenoso que quemaba la piel hasta el hueso nada más tocarlo. Todo esto había perdido a grandes zonas de la superficie terrestre, convirtiéndola para siempre en inhóspita para el hombre. En aquella pesadilla de muerte, el mismo hombre casi se extinguió.

Si la destrucción no hubiera reducido la tecnología física del hombre hasta el punto en que ya no se podía solventar la guerra, hubiera sido el final… si al horror no hubiese seguido otro horror: la Enfermedad Jadeante.

Nadie supo dónde se originó. Algunos dijeron que en los últimos de los laboratorios de Camp Dietrich, o en los Grovensworth Laboratories de Inglaterra… o en las plantas Lubinov, en el valle del Don. Quizás fue una mutación fortuita… Pero en poquísimos meses amenazó destruir lo que quedaba de humanidad.

Fue aquel fantástico recluso, aquel imposible y rebelde bioquímico llamado Meintrup, quien encontró la respuesta. No por ningún trabajo cuidadosamente planeado, sino por la aplicación de una serie completa de péptidos y de cuasiproteínas que había estado produciendo en impredecible profusión durante la guerra. Ocurrió simplemente que uno de los fragmentos de proteínas que había aprendido a sintetizar se combinó con la molécula del virus, se adhirió a la molécula casi como una enzima… y la partió en fragmentos inofensivos.

La Enfermedad Jadeante había pasado. Así de sencillo.

Las Naciones Unidas habían caído, claro, al empezar la guerra; pero hubo una nueva organización, la Federación de Estados Mundiales. La

F. E. M.

había amanecido en un intento de solucionar los imposibles problemas de la cuarentena, los ultrajantes problemas hereditarios, los millares de problemas insolubles que fueron herencia común de la Guerra de Exterminación. Tuvo poder, proporcionado con largueza por el pánico, y la
F. E. M.
conservó tal poder.

No trataron, sin embargo, limpiamente a Meintrup. Le dijeron: «Gracias, pero su trabajo es demasiado lóbrego. Tenemos hombres más competentes, que son elegantes, que tienen aseados libros de notas, que pueden predecir dentro de un margen razonable lo que ocurrirá después».

Esa fue la filosofía básica de la nueva seguridad, y del comienzo de la época cuerda. Tras una pesadilla de incertidumbre vino la adoración de lo predecible, la desconfianza de la más pura suerte.

Para entonces, Meintrup había modificado la vacuna. Descubrió que la molécula original se condensaría en sí misma, formando una doble cadena con propiedades extraordinarias. Así, fue hacia la gente que todavía tenía dinero, los propietarios de recursos indestructibles como el petróleo, carbón, hierro, estaño, bauxita. Entre todos formaron la Compañía de Seguros Universal.

Había un miedo casi maniático hacia la muerte por todas partes. La Compañía ofreció inmortalidad en el plan de instalación, a cambio de la asignación de un cierto porcentaje de los beneficios asegurados. Al principio habíamos estado pagando sobre las muertes accidentales, pero éstas habían decrecido casi exponencialmente de año en año mientras la Compañía avanzaba para reconstruir el estrecho mundo conformándolo en una especie de cálido seno materno. Los suicidios aumentaron durante una temporada, pero la invención del campo heterodino solucionó tal problema.

En cinco años, Seguros Universal se convirtió en un poder financiero monolítico. Al cabo de una década, la
F. E. M.
quedaba bajo control de la Compañía.

Vino después la Ley de la Longevidad Obligatoria. Nadie se opuso; por lo menos, no seriamente. Hubo alguna violencia abortiva, pero ninguna persona habló de aquello… ni siquiera los

que estaban en Universal City cuando fue bombardeada. Se podían ver aun unos cuantos proyectiles y emplazamientos antiaéreos abandonados en las islas del Mississippi, pero pocas personas recordaban para qué fueron construidos.

La Compañía poseía literalmente el mundo, pero no gobernaba. Eso habría sido contrario a la filosofía del siglo, que colocaba tal valor en la libertad humana. Pero la Compañía trataba más íntimamente con las vidas diarias de las personas del mundo que lo que hiciese la legislatura de la
F. E. M.,
reunida en las montañas de Asheville, porque guardaba el artículo más preciado del mundo: la vida eterna.

Una luz verde destelló de pronto en el salpicadero del helicóptero y Huber despertó de su ensoñación. La luz era señal de que el piloto automático de la nave se había hecho cargo de las tareas de conducción. Se inclinó hacia adelante luego de una breve hesitación y oprimió el botón cancelador, borrando la ubicación de la casa de Dyke.

Luego marcó las coordenadas de otro lugar, veinte millas al oeste.

Los mecanismos tras el salpicadero murmuraron durante un segundo y luego la pantalla de comunicaciones se iluminó. El rostro inexpresivo y azulado de un androide se formó en la pantalla. Tras él, Huber vio las amplias ventanas del despacho principal de la ciudad y a través de ellas los desparramados cobertizos de los androides en el borde occidental de la urbe.

—¿Qué coordenadas, por favor? —modularon los azules labios.

Huber repitió las coordenadas que había marcado.

—Lo siento, señor. Esa zona está restringida por esta noche.

—¿Por qué? —preguntó.

—Desconozco el motivo. Todo el tráfico tiene que ser desviado en torno a la zona. Escoja un destino alternativo, por favor.

—Conécteme al mando manual —ordenó.

—Lo siento —repuso el androide. Una mano azul apareció brevemente en la pantalla y marcó unos signos crípticos en el panel de control que tenía ante sí. Había algo raro en la mano, pero Huber no pudo distinguir qué era—. El control manual queda temporalmente suspendido para todas las unidades. Por favor, elija

un destino alternativo.

Durante un momento hubo cierta expresión en el rostro azulado. ¿Impaciencia? Claro que no, decidió Huber.

—Eso es una tontería completa —dijo—. Haz lo que te mando.

Ahora no hubo duda en la expresión.

—El mando manual está suspendido en su unidad. Por favor, deme el número de su póliza de la Compañía.

—Maldita sea…

—Por favor, deme el número de la póliza.

Huber obedeció y luego dijo:

—Ponme con tu supervisor humano.

—Naturalmente.

Una mano azul se adelantó, hizo una indecisa pausa y luego tocó un conmutador de la compleja consola.

Un instante después, Huber olió a aislante quemado. Por encima de su cabeza, los rotores comenzaron a vibrar irregularmente. Huber notó com sobresalto que se desmoronaban, y el helicóptero se precipitaba al vacío.

Comenzó su larga caída en dirección al río, que quedaba allá muy abajo.

4

El helicóptero chocó contra el agua con violencia. Los mandos interiores se apagaron. Durante un instante, nada pasó; luego el agua comenzó a vertirse sobre Huber.

Se abrió paso hacia la escotilla cuando el agua ya le llegaba al pecho. Aspiró el aire, luego notó cómo el agua se cerraba por encima de su cabeza y frenéticamente comenzó a manotear en la escotilla de salida.

Se ahogaba. Vio con súbita claridad que moriría. Y no quería morir.

Una zona profunda de su mente rió con histerismo ante su pánico. El hombre que había intentado matarse, el hombre que esperó tranquilo el golpe de muerte de un cazador, ahora no quería morir.

La escotilla cedió entonces y pudo salir. Retuvo con fuerza el aire viciado en sus pulmones, notando la abrumadora presión del agua mientras salía disparado cruzando las negras profundidades. Algo le ocurría a sus vísceras, y supo que iba a estar violentamente enfermo.

Su cabeza rompió el agua y forcejeó, absorbiendo aire para sus paralizados pulmones. No podía respirar. Densos calambres le lanceaban el abdomen. De algún modo había encontrado la presencia de ánimo para desembarazarse de sus zapatos, y ahora intentó liberarse del hinchado traje que llevaba. Las costuras se rompieron y el agua fría le tocó el pecho desnudo.

Antes de que comprendiera por entero lo que hacía, alzó el traje del agua y lo volvió a bajar violentamente. El esfuerzo le sumergió la cabeza y emergió de nuevo tosiendo, pero el súbito movimiento había inflado el paño húmedo. Lo retuvo apretado en las aberturas

de las piernas y mangas, atrapando el aire dentro de la mojada tela.

La corriente se lo llevaba con rapidez. Intentó luchar contra ella, pero tenía los músculos como anudados. Se dio cuenta de que iba a enfermarse por efecto de la presión y del alimento y licor que había consumido.

Al principio no oyó el motor. La lancha casi estuvo sobre él antes de que la luz apuñalara las aguas. Gritó, y se llenó los pulmones de aire para volver a gritar. Luego vio la pesada forma de un crucero apuntando hacia él, y al instante siguiente manos rudas le subían a bordo.

Una luz destelló en su cara y una voz familiar le dijo:

—¡Vaya maldito pez que pesqué esta noche!

—¡Vic! —jadeó Huber—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Es una buena pregunta, y a la que tú también puedes responder. Pero entremos; te daré ropa seca.

Mientras se secaba en el pequeño camarote y se probaba el mono de trabajo que Vic Wortman le diera, Huber advirtió que el bote cambiaba de dirección.

—Horrible manera de terminar una cacería —dijo Wortman.

—No fue por la caza —contestó Huber—. ¿Qué estabas haciendo ahí fuera? No me lo has dicho aún.

—Ser maestro de caza es sólo una afición, ya sabes. Mi trabajo principal es para la Compañía.

—¿Y significa?

—Bueno, no te ofenderás si te lo cuento, me imagino. Íbamos hasta
Eldon's
Island. Tengo órdenes del director de dirigir allí las instalaciones de los Orestes.

—¿Orestes?

—Proyectiles dirigidos tierra-aire. Parece como si alguien esperara esta noche visitantes poco amistosos procedentes de arriba.

Huber siguió a Wortman a la oscura cubierta. El hombre dio órdenes en voz baja a la negrura y Huber aguardó. Finalmente dijo:

—Vic, ¿qué ocurre? ¿Qué estalló ahí fuera esta noche?

—A mí que me registren. Parecía una bomba.

—Pero… ¿quién trataría de bombardear Universal City?

—Bueno, ya se intentó antes. ¿Por qué piensas que construyeron

esta instalación antiaérea que vamos a dirigir nosotros?

—Pero eso fue hace siglos…

—Lo sé. Parece ridículo que alguien quiera destruir la ciudad. Sin embargo, te olvidas de una cosa…

—¿Sí?

—Quienes dejaron caer esas bombas hace unos siglos, probablemente siguen vivos.

Dejó a Huber junto a la puerta del camarote y caminó hasta proa. Huber se quedó plantado, aguardando en silencio. De pronto sintió como si le estuvieran empujando hacia algo sin su consentimiento.

La cosa resultaba demasiado irreal, demasiado coincidente. Toda una serie de acontecimientos, afectándole personalmente: la confirmación final de su muerte futura, el intento de saltar por la ventana, la chica, la explosión al oeste, la avería del helicóptero, la llegada demasiado conveniente de Wortman y la explicación en exceso cariñosa.

Todos parecían acontecimientos sin relación, y sin embargo… Se estremeció bajo la frescura de las brisas fluviales. Allí no parecía haber conexión lógica; sin embargo, eran muchos acontecimientos. Sería mejor que cuidara sus pasos con Wortman, decidió. El hombre evidentemente era un neurótico. ¿Cómo explicar sino su mórbido interés en las cazas, el que personalmente organizase un club de cazadores?

Huber esperó, mientras el crucero disminuía de velocidad. La dirección cambió ligeramente y luego los motores se detuvieron. El reflector enfocó el rasgado borde de los árboles y un muelle medio podrido. Uno de los hombres saltó al embarcadero y aseguró una amarra.

Luego Wortman estuvo en el muelle, dando rápidas órdenes. Huber se tranquilizó junto a la proa y dio un salto a tierra.

—Oye —dijo a Wortman—, tengo que hablar contigo.

—Más tarde, Ken.

—Ahora.

—Más tarde. Hay un helicóptero que debe recogerme dentro de diez minutos. Necesito que esta operación se ponga en funcionamiento.

Huber vio cómo los hombres se marchaban; rayos de luces

individuales en la oscuridad. Vio las imprecisas formas de algún tipo de construcción de cemento y oyó el sonido de metal frotando sobre metal. Alguien gritó una orden, y unos motores antes apagados chirriaron. Unas oscuras formas de acero se alzaron lentamente para quedar siluetadas contra el fulgor del horizonte y las bajas formas de los árboles.

Los Orestes, pensó. ¿Aún funcionando, después de todos estos años? Alguien había estado preparando lo de esta noche.

Percibió el distante batir de las aspas de un helicóptero. Escuchó cómo se acercaba hasta que un brillante rayo de luz lanceó el cielo nocturno. Momentos más tarde la pesada nave bajó sobre la vereda ante el muelle.

Wortman vino corriendo. Mientras pasaba ante Huber, dijo:

—Sígueme.

Un hombre descendía de la aeronave. Cuando entró en el cono de luz Huber reconoció a Besser, el ayudante de Dykeman.

—¿Quién diablos le dijo que viniera aquí? —rezongó el hombre delgado. Durante un momento Huber pensó que se dirigía a él.

—El director me avisó —repuso Wortman—. Me ordenó que me pusiera en contacto con usted y que contratase un transporte.

Besser juró por lo bajo.

—Está bien, suba.

—Vamos, Ken —llamó Wortman.

—¿Quién es ése? —preguntó Besser.

—Ken Huber.

—Ese se queda fuera. No tengo órdenes con respecto a él.

—Yo sí.

—Dykeman es el oficial mas antiguo al mando hasta que el Director lo reemplace. Específicamente dijo ningún personal, excepto los de la administración de la ciudad.

—Yo se lo digo, órdenes del Director.

Besser volvió a jurar.

—Está bien. Suban y deprisa.

Huber siguió a Wortman dentro del helicóptero y ocupó uno de los asientos posteriores. Besser se instaló en el puesto del piloto y manejó el conmutador manual. Las aspas mordieron el aire.

—¿Cuál es el asunto? —preguntó Huber—. ¿Adónde vamos?

—Allí fuera, adonde estalló esa cosa —contestó Wortman.

—¿Qué cosa?

—Él no lo sabe —gritó furioso Besser, por encima del rugir de los motores.

—¿Qué cosa? —insistió Huber—. ¿La bomba?

—Ya puedes muy bien saberlo, puesto que de todos modos lo verás —gritó Besser, tuteándolo—. No fue una bomba. Fue una espacionave.

Huber se quedó boquiabierto. El hombre delgado rió con amargura.

—No me mires como si me hubiera vuelto loco. Es una espacionave, de acuerdo —su voz era aguda por encima del ruido del vuelo—. Una espacionave, maldita sea… completa con todo y su tripulación.

5

—La primera estalló y voló —gritó Besser por encima de la vibración del rotor—. La explosión pilló a la segunda, y la dejó fuera de control.

Recortado en el destello de luz de abajo, Huber pudo ver las torpes formas de por lo menos una docena de naves de auxilio, con rotores gemelos. Sus tanques, grandes en exceso y llenos de combustible, abultaban como carros blindados gemelos en las puntas de unos vástagos, convertidos en un denso sistema de aterrizaje. La onda expansiva de la explosión había despojado la zona de los robles y pinos que normalmente convertían en sabana la llanura al oeste de la ciudad. En los límites extremos del círculo del desastre, pudo ver ocasionales pinos aún enraizados, pero se les veía retorcidos, con aspecto ajado e inclinados en vivos ángulos con respecto al desnudo centro del círculo.

Contó catorce rayos gemelos en la periferia de la zona. Sus brillantes arcos habían sido dirigidos en forma paralela al suelo. Toda el área tenía una apariencia áspera y granular, como si algún monstruoso rastrillo hubiese revuelto la tierra en círculos concéntricos a partir del epicentro. Allí había una zona de casi cien metros de diámetro, en el centro de la explosión, que relucía como la superficie de un lago helado.

—Debe ser donde la bola de fuego tocó el suelo —dijo Wortman excitado.

Besser señaló hacia el este.

—Y ahí es donde cayó la segunda. Debió chocar a media milla fuera del círculo, y luego se creó un sendero a través de los árboles.

—Igual que una piedra resbala por la superficie de un estanque —gritó Huber.

—Un estanque condenadamente duro —rió Wortman—, y una piedra condenadamente grande.

Los restos del segundo navío se habían diseminado a través de la zona abierta bajo las luces, en un largo y estrecho sendero. La nave se había roto en tres partes, y Huber vio lo que dedujo debía ser la sección de cola junto a los maltrechos tubos cohete.

Besser había conectado de nuevo a mando manual y guiaba al navío a un aterrizaje cerca de la zona vitrificada.

—¿Qué hay de la radiación? —preguntó Wortman.

—Un equipo androide fue quien primero revisó —respondió Besser—. No hay ni un miliröentgen por encima de lo normal. Nada tampoco en la nube.

—¿Alguien oyó jamás que una explosión de ese tamaño careciera de flujo neutrónico? —preguntó Huber.

—Gran medicina —dijo Wortman, con una voz en que se mostraba la repugnancia.

Mientras bajaban, un centípodo mecánico venía rugiendo a través del blando suelo desde la sección delantera de la nave caída, salpicando polvo y barro desde debajo de sus múltiples ruedas. Un escarabajo convencional equilibrado por giróscopo, supuso Huber, posiblemente no podría haber navegado por un terreno tan desigual. El vehículo terrestre se detuvo cerca de ellos con un apagado chirrido de las transmisiones, y Dykeman, que compartía el asiento delantero con el conductor androide, se asomó.

—Besser —gritó—, ¿quién va contigo?

—Ken Huber y Vic Wortman.

—Maldición, te dije que no trajeses extraños.

—El Director me envió, Dyke —contestó Wortman, avanzando hada el vehículo—. Me dijo que recogiera a Ken y le trajese conmigo.

Esa es una vil mentira, pensó Huber. Confirmó sus dudas acerca de Wortman: algo era radicalmente equívoco aquí.

—¿Qué tal está la situación? —preguntó Besser.

—No sé. Me dirigía hacia la sección delantera cuando aterrizasteis vosotros. Decidí volver para ver quiénes érais.

—Bueno, vayamos, pues —dijo Wortman.

—Esa zona está prohibida para vosotros dos —dijo Dykeman, mirándoles con fijeza—. Y no me digáis que tenéis autorización de

nadie. Yo soy el juez final en cuestiones de posible radiación.

—Pero Besser dijo… —comenzó Huber.

—No importa lo que Besser dijera. Ambos os quedaréis aquí. Es una orden.

Antes de que ninguno pudiera responder, Besser había montado en el asiento trasero y Dykeman decía:

—Partimos.

—Trae fotos de tus hombrecitos verdes —dijo Wortman sardónico.

Dykeman le ignoró, pero Besser se volvió a Wortman, los ojos hundidos ardiendo en aquel rostro extraño:

—Tú te burlarías en el funeral de tu madre —aseguró.

El centípodo se puso en marcha con un sobresalto y volvió corriendo hacia la sección delantera.

—Mira, hay algo que quiero saber… —comenzó Huber.

—¿Sabes manejar un centípodo? —preguntó Wortman.

—Sí, pero…

—Vi uno aparcado en el extremo lejano de la zona de aterrizaje cuando vinimos. ¿Qué dirás si echamos un vistazo a esa sección posterior? —y se lanzó hacia allí a paso vivo.

Huber le siguió.

—Dykeman dijo que nos quedáramos aquí —jadeó.

—Al diablo con lo que Dyke diga —repuso Wortman, trepando por las ruedas del vehículo aparcado e instalándose en el asiento del pasajero.

Huber se colocó a su lado y puso en marcha el motor. El aparato rezongó suavemente mientras su pie soltaba el embrague y lanzaba al vehículo hacia delante.

—¿Qué haces aquí, Wortman? —preguntó, mientras giraba para esquivar una maciza pieza de metal roto.

—Oficialmente estoy a cargo de las operaciones de la Compañía. Sólo unos pocos de los de complemento estaban a mano en la noche de Carnaval. El resto se marchó a pasar el fin de semana.

—¿Qué hay de la radiación?

—No seas tonto. ¿Crees que aquel idiota se adentraría allí a menos de que la cosa fuera segura?

Mientras se acercaban a la sección posterior con sus impresionantes tubos cohete, los fragmentos metálicos se hicieron

más profusos y Huber necesitó toda su atención para esquivarlos. El impacto inicial había arrancado a la nave todas las aletas y las vigas de ensamblaje, y la piel metálica exterior se había desprendido del armazón a cada impacto de refilón, para despedir enorme cantidad de restos por todo el camino seguido por el navío.

No se había dado cuenta de lo grande que era la parte motora, hasta que se detuvieron junto a ella y miró para ver el suelo calcinado y ennegrecido; desde él se alzaba una pared curva que sobrepasaba su altura y aún con mucho la de su vehículo. Un agujero abierto en un lado —aparentemente debido al soplete de uno de los androides de salvamento— estaba lo bastante cerca para que llegasen allí desde el centípodo. Huber se deslizó por él y se asomó para ayudar a Wortman, que subió jadeando y resoplando. Llevaba una linterna de mano.

Huber le tomó la linterna y abrió la marcha hacia adelante. La sección parecía dividida —por el breve pasillo por el que habían entrado— en otros dos cuartos de mayor dimensión en forma de cámaras, quebrados y doblados ahora en torno a los motores, por los que pasaban pasarelas ramificadas.

Huber se detuvo para contemplar varias palancas adjuntas a un complejo de tuberías que parecía un sistema hidráulico.

—Hay una cosa segura —dijo—: nuestros hombrecitos verdes tenían sólo cuatro dedos, si es que pueden llamarse dedos.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Wortman.

—Por los controles. Están diseñados para ser cogidos por tres dedos y un pulgar opuesto. También tienen casi altura humana, diría, aunque el aspecto que tengan… Bien, eso nos lo podrá contar Dykeman.

Empezó a inspeccionar los enormes tanques que llenaban el primer compartimento, y al cabo de un rato dijo:

—Estas malditas cosas no pueden ser sólo masas de reacción. ¿Dónde está el combustible?

Se arrodilló y abrió una escotilla en la ingente tubería que partía de uno de los tanques. Un líquido claro salió. Reunió el flujo empapando una toalla y olió el líquido. Finalmente lo probó.

—Toma —ofreció a Wortman.

Wortman probó una gota.

—¡Sal!

—Cierto. Una débil salinidad.

—Pero… ¿qué hay del combustible?

—Se me ha ocurrido una idea loca. Fíjate que no hay pantallas protectoras que valgan la pena en ninguna parte de esta sección… —comenzó a cruzar la segunda cámara—. Aguarda, quiero inspeccionar abajo —dijo Huber, bajando despacio por una escalera.

Pasaron quince minutos antes de que se reuniera con Wortman.

—¿Encontraste algo? —preguntó éste.

—Parece ser que mi loca idea era cierta. Nuestros seres extraños saben cómo manipular una reacción controlada de fusión del sodio.

—Oh, vamos… —protestó Wortman—. Sé lo suficiente de física nuclear como para saber que eso es imposible.

—Palabra que sí —afirmó Huber—. Nuestros hombrecitos verdes pueden hacer lo imposible. Y no reciben fuertes radiaciones de la reacción. Disuelven el combustible directamente en la masa reactiva, sal en agua, y consiguen calor y unos cuantos rayos Beta desperdigados, que incluso la lámina más fina de estaño podrían detener.

—¿Y qué hay del propio motor? ¿Podríamos copiarlo?

—Eso creo. El secreto parece estar en el pequeño dispositivo de la parte trasera del conjunto, que envía un chorro de rayos Alfa desde un pedazo de polonio a la masa reactiva, y entonces genera alguna especie de campo atómico en torno a la cámara. Parece sencillo, pero que me condenen si veo cómo pueden agitar unos cuantos átomos de sodio y un par de partículas Alfa y conseguir de ellos energía.

—¿Tienes alguna idea del impulso y de la potencia?

—¿Cuánto crees que pesará este casco?

—Bueno…

Huber dio una patada en la cubierta. Sonó hueco.

—Acero vulgar y corriente —dijo—. Estos motores tienen impulso suficiente para elevar y maniobrar a un navío de quinientos metros de longitud hecho de sólido acero.

—Si podemos desentrañar estos motores —dijo Wortman—, significaría que nos han puesto en las manos el vuelo espacial.

—Hay más aún.

Huber alzó la linterna y la enganchó en una rasgada pieza de

metal que se doblaba en la pared. La pared metálica, hecha de planchas, estaba combada y doblada como si el impacto mayor del golpe se hubiese concentrado en aquel punto. El extremo lejano del espacioso compartimiento inferior estaba lleno de una confusa masa de complejas hélices y de relucientes barras plateadas de palmo y medio de espesor. Abajo y a ambos lados de la pasarela que cruzaba el centro del compartimento había un complicado panel de instrumentos, y lo que con toda evidencia eran sillones anatómicos de aceleración situados en varios lugares de su superficie. Todo el conjunto ahora se inclinaba locamente, y la pared estaba rayada como si hubieran empleado una gigantesca lima.

—Eso no es el motor —susurró Wortman.

—No. Parece algo así como esos generadores de electrogravedad que se utilizaron hace cincuenta años cuando el sabio Chang, de Lima, desarrolló el campo de inducción. Si hay algún físico competente en ese continente, sería conveniente traerlo aquí. Esto queda por encima de mi capacidad.

—¿A qué te refieres?

Huber hizo una pausa, indeciso.

—Fíjate en eso, y… —señaló los sillones anatómicos de aceleración situados ante el gran tablero— dime, ¿dónde están los técnicos que lo gobernaban? Este chisme necesita mucho control.

—Está bien, desembucha —acució Wortman.

Huber hizo un gesto de silencio, tomó la linterna y condujo a Wortman a lo largo de la pasarela hacia el profundo pozo que albergaba el tablero de control; entonces enfocó la luz hacia las profundidades de la espacionave.

—Parece como si algo se hubiera quemado ahí abajo —comentó Wortman.

—Cierto —dijo Huber—. Algo… no me preguntes qué… literalmente quemó a la tripulación. Algo los amontonó, inconscientes o muertos, ahí abajo y deliberadamente trató de reducirlos a cenizas.

—¿Quién…?

—En cuanto a tu pregunta anterior… —dijo Huber sintiendo de pronto como si las palabras se le estrangularan—, creo que esta maldita cosa es un motor interestelar.

6

El centipodo les devolvió a la zona de aterrizaje precisamente cuando Dykeman llegaba de la porción delantera. El carnoso médico descendió de su vehículo y avanzó decidido hacia ellos mientras desmontaban.

—Creo haber dicho que os quedarais aquí —anunció.

—Nos imaginamos que no habría peligro —contestó Wortman.

—Esa sección del motor podía estar tan caliente como el infierno —dijo el médico, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Bueno, ya es tarde para preocupaciones ahora —contestó Huber—. ¿Encontrasteis algo en la sección delantera?

—Nada —dijo Dykeman, sacudiendo la cabeza—. Ni el menor signo de algo o de alguien. Los mandos están muy destrozados, pero ni una mancha de sangre o de otra cosa que pudiera revelar algo.

Huber le contó lo que habían encontrado ellos.

—Eso no parece razonable —afirmó Dykeman.

—¿Dónde está Besser? —preguntó Wortman.

—Alzando una línea de vigilancia en torno a la zona. Trajimos un destacamento de androides y les dimos armas.

—¿De qué tenéis tanto miedo? —quiso saber Huber.

—¿Es que no se te ha ocurrido que nuestros hipotéticos alienígenas no tenían intención de hacernos un regalo con esta nave? —contestó Dykeman—. ¿Qué quizá no nos quisiesen allá fuera, en su lugar de procedencia? ¿Que puedan tratar de destruir estos restos?

—¿Desde el suelo?

—Desde cualquier lugar —dijo el médico—. Tenemos que estar atentos hasta que podamos meter aquí dentro a alguien que sepa comprender todos estos aparatos.

Huber estaba a punto de decir algo sobre los motores que había visto cuando Dykeman alzó los ojos y dijo:

—Ya casi es la hora.

Unas brillantes luces de aterrizaje destellaron de pronto en lo alto y Huber levantó la cabeza a tiempo de ver un helicóptero descender hacia ellos.

—Mirad —dijo Wortman—, me voy con Besser. Quizá pueda ayudarle.

—Será mejor que te quedes aquí —dijo Dykeman—. Ése es el navío del Director.

—Volveré —contestó Wortman.

Antes de que el médico pudiera responder, Wortman se había instalado junto al conductor de Dykeman y el centípodo salía disparado hacia la sección delantera.

—Maldito y arrojado idiota —exclamó Dykeman, y Huber se preguntó si habría visto el nombre de Wortman en la lista de clubes de caza que él le había proporcionado.

El helicóptero se posó con pesadez y la puerta se abrió aún antes de que las aspas dejaran de girar. Un hombre alto, de amplios hombros y cuello grueso y nudoso descendió. A la luz de los focos Huber vio que su pelo estaba teñido de gris. Se preguntó cuan viejo podría ser. Muy pocos de la presente generación mostraban signo alguno de vejez.

Dykeman comenzó a adelantarse cuando el hombre se volvió para prestar ayuda a alguien que iba tras él. Cuando entraron a la luz, Huber se adelantó. Con un sobresalto reconoció a la segunda figura.

Era la chica del club de caza.

—¿Qué tal parece? —decía el hombre, mientras se acercaba a ellos.

—¿Conoce usted a Huber? —preguntó Dykeman.

—No, no lo conozco —contestó el hombre.

—Pero Wortman dijo…

—Yo sugerí que le trajesen —afirmó la muchacha.

—Desearía que me advirtieras de esas cosas, Loira —dijo Dykeman, mostrando enojo en su voz.

—Me llamo Robert Frey —dijo el hombre del cabello gris.

Huber estrechó la mano del Director, mientras Dykeman decía:

—No hemos encontrado un alma a bordo. Creo que el navío iba controlado por robots.

—Yo no opino así —intervino Huber.

Miraba a la muchacha, Loira, calibrando sus reacciones. La chica parecía completamente cómoda, aunque no había duda de que le reconocía. Y, pensó, sabía de las mentiras de Wortman en su favor. Lo que significaba…

—¿De qué diablos hablas? —preguntó Dykeman.

—Hay un montón de cuerpos en la parte del motor. Muy calcinados, pero no dejan de ser cuerpos.

Describió lo que había descubierto en compañía de Wortman.

—Eso es demasiado conveniente —dijo el director con los labios apretados—. No me gusta este asunto.

—Hemos colocado dotación en las estaciones de los Orestes —anunció Loira.

—¿Por qué, en nombre del cielo? —preguntó Dykeman.

—Queda suelto uno de esos navíos —contestó el director, mientras caminaban hacia el centípodo que esperaba—. Apuesto a que esas personas, quienes quiera que sean —continuó el Director —, no tratan de hacernos el regalo de su motor. Probablemente no nos quieren ahí fuera —señaló con la mano a las estrellas del cielo.

—No entiendo esto —confesó Huber—. De todas las zonas del continente sin el menor observador, ¿por qué transcurrió este vuelo por encima de Universal City, y durante un período de fiestas? Jamás hubo un informe anterior de tales navíos y ahora, sin aviso, uno estalla sobre la ciudad y deja un motor radicalmente nuevo a distancia de paseo.

—Quizá querían que nosotros nos hiciésemos con el motor —dijo Frey.

—¿Y para ello destruir dos valiosos navíos? —objetó Loira.

—Quizá la tripulación se componía de androides —insinuó el Director.

—No, eso no tiene sentido —contestó Huber.

—¿Vio usted los motores? —preguntó Loira.

Huber asintió. Dykeman le miró, los ojos desorbitados.

—¿Hay algo ahí dentro que pudiera interferir, o parecerse a la recepción por radio? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Toda transmisión radiada se interrumpió en el momento en que los navíos volaban sobre la ciudad —aclaró el Director—. Hubo una ráfaga de radiación no sintonizada que opacó la recepción en todo el hemisferio.

—¿Había ocurrido eso antes?

Dykeman y el director intercambiaron miradas.

—Sí —contestó por último el Director—. Un cierto número de veces, en los últimos diez años. Localizamos su fuente en la zona de la bahía del Hudson.

—Pero ahí no hay nada —afirmó Dykeman—. Nada excepto la Oficina de Reserva de pulpas forestales.

—No puedo decirles lo que podrían hacer esos motores —confesó Huber.

—Deseo ver esa sección de control —dijo el Director—. Puede contener manuales, mapas estelares…

Dykeman abrió la marcha hasta el centípodo. Huber cogió a la chica del brazo.

—Quédese aquí —dijo—. Quiero hablar con usted.

—Loira —ordenó el Director por encima del hombro—, ponte a la radio y comprueba con Asheville si nos envían ya a esos Marines.

—No hay excusa ahora —dijo Huber, sonriendo fríamente.

Vieron cómo el centípodo se alejaba.

—Está bien —acució Huber—. Desembuche.

—¿Desembuchar qué?

—Tiene usted que explicar algunas cosas, como esa falsa cacería. Estoy convencido de que me conducía a una trampa.

—A usted le cazaba el hombre disfrazado de soldado —respondió ella—. Elegí la primera manera que se me ocurrió de sacarle de allí.

—¿Y qué le pasó a él?

Ella se encogió de hombros.

—Tuve que disponer de su persona.

La cogió con fiereza, clavándole los dedos en los hombros. Ella resistió la presión sin parpadear.

—Está bien, ¿quién es usted? —exigió—. ¿Qué es usted? ¿Qué tiene que ver con Wortman?

—No le puedo decir eso —contestó ella—. Todavía no.

—Ahí es donde se equivoca. Estoy cansado de que me manejen.

Ustedes no van a empujarme ya más, en ningún momento.

—¿Acaso no basta que le hayamos salvado la vida tres veces?

—Dos… si realmente lo hicieron —dijo—, y no cambie de conversación.

—Trabajamos muy duro hacia una meta particular —dijo ella.

—¿Trabajamos… quiénes? ¿Qué clase de tontería paranoica es ésta?

—¿Cómo puedo responder a sus preguntas si usted no quiere escuchar? —interrogó ella. Se apartó bruscamente y comenzó a caminar hacia el helicóptero. La alcanzó, la tomó del brazo y la obligó a enfrentársele.

—No puedo decírselo ahora —dijo ella—. Créame, usted no está preparado para aceptar la explicación y… —hizo una pausa indecisa—. Créame, confíe en mí. Usted tiene gran importancia en ciertos planes, importancia por su mera existencia.

—¿Espera que confíe en usted a ciegas?

—Sí —djo ella. Rebuscó en el bolsillo de la blusa que llevaba. La mano extrajo una rechoncha ampolla.

—Esto responderá a una pregunta a su debido tiempo.

Destapó la ampolla y la olió.

—Acetona.

—Cierto.

—Pero…

—Ya sabrá cuándo usarla.

Él empezó a decir algo, cuando de pronto un agudo ruido acuchilló el aire. Varios disparos sonaron tras ellos. Se volvió cuando la zona posterior se vio sumida en la oscuridad.

—Alguien disparó contra los reflectores —gritó.

En la oscuridad, muy lejos en el sendero del desastre, la noche entró en erupción con brillantes relámpagos luminosos. El parloteo alto y nervioso de las armas automáticas rompió la quietud.

7

Echó a correr, con Loira pisándole los talones. Maldijo en silencio cuando comprendió que no había manera de acercarse a la escena de la acción. Se volvía para cazar algún móvil, cuando oyó el sonido de motores rugientes: un centípodo irrumpió de pronto en la zona iluminada y se dirigió hacia ellos.

La máquina rugió hasta detenerse; Wortman saltó de la cabina y trotó en busca del helicóptero del Director.

—¡Vic! —gritó Huber.

El hombre se detuvo y se volvió.

—Ve y ayuda —gritó—. Hay una metralleta en el asiento del centípodo.

—¿Adónde vas?

—Ésto es sólo un movimiento de distracción —volvió a gritar—. Escucha…

Huber percibió unas apagadas explosiones a lo lejos. Una luz roja destelló brevemente en el distante firmamento.

—Las estaciones Orestes… —dijo.

—Los bastardos han de haber colocado hombres propios en las dotaciones que allí dejé —conjeturó Vic, y se volvió al helicóptero.

Un momento más tarde, la máquina despegaba del suelo.

—Quédese aquí —gritó Huber a Loira, mientras trepaba al vehículo dejado por Wortman.

Soltó el embrague del centípodo. Un instante más tarde marchaba a gran velocidad hacia la zona que quedaba más allá de las luces. El fuego se había apagado, pero se agazapó aún más, utilizando el metal del salpicadero para protegerse. Detuvo bruscamente la máquina, empuñó el arma del asiento de al lado y saltó al suelo.

Por poco tropieza con un cuerpo caído. Su mano descubrió la áspera tela de un uniforme androide. Luego empezó a avanzar.

Alguien se movía a su izquierda.

—¿Quién es? —gritó.

—Baje esa arma y salga de aquí —era la voz de Besser.

El tiroteo cesó de pronto, y Huber se quedó plantado, esperando que Besser se acercara. Una luz salió de pronto de uno de los extinguidos reflectores.

—¡Apague esa maldita cosa! —gritó Huber—. El tercer navío debe estar en la zona.

—Está usted loco —exclamó Besser.

Huber alzó la metralleta y envió una ráfaga al receptor. Se apagó con un chisporroteo. Besser comenzó a jurar. En el instante siguiente, un creciente siseó llenó el aire.

—¡A tierra! —gritó Huber—. Ya viene…

El siseo creció hasta convertirse en un rugido ensordecedor. Alzó la vista y vio una pesada forma ocultar las estrellas; se movía con agonizante lentitud. Luego vio al helicóptero que bajaba hacia la mole: no había duda acerca de su propósito.

—Lo va a atacar —gritó Besser.

—No puede derribar a esa cosa… —adujo Huber.

—¡Y un infierno que no puede! —exclamó Besser, y se lanzó al suelo a los pies de Huber.

El silbido de pronto aumentó de tono. El gran navío se pintó vivamente de un color rojizo.

—Lo está derritiendo —gritó Huber.

Era cierto, increíblemente cierto. El gran navío alzó vivamente el morro para evitar al helicóptero. El brillo rojizo se apagó con brusquedad y el navío empezó a alzarse verticalmente. Más y más alto, cobrando velocidad. Y luego desapareció.

—Ahí está la debilidad —dijo Besser—. No pueden manejar bien la nave en una atmósfera. Incluso un helicóptero puede expulsarlos… —Huber le ayudó a levantarse—. ¿Quién fue ése? —preguntó Besser.

—Wortman.

—Me lo imaginé.

—¿Qué ocurrió aquí fuera? —preguntó Huber.

Otro de los reflectores próximos se inflamó con un chisporroteo,

y una luz blanca iluminó la zona.

—No lo sé —dijo Besser—. No estaban aquí cuando empezó. Quienesquiera que fuesen, debieron escapar por los bosques.

Fue hacia el centípodo en el que Huber había venido. Huber miró la desmadejada forma del androide con el que estuvo a punto de tropezar. Había algo raro en su mano extendida. Luego recordó la diestra del androide en la sala de control, con el que habló antes de que su helicóptero cayera al Mississippi.

Y entonces lo vio. La mano.

Cogió el brazo inerte y lo mantuvo en alto para mirarlo mejor. El dedo meñique estaba circundado por una delgada pero clara línea de color azul oscuro. Tejido cicatrizado, pensó. Rápidamente inspeccionó la otra mano. Era igual.

—Vamos —dijo Besser, volviendo hasta donde Huber estaba plantado—. Es sólo un pedazo de carne.

—Aguarde un momento —gruñó Huber.

Buscó en el bolsillo, tratando de encontrar la ampolla que Loira le diera. Rápidamente la destapó y extrajo del bolsillo un pañuelo. Humedeció la tela con el líquido, se agachó y empezó a frotar la frente del androide muerto.

—¿Qué diablos hace? —preguntó Besser.

—Eche un vistazo —contestó Huber.

Alzó el pañuelo: estaba manchado de azul oscuro. A sus pies, el androide muerto tenía los ojos vidriosos. La piel de la frente era casi blanca.

—Dios mío —exclamó Besser.

—¿Es ése uno de los suyos? —preguntó Huber.

—¿Quién sabe? Todos parecen iguales. Resulta evidente el por qué lo colocaron aquí.

—No es lo único evidente —afirmó Huber, y habló a Besser del androide de la sala de control de vuelos—. Deben tener agentes por todas partes, en posiciones claves.

—Volvamos —dijo el hombre; por primera vez su fría autoposesión parecía haberlo abandonado.

Subieron al centípodo y Huber volvió la máquina hacia la zona de aterrizaje. Cargando a través del roto terreno, miró de reojo a Besser. El rostro del hombre estaba anormalmente pálido, y se mordía con fiereza el labio inferior.

El helicóptero había aterrizado, según vio Huber. Detuvo el centípodo, desmontaron y caminaron hacia la máquina voladora. Loira estaba plantada fuera, mirando al navío. Mientras caminaban hacia allí, Dykeman asomó la cabeza por la escotilla. Huber pudo oír la voz del Director diciendo algo. Hablando por la radio, supuso. Dykeman saltó al suelo.

—Dyke —dijo Huber—, tenéis que sacar una dotación de los cobertizos androides.

El Director asomó de pronto por la escotilla.

—Eso estamos haciendo ahora. Espero que no sea demasiado tarde…

—¿Qué hay de malo?

El rostro del Director estaba tenso bajo la luz difusa.

—Hubo otra ráfaga de radiación cuando pasó el navío. Ahora las estaciones satélite de comunicaciones de la ciudad están sin funcionar. Todos los helicópteros públicos aterrizaron. Eso significa que no tenemos nada excepto la comunicación local dentro de la zona inmediata. No hay helicópteros, a no ser los administrativos como éste. Todos los demás se encuentran en la ciudad, atinados por un rayo muy denso.

—Lo que quiere decir…

—Que Universal City ha quedado herméticamente apartada del mundo exterior —dijo Loira con desaliento.

—Tan sencillo como eso —afirmó el Director—. Todas las instalaciones de la Compañía están centralizadas en la zona de Administración. Los cobertizos androides también. Quienesquiera que sean los seres extraños, lo poseen todo ahora… y con ello la vida de la ciudad.

—¿Dónde está Wortman? —preguntó Huber.

—No lo sé —dijo el Director.

—¿Qué quiere decir?

—El helicóptero aterrizó con piloto automático. No había nadie en él. Nada excepto…

Hizo un gesto a Huber para que se adelantara, y se apartó. Huber introdujo la cabeza por la escotilla. Las luces internas estaban encendidas, y a causa del deslumbramiento por un instante no vio nada. Luego sus ojos captaron el montón de ropa, apretujada descuidadamente en una esquina.

Una túnica y sandalias. La túnica que Wortman había estado usando.

8

—Están refugiados en el edificio —dijo el joven medio calvo llamado Johnson—. Pensábamos que eran androides…

Los tres, Johnson, Dykeman y Huber, estaban tumbados en el frío suelo, mirando hacia el edificio central de la Administración que se cernía por encima de los bajos cobertizos estilo granero pertenecientes a los androides. Una amplia extensión de cemento se encontraba en medio. El lugar entero se encontraba brillantemente iluminado; sólo los jardines de las terrazas bordeaban con sombras el edificio de la Administración.

—¿Cuántos hay? —preguntó Huber.

—No más de cinco. No esperaban que llevásemos a cabo una acción tan rápida contra ellos.

—¿Qué hay de los androides?

—Eso es lo más gracioso: los extraños les han hecho algo a los androides. Están todos en coma, amontonados en sus camastros como si fueran piltrafas.

—Mirad —dijo Dykeman—, faltan dos horas para la salida del sol y para que el grupo de pruebas comience a abandonar la ciudad. Tenemos que limpiar todo esto.

—¿Qué hay en la torre central? —preguntó Huber.

—El control para el despacho de helicópteros. Los aparatos automáticos se encuentran en los sótanos.

—Entonces, mientras controlen la torre, ningún helicóptero de los de la ciudad podrá moverse.

—Y cinco hombres pueden resistir en ese lugar durante días —afirmó Dykeman.

—¿Tenemos algún escarabajo? —preguntó Huber.

—Ocho —contestó Johnson.

—Te pillarían en cuestión de segundos desde esas ventanas —protestó Dykeman.

—¿Se pueden cortar las luces del edificio?

—Podemos cortar los cables que salen de la estación principal —dijo Johnson—. Ya hemos descubierto la caja terminal.

—Bien. Dame siete conductores para esos escarabajos; luego coloca un hombre al acecho de mi señal para apagar las luces.

—Iré con vosotros —dijo Dykeman.

Johnson desapareció, y unos minutos más tarde los motores comenzaron a zumbar en la parte trasera.

Huber se volvió hacia el ruido, con Dykeman pisándole los talones. Los escarabajos formaban un denso grupo. El giróscopo de uno, advirtió Huber, debía estar desequilibrado: el batir bajo e irregular en el tono del motor lo revelaba.

—Mi hombre está en su puesto —afirmó Johnson, cuando ellos se acercaban.

Entregó a Huber una pesada pistola de dieciséis milímetros.

—Dadme suficiente tiempo para entrar en el grupo de edificios —dijo Huber—. Que los demás conductores me sigan, bien extendidos. Tomaremos la entrada principal de la Administración; las puertas son grandes y todas de cristal. Lo pasarán mal defendiendo esas amplias escaleras sin cubierta alguna en lo alto.

Echó a correr hacia uno de los escarabajos no ocupados mientras Johnson retransmitía las instrucciones al grupo de conductores. Se sujetó en el asiento del escarabajo mientras Dykeman subía a su lado.

El móvil comenzó a marchar con un gruñido mientras los otros vehículos se abrían en abanico. Oyó los neumáticos rechinar en el pavimento. Giró el timón y el escarabajo se volvió bruscamente, rodeando la esquina de un cobertizo. A su lado Dykeman respiraba con dificultad.

Se hallaban ya en el conjunto de edificaciones, marchando veloces en busca del edificio de Administración, cuando todas las luces se apagaron de pronto. Oyó el ruido de los otros escarabajos tras de sí.

Aún se encontraban a cien metros de la parte delantera del edificio en sombras cuando oyó gritos. Miró hacia su izquierda y vio unas llamaradas rojo oscuro.

—Lanzaron algo que esta haciendo arder los motores de los escarabajos —gritó Dykeman por encima del viento.

—Todavía no nos vieron a nosotros —contestó Huber con otro grito, mientras pisaba el acelerador.

El escarabajo saltó por un momento y luego remontó la suave inclinación que llevaba hacia las grandes puertas de cristal. Al llegar apretó con fuerza el pedal del freno y saltó del vehículo. Oyó a Dykeman tirarse al suelo con un gruñido por el otro lado.

Las puertas de cristal estaban abiertas al aire nocturno; cruzaron agazapados hasta el oscurecido interior. El pie de Huber falló el primer escalón de las amplias escaleras y por poco se cae.

No había el menor sonido; sólo su pesada respiración. Subieron corriendo y en silencio las escaleras. A cada escalón Huber esperaba encontrarse con el fuego contrario. Al fin se hallaron en el amplio pasillo que ocupaba toda la longitud del primer piso.

—No hay rastro de ellos —dijo Dykeman entre jadeos.

—Probaremos la torre —indicó Huber.

—Quizá nos metamos en una trampa.

—¿Tienes alguna idea mejor?

La curvada escalera mecánica que llevaba hacia la torre estaba en silencio. En torno al recodo de los inmóviles escalones, Huber vio el fulgor de una luz desde la sala de la torre.

No se producía el menor sonido.

Con precaución inclinó su cuerpo hasta el suelo y estiró la pistola cuidadosamente al doblar la esquina. Comenzó a disparar cartucho tras cartucho contra la pared opuesta. Oyó el fuerte chirrido de las balas de dieciséis milímetros al rebotar.

—Vamos —gritó.

Se puso en pie de un salto y dobló la esquina a la carrera.

La sala estaba vacía. La única prueba de que alguien había estado allí era el desorden de los destrozados paneles del despacho, y los cables cortados que plagaban el suelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dykeman.

—Aún nos llevan la delantera, a menos que…

Giró hacia el médico.

—¿Qué hay de ese hombre, Johnson? ¿Qué decías de él? Esto parece falso.

Dykeman abrió la boca para responder, pero su carnosa cara

perdió de pronto todo color bajo una luz cegadora que se vertió por los amplios ventanales de la sala de despacho.

Huber se arrojó sobre el médico. Cayeron al suelo y rodaron bajo el pupitre del despachador. Al instante siguiente, las amplias ventanas de la torre entraron en erupción, como una serie de dagas voladoras. El vidrio se quebró, y por un instante hubo silencio. Un momento más tarde, la torre se meció presa de la detonación.

Huber se puso en pie de un salto y corrió hacia la ventana, que parecía una boca hambrienta con infinitos dientes de cristal. Miró hacia la zona destruida, sintiendo náuseas.

—El Director, Loira, Besser… —jadeó Dykeman—. Debe haberles dado de lleno a todos.

—Y el navío… —dijo Huber. El sentido de pérdida era abrumador.

—Este es el fin del sueño del vuelo espacial —afirmó Dykeman, cansino.

—No, no lo es —fue la fiera respuesta de Huber—. Quizás hayamos perdido el motor estelar… —miró hacia la nube, que se desplegaba como una flor diabólica contra el resplandor del horizonte—. Pero aún puedo duplicar su motor planetario —terminó.

—Eso me temía —dijo Dykeman tras él.

Comenzó a volverse. La habitación de pronto se disolvió en chispazos de dolor y una negrura cayó sobre él, envolviéndolo con rojos y sofocantes pliegues oscuros.

9

Su consciencia volvió como si alguien hubiera accionado un interruptor. Fue un chisporroteante volver en sí, luego del que notó el frío del metal bajo su cuerpo. Una aguda embestida de aire llenó sus oídos, y por un momento creyó que estaba en un helicóptero. Luego se dio cuenta de que ningún helicóptero era capaz de tal velocidad. Abrió los ojos y vio luces ámbar y metal reluciente a través de una bruma bailarina. Luego una oleada de náuseas le sobrevino, y cayó otra vez en una anestésica oscuridad.

Cuando de nuevo se vio plenamente consciente descubrió que la metálica superficie había sido reemplazada por la suavidad de la espuma de plástico. Trató de volverse de lado y descubrió que tenía las manos atadas por delante. Sus piernas estaban igualmente ligadas.

—Siento haber tenido que hacerlo, Ken —dijo una voz.

Volvió la cabeza. Dykeman estaba sentado al borde del diván relajador en el que yacía. Los ojos de Huber viajaron brevemente por el cuarto, advirtiendo suaves luces indirectas y una amplia ventana acortinada.

—Todo está bien —dijo Dykeman—. Estamos en mi casa.

—Basta de flores —intervino Besser, adelantándose y colocándose en la línea de visión de Huber—. No veo por qué te molestaste en traerle aquí. No sabe más sobre la chica y su organización de lo que sabemos ya.

—Pensé que usted… —comenzó Huber.

—No sea estúpido —rezongó Besser—. Yo coloqué la bomba en los restos del avión. ¿Piensa acaso que me quedaría allí hasta que estallara?

—Bastardo asesino —exclamó Huber, y comenzó a forcejear.

—Es inútil, Ken —dijo Dykeman, con tono cansado—. Oye, si cooperas no recibirás el menor daño.

Huber se dejó caer, agotado.

—Debí haberme dado cuenta de que sólo tú pudiste haber destruido esos cuerpos del navío —dijo—. Pero… ¿cómo encajo yo en vuestra pequeña raza de ratas?

—Tú eres la fuente de la raza de ratas —contestó Dykeman—. Tu misma existencia ha convertido esta operación en una comedia de enredos. Ahora tenemos que hacer ciertas cosas que yo deseaba no fuesen necesarias… —extendió las manos—. Ken, no somos un rebaño de monstruos inhumanos, ni siquiera si nos juzgas según vuestras normas. El hecho de que hayamos tenido éxito durante tanto tiempo en nuestra mascarada así lo señala.

—Pero vuestra mascarada no fue perfecta —dijo Huber—. ¿Qué hay de las cicatrices?

Dykeman levantó la mano. Era perfecta, sin tacha.

—Tuvimos que traer ayuda rápidamente cuando esta situación se desarrolló. No hubo tiempo para estas exquisiteces, que son obra de una larga y cuidadosa cirugía. Por eso decidimos disfrazar a nuestros nuevos hombres como androides: nadie se fija en ellos.

—¿Son vuestras primeras tropas de ataque? No habrá sido tan fácil.

—No seas tonto —contestó el médico, con impaciencia—. Debieras darte cuenta de que cualquier clase de ataque a distancias interestelares es logísticamente imposible… —se inclinó hacia adelante y miró pensativo el suelo—. Además, ¿para qué molestarnos? Dentro de otro siglo vuestra ciudad entera se habrá hundido en un silencioso ocaso. Habéis perdido ya toda fuerza de crecimiento. Y podemos utilizar el espacio mucho mejor que vosotros. Aún descontando la tierra que habéis destruido, este planeta vuestro es una joya en comparación con los otros mundos que están a nuestro alcance.

—Por ello —intervino Besser— esperaremos hasta que os hayáis hundido a un nivel de decadencia y letargo tal, que nos permita con un simple movimiento ocupar el planeta tal como lo necesitamos.

—Vuestra raza no sufrirá el menor daño —dijo Dykeman—. Somos tan poco felices con la exterminación como vosotros… y menos aún, si recuerdo los conocimientos que tengo de historia

humana. ¿No comprendes? Ésa ha sido mi única misión aquí, el conservar el estado de cosas. Por eso planeamos movernos en contra de los clubes de caza, porque teníamos que impedir que el conocimiento acerca del síndrome de Touzinsky se extendiera con amplitud. Tú eres el primero que no ha logrado destruirse a sí mismo.

—¿Suicidio? —dijo Huber, incrédulo. Recordó el incidente de la ventana.

—Quizás podríamos llamarlo un deseo subconsciente de muerte. Simplemente sembramos la adecuada sugestión y… Bueno, el campo heterodino funciona sólo por la expresión *consciente* de un impulso suicida.

Sonrió con amargura.

—No ibas a saltar anoche, claro. Pero el casi apagón que Besser preparó y mi propia excitación aparente… Bueno, sembró la sugestión con bastante efectividad. No tienes idea de cómo el miedo al dolor y a la muerte ha dominado la psicología de tu raza desde que conseguisteis la inmortalidad.

—Lo que hace que sea tan irónico —dijo Besser—, es que el síndrome nace de un desequilibrio bioquímico producido por el propio suero de la longevidad. Los efectos se extenderán ampliamente dentro de otros cincuenta años. Entonces será cuando toda vuestra cultura empiece a desmoronarse.

—Ya veo —rezongó Huber—. No sois capaces de una exterminación total… pero sí sois capaces de dejar que una raza muera por vuestra inacción. No me vengáis más con vuestras monsergas idealistas.

Dykeman se ruborizó y se puso en pie de un salto, furioso.

—Maldición, vosotros os lo buscasteis —dijo—. Fue decisión vuestra, esta vida de aburrimiento completo e infinito. Mi raza tuvo la misma elección, pero prefirió las estrellas a vivir como vacas gruesas, rumiando apretadas en un pequeño prado.

—Siempre podemos dar la vuelta, y dirigirnos otra vez hacia las estrellas —afirmó Huber—. Tenemos el motor planetario, y más tarde…

—Te corrijo: tú, como individuo, tienes el motor. Eso fue obra de la chica… De algún modo, uno de sus confederados se infiltró en nuestro grupo aquí y logró destruir el navío esta noche.

El pensamiento de un doble agente golpeó a Huber con el peso de su ironía, y comenzó a reírse.

—No tiene gracia —dijo Dykeman—. Esas fuerzas metidas entre nosotros me obligan a tomar medidas que preferiría haber eludido. Tenemos la ciudad perfectamente sellada, pero no podemos asegurar qué daño podría hacer el simple conocimiento de nuestra existencia. La gente de fuera de la ciudad, que sabe lo que pasó aquí esta noche, va a tener que pagar las consecuencias.

—No podéis arreglar cuentas con toda la ciudad —dijo Huber—. Hay aquí demasiadas personas.

—Eso es lo que te crees —dijo Besser, sus labios retorciéndose en una mueca—. También vosotros habéis proporcionado el agente de vuestra propia derrota aquí.

—Cállate, cretino sanguinario —exclamó Dykeman, girando hacia su compañero—. Si no te hubieras equivocado de manera tan triste, permitiéndole ver el motor en vez de descubrir al agente de la chica en el navío, no tendríamos que hacer lo que nos espera. —Volvió a dirigirse a Huber—. En cuanto a ti, Ken, ya decidiré qué hacer contigo cuando regrese.

El médico estaba pálido mientras giraba y salía.

—¿Qué vais hacer? —gritó Huber, forcejeando con sus ligaduras.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Dykeman—. Cambiaremos un poquito el campo heterodino. Va a ser algo caótico, pero nadie imaginará que fue otra cosa que un accidente, una avería.

La puerta se cerró a sus espaldas. Poco después, Huber oyó el zumbido del aire proyectado a chorro y algo, moviéndose de prisa, pasó por encima de la casa.

—¿El tercer navío? —preguntó.

—Un bote de desembarco —contestó Besser lacónico—. El navío va hacia el norte, para destruir la máquina de tu amiga.

—¿Máquina?

Huber maldijo su vehemencia al ver la súbita sonrisa en el rostro de Besser.

—Ya le dije a Dyke que no sabías nada de ella.

—¿Al norte? —dijo Huber—. Eso significa que la máquina a que te refieres es la responsable de la radiación que destruyó esta noche las transmisiones por radio.

—Es una lástima que desarrolles tus talentos para la deducción tan tarde ya en este juego —comentó Besser.

—Pues tú tampoco lo has hecho muy bien. Dedujo lo que planeabais hasta el menor detalle… Me refiero a ella, mi amiga.

—Bueno, eso ya se solucionó —contestó Besser.

—No gracias a tu torpeza —afirmó Huber.

El rostro de Besser se enrojeció. Por primera vez Huber comenzó a notar los sutiles detalles no humanos del hombre: la peculiar forma de la nariz, la extraña constitución de sus orejas, y otras diferencias menos advertibles.

—Has sido un pobre estúpido —provocó Huber.

—No abuses de tu suerte —contestó Besser furioso, la mano puesta sobre un pesado bulto en su bolsillo.

—Dykeman te conocía. No me extraña que le hayan encargado el mando de esta operación en lugar de a ti.

Huber se dio cuenta de que había puesto el dedo en la llaga. El color llameó en la cara de Besser y sus ojos de pronto se hicieron tan fríos como la muerte; avanzó decidido hacia el diván y le miró.

—Para que sepas, este lío no hubiese tenido lugar si él no se hubiera mostrado tan blando contigo —dijo Besser—. De haberlo hecho a mi gusto…

—Entonces, ni siquiera hubieras puesto un pie aquí. Con mucha razón te llamó cretino. Porque eso es lo que eres, un cretino.

Besser apretó los labios y de pronto alzó una mano. Las rodillas ascendentes de Huber le alcanzaron en la base de las falsas costillas. El ser extrahumano se tambaleó hacia atrás, jadeando.

Huber rodó frenético, tratando de ponerse en pie. Tiró con frenesí de las bandas que rodeaban sus muñecas, notando cómo le cortaban la carne.

Besser había tropezado contra un escritorio, con las manos aferrándose a su estómago; luego se incorporó, el odio retorciendo su rostro hasta convertirlo en una máscara animal, sin apariencia concreta alguna. La mano palpó casi con adoración el abultado bolsillo y una reluciente pistola salió de su escondite. Alzó el cañón, los ojos destellando. Huber cerró los párpados y aguardó la muerte.

Entonces hubo un áspero zumbido que pareció hacerle vibrar los dientes hasta sus raíces. Olió la aguda mordedura del ozono… pero nada le pasó. Milagrosamente, seguía vivo. Oyó a Besser maldecir

en voz baja, y abrió los ojos.

Loira estaba plantada en el extremo lejano del escritorio, su cuerpo bañado por un parpadeante nimbo de luz amarilla. El bajo zumbido provenía de una brillante caja metálica, que colgaba de la correa pasada por uno de sus hombros. Tocó la caja con una mano; el zumbido aumentó de tono y luego cesó de pronto.

—Tu arribo resulta muy conveniente —dijo Besser, y alzó la pistola.

Pero antes de que pudiera disparar, un pálido rayo violeta surgió de la caja del costado de Loira, se conformó en una esfera de brillantes llamas y voló en silencio hacia Besser. El borde le tocó y la pistola cayó al suelo con un ruido apagado.

Durante varios segundos, una chisporroteante figura con vaga forma de hombre permaneció donde él había estado. Luego también eso desapareció. Huber notó en su mejilla el más débil de los calores.

Loira estaba ya a su lado, sus manos operando en las ligaduras. Él notó los brazos libres y luego las piernas.

—¿Dónde está Dykeman? —preguntó ella.

—En la ciudad… en el Edificio Universal, creo.

—¿Y el navío?

—Al norte… enviado a destruir la máquina.

—¿El proyector? ¿Acaso Dykeman comentó algo de lo que planeaba hacer?

—Dijo algo acerca del campo heterodino… —comentó él.

—Lo que me temía. Necesitamos encontrar un helicóptero y detenerle.

—¿Qué hay de tu particular medio de transporte? —Huber señaló la caja brillante de su costado.

—No, esto es un simple aparato de control a distancia y un detector para el mecanismo que está en la zona de la bahía del Hudson. Controla mi proyección desde la máquina. ¿No te parece que de otra forma me hubiera sido imposible sobrevivir a la explosión de los restos del navío?

Huber extendió la mano, tocando la solidez de su cuerpo.

—No eres ninguna proyección —la acusó.

—No como tú la comprendes. Eso no significa que yo tenga ninguna realidad material cuando estoy utilizando la máquina.

—Pero…

—Mira, no tenemos tiempo para explicaciones. Además, las leyes que describen el fenómeno todavía no han sido descubiertas.

—La máquina —dijo él—, aquella que ese navío trata de destruir…

—Sí —contestó la chica—. Este fue el medio por el que Vic y yo fuimos capaces de volver y ponernos en contacto contigo… —se detuvo, indecisa. Y luego dijo—: No es muy exacto del todo, pero la mejor descripción que puedo darte es que se trata de una máquina del tiempo.

10

La única aeronave disponible en el garaje de Dykeman era un helicóptero de salvamento, pesado y anticuado, igual al que habían visto en el emplazamiento del desastre. Lo habían tomado prestado.

—¿Y qué hay del campo heterodino? —preguntó él, mientras cruzaban volando la ciudad.

—No sé. El campo es muy complejo. Hay muchas cosas que se pueden hacer con él.

—No pueden ocultar su existencia con un movimiento así.

—Sí, pueden… si son lo bastante brutales. No sabes de lo que son capaces, ni cuan lejos tu mundo se ha apartado de la realidad.

—Pero… toda una ciudad, todo un grupo de pruebas… ¿Qué pueden hacer?

—Eso no importa. Este mundo tuyo olvidaría el peor desastre en el trancurso de apenas un siglo.

—Ahí…

Huber señaló de la forma brillante del Edificio Universal, alanceando el cielo. El helicóptero giró y rebotó bajo las corrientes térmicas, mientras atravesaba el sendero de tráfico regular y caía hacia la ciudad.

Durante un momento oscilaron por encima de las amplias calles. Abajo la gente se arremolinaba, apretándose en densas masas. Todos se movían a lo largo de la calle en la misma dirección, sus cuerpos apretados uno contra otro en una masa casi cohesiva. Lo más terrible, comprendió Huber de pronto, era que no hacían el menor ruido. Tenía que haber sido capaz de oír el murmullo de tan enorme multitud, incluso por encima del ruido del helicóptero. Pero sólo había un movimiento silencioso en el gentío, como el trigo empacado bajo el impulso de un viento insonoro.

El helicóptero siguió adelante, pasando por encima de más y más personas, todas moviéndose con estolidez en la misma dirección. Cuando bajaban buscando la amplia plaza ante el Edificio Universal, les vio las caras: las bocas, abiertas como para gritar… pero silenciosas, las miradas inexpresivas hacia delante, con fijeza idiota…

El helicóptero aterrizó en una de las calles laterales que conducían a la plaza. Huber saltó de la escotilla y vio a un grupo de gente saliendo de la plaza en dirección a ellos.

—Aguarda un momento —le gritó, y se volvió para interceptar al musculoso hombre rubio que iba en cabeza.

—Ken —respondió Loira—, no te alejes demasiado. No podré protegerte si perdemos el contacto.

Durante un instante notó una débil turbación, y una súbita y pesada opresión. Era imposible seguir adelante. Mejor abandonar, mejor dejar de intentarlo. Nada quedaba, excepto… sí…, la única solución. La muerte, un sueño silencioso y sin pesadillas… morir…

Se sujetó al hombre rubio. Al instante siguiente, unas manos se crispaban en su espalda. El hombre rubio le dirigió un golpe, un pesado anillo resbaló por su mejilla. Cayó hasta la acera, notando la frialdad del cemento. Frío como la muerte.

Había un sólo medio seguro: el río. Hundirse en sus oscuras y frías profundidades… para… morir.

Entonces Loira estuvo a su lado, golpeándole en la cara una y otra vez, arrancándole de la oscuridad, de la negrura.

—Está utilizando el campo para estimular un impulso de muerte —sollozó ella—. ¡Los conduce hacia el río!

—Dios mío —jadeó Huber—. Destruirá a todos los habitantes de la ciudad. Eso es lo que decía… sobre que todo el mundo pensaría que fue un accidente, una avería en el campo heterodino…

Se puso en pie y echó a correr hacia la plaza. La cruzó con rapidez, con Loira pisándole los talones. Los fríos ojos de la estatua de Meintrup les miraron cuando se detuvieron al exterior de la puerta.

—¿Dónde está el generador del campo? —preguntó.

—En el segundo piso, a contar desde arriba —contestó ella jadeando—. Pero muy probablemente ha cortado los campos de inducción. Nunca llegarás hasta él.

Huber se quedó mirando con fijeza al costado del impresionante edificio. Cerca de la cumbre de la esbelta aguja vio un reluciente cilindro metálico.

—El bote de desembarco… —gritó—. Está adentro.

Se volvió y echó a correr, desandando el camino por el que viniera. Trepó al helicóptero; a sus espaldas oyó la súplica de Loira.

—¡No, Ken! ¡No!

Conectó el piloto automático, pulsó el botón de la puesta en marcha y aguardó a que los motores eléctricos rechinaran y los cohetes prendieran. Luego pulsó rápidamente los datos en el programador del autopiloto y tiró de la palanca. La nave estaba a dos metros de altura cuando saltó.

Cogió a la chica y la cubrió contra uno de los edificios que bordeaban la calle. El helicóptero rugió, las aspas gemelas batiendo el aire. Dudó un instante, mientras el piloto automático se ocupaba de los mandos. Luego se lanzó hacia arriba y hacia delante, encaminándose al piso alto del Edificio Universal.

Huber echó un vistazo a la nave de desembarco, a tiempo de ver cómo una sección del reluciente cilindro se plegaba. Durante un instante pudo ver la forma de un hombre moverse en la abierta ventana del edificio y saltar hacia el bote, recortado contra el temprano fulgor de la mañana. Luego…

Luego el helicóptero chocó, precisamente encima del bote. La aeronave se hizo astillas por el impacto, con los toscos tanques de combustible arrugándose en pliegues de acordeón.

Durante un segundo no pasó nada. Luego uno de los tanques entró en erupción, con un apagado rugido. Las llamas líquidas gotearon, engulliendo a la nave y bajando en cascada por el costado del edificio. Una segunda explosión, más violenta que la primera, hizo que el suelo temblara y que los ladrillos llovieran sobre la calle.

—Mira, mira… —dijo Loira, casi sin aliento.

Los pisos superiores del Edificio Universal se convirtieron en una enorme antorcha, proyectando blancas llamas en los cielos matutinos. Y a su alrededor, la gente salía del estado de sopor y miraba en su torno con azoramiento.

Permanecieron sentados en el Café Duval, allí donde se conocieron por primera vez. Alguien había bajado los paneles de cristal del tejadillo metálico, impidiendo el paso al frío aire de la mañana. A través de las paredes transparentes podían ver la espira ennegrecida y retorcida del Edificio Universal, aún ardiendo. A las primeras luces del alba parecía una torre leprosa y enferma.

—Has cambiado —dijo Loira—. Cambiaste mucho desde aquel hombre de ayer, asustado e irresoluto, que no podía enfrentarse al final de su vida.

—Han pasado muchas cosas. Hay una enormidad de preguntas que quiero hacerte.

—No queda mucho tiempo —dijo ella—. Pronto el navío encontrará mi máquina y…

—¿No podemos hacer nada para impedirlo?

—No —contestó ella—. De todas maneras, realmente no me encuentro cómoda en este mundo tuyo. Y menos, quizás, a cada minuto que pase.

—Pero…

—Déjame terminar. En mi mundo somos sólo unos pocos, si bien quedan unos cuantos humanos. Los seres extraños son del todo humanos, a su manera. No son monstruos, como tampoco lo era Dykeman. Hace muchos siglos, nosotros éramos del todo humanos para con los indios americanos, después de que les robamos su tierra. Únicamente… —su rostro se hizo frío, y sus ojos mostraron dolor—. Únicamente es que les dejamos algo de dignidad. No hicimos de ellos mascotas inútiles.

»Éramos tres: yo, Vic y otro más, a quien no conociste. Robamos una de sus máquinas, una máquina que los seres extraños no podrán inventar hasta dentro de un par de siglos. Entonces vinimos aquí, retrocediendo por el tiempo. El que no conoces logró infiltrarse durante estos dos años hasta encontrar una de sus bases en África, e instalarse secretamente a bordo de uno de sus navíos. Fue el responsable de los desastres aéreos de anoche.

—Y murió —dijo Huber con suavidad.

—No, no lo creo. No podemos realmente morir, puesto que no estamos de verdad aquí, al menos no de manera material. Pero no hay espacio en nuestra historia para esa catástrofe. Probablemente dejó de existir en ese punto, igual que Vic lo hizo anoche después

de alejar al tercer navío con su helicóptero.

—Pero… eso significa que os habéis destruido vosotros mismos —protestó él.

—Quizás. No lo sé. Pero en mi mundo, en mi pasado, hubo un hombre llamado Kenneth Huber. Fue el primero en desarrollar la cura del síndrome de Touzinsky.

Su mano acarició la caja de su costado, los dedos buscaron superficies que cediesen. La caja comenzó a emitir bajos zumbidos de advertencia a intervalos regulares.

—Se acercan —dijo ella—. No me queda mucho tiempo. En lo que respecta a mí, Kenneth Huber… murió en una cacería. No, espera, eso fue en otro mundo —ahora ella hablaba rápidamente, apartando a un lado sus protestas—. Pero constituiría un punto crucial. Huber era uno de los pocos en este mundo que podía comprender el motor extrahumano si tenía una oportunidad de verlo. Supimos que uno de esos grupos entraría en actividad cerca de la ciudad, en la misma noche que el grupo de pruebas de Huber acabase esta semana. Si podíamos evitar su muerte, ponernos en contacto con él, llevarle a una situación donde pudieran ver el motor…

—Pero no habéis resuelto nada, excepto impedir mi muerte —protestó Huber.

—Eso no es cierto. Lo único que necesita este mundo es un desafío. Ahora tenéis dos: el del vuelo espacial y el saber que, si no lo utilizáis, perderéis vuestro propio mundo y el resto de los planetas por negligencia.

—Pero la enfermedad… Eso significa el fin de la inmortalidad.

—No —contestó ella—. Dykeman se equivocaba. No hay nada intrínsecamente malo en la inmortalidad, mientras la raza se vea expuesta a nuevos estímulos. Tenéis las facilidades de encontrar la respuesta al síndrome con el tiempo. Lo sabemos. Incluso no tendréis que aceptar la sentencia de muerte de cinco años que Dykeman os impuso a vosotros. Quizá en vuestra época…

—Así que todo recae sobre mí. Pero… ¿qué puedo hacer?

—Sí. Ya sabes lo de la raza de Dykeman, y tienes el secreto del motor planetario. Una vez estéis fuera del planeta, los seres extraños tendrán que abandonar su plan de introducirse en silencio y ocupar vuestro mundo sin molestia alguna.

—¿Y el piloto? —dijo él—. ¿Quién dejará este mundo saludable y cómodo para dedicar su vida por algo tan inconmensurable en el futuro?

—¿Inconmensurable? Con el suero y una cura para el síndrome, tú mismo podrías vivir hasta mi propia época. Habrá muchos que voluntariamente aceptarán arriesgar sus vidas. Pero tiene que haber uno que lo haga primero.

—¿Y?

—Bueno, eso es decisión tuya. Eres uno de los pocos que no tienen miedo a morir. Los clubes de caza os proporcionarán otros.

Durante un momento permaneció sentado, notando como la sangre le subía a las sienes. Lo embargó la visión de distancias infinitas, de nuevos mundos… Notó un hambre súbita que antes no se imaginara poseer. Había encontrado algo nuevo para su espíritu. Su mano buscó la de ella y durante un momento la acarició, diciendo:

—¿Has estado alguna vez fuera?

Ella asintió.

—Jamás podrás imaginarte qué hay en tales estrellas —dijo ella.

Las señales de la caja de su costado comenzaron a aumentar de frecuencia.

—Por favor, Ken… me voy ahora —dijo la muchacha.

—¿Cuándo naciste? —preguntó él.

—Dentro de un siglo a partir de ahora.

—Pero… ¿qué sucederá a vuestro mundo… si decidimos pelear?

—Dejará de existir.

—¿Y tú?

—Quizá. No lo sé. No es importante.

—Esa es la parte más dura de todas…

—Tienes que decidirte. Quizá nos reunamos algún día. Quizá pueda recordar todo esto como un sueño.

Él se volvió, disponiéndose a marchar.

—Los años pasan con rapidez —la oyó decir—, y tú tienes mucho que hacer.

Las señales de la caja se fundieron en un monótono rugir a sus espaldas.

—De prisa… vete de prisa, si puedes. Ken… de alguna forma, de alguna manera… te estaré esperando.

Él se detuvo, deseando dirigirle una mirada final, una última palabra. Pero cuando se volvió, la mesa estaba vacía.

Salió a la calle, con su cuerpo poseído por algo fuerte y doloroso. Alzó la vista mientras vuelo tras vuelo de helicópteros se iba recortando en los cielos matutinos. El grupo de pruebas dejaba la ciudad. Antes de otros veinticinco años, antes de que otra vez volvieran…

Luego se fijó en la acera del café. Allí vio centenares de mariposas, con sus graciosos cuerpos aplastados por los descuidados pies de los transeúntes. Durante un momento sintió una pena acuciante y lejana hacia esos bellos seres sin inteligencia, cuyas entrañas manchaban el cemento.

Pero el calor de la noche veraniega se perdía en las frescas brisas del río, y la mañana era maravillosamente limpia.

El aire era como vino.

No, pensó; como el buen vino… el viejo.

Como sidra. Nueva…, fresca…, dulce.

fin